3 1761 07065698 8

PQ
7797
G9A17
1901

POESIAS ESCOGIDAS

DE

RICARDO GUTIÉRREZ

POEMAS:

LA FIBRA SALVAGE — LAZARO

POESIAS LIRICAS:

EL LIBRO DE LAS LÁGRIMAS

EL LIBRO DE LOS CANTOS

Buenos Aires

1901

POESIAS ESCOGIDAS

DE

RICARDO GUTIÉRREZ

POEMAS:

LA FIBRA SALVAGE — LAZARO

POESIAS LIRICAS:

EL LIBRO DE LAS LÁGRIMAS

EL LIBRO DE LOS CANTOS

Buenos Aires

1901

LIBRARY
JUN 7 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

Es propiedad del Editor.

PQ
7797
G9A17
1901

PRÓLOGO

Señor Don Ricardo Gutiérrez.

MI QUERIDO AMIGO:

Empiezo á escribirle, saboreando todavía el último verso de su FIBRA SALVAGE, como le sucedía á Jácopo Ortís con el último beso de su Teresa. ¿Por qué ha llamado Vd., *canto* á una obra que por sus condiciones y por su desarrollo es un verdadero poema? Sea este el primer reproche que me permito hacerle, porque la modestia no tiene el derecho de cambiar el nombre de las cosas, por mucha y apreciable que sea la que ha impelido á Vd. á cometer una adulteración.

No sé en qué parte he dicho, hablando de un poeta querido que nos abandonó en la lucha por la libertad de la patria, dejando la tierra para subir á la morada del génio, — que los poetas eran la gracia y el encanto de la vida, y que su desaparición de entre nosotros era como el enmudecimiento de la lira ó como el deshoje de las flores. — La aparición de uno nuevo, será entonces el canto de la lira ó el aroma de las flores que abren su cáliz cargado de perfumes, buscando los nobles y delicados sentidos de la inteligencia que deben comprenderlo y apreciarlo.

A Vd. le ha regalado la Providencia esas dotes que no regala sino á sus predilectos; pero la tierra, casi siempre en lucha con los favores de la divinidad, impone al poeta, que

es el génio, la obligación de ser grande, sufrir, callar y perseverar en su misión. El poeta, como el génio, puede pisar la cabeza de los hombres, porque está colocado sobre ella, pero no puede nunca inclinarse á besarla, porque para el génio no hay tolerancia: Vd. ha recibido la Misión de iluminar, pero Vd. es hombre, y sólo á los astros del cielo les es dado prescindir de la crítica ó de la alabanza de los mortales. Persevere Vd., sufra y calle, porque esa es su misión, como fué la de Dante, Alammagni, Tasso y tantos otros de los que brillan hoy en el cielo de la inteligencia, después de haber sido las víctimas de sus épocas y de sus contemporáneos.

Las primeras palabras de esta carta, le demuestran á usted, en síntesis absoluta, cuál ha sido la impresión que ha hecho su obra en mi espíritu. Todavía se vienen á mis lábios, impelidos por el entusiasmo de mi alma, muchos de los trozos que Vd. ha colocado en la boca de Ezequiel y de Lucía; y me sucede con sus versos lo mismo que me sucedió allá en los dulces años perdidos, cuando las fibras sensibles de mi espíritu gozaban profundamente de los encantos de lo bello, á la lectura de las endechas de Gulnara y de los acentos del Corsario. Ha galvanizado Vd. á un cadáver y mi crítica podría reasumirse en una sola palabra; — gracias, Gutiérrez.

Yo pienso con Florencio Varela, — que vano y estéril sería el trabajo del poeta, si la filosofía no formara el fondo de la obra que la imaginación enbellece. — Bien, pues; Vd. ha dispuesto el fondo de su cuadro con la naturalidad y la lógica con que lo habría hecho el Renni ó el Rubens, y ha dado á sus versos aquella forma suave, incisiva, imperecedera que no le es dado emplear sino á los maestros del colorido. Hay en el fondo del poema toda la verosimilitud y toda la profundidad que requieren las obras de una imaginación verdaderamente reflectiva, sin que esto le quite á la forma el encanto y la armonía que hace repetir, aún sin quererlo, las frases de Rossini y los versos del Tasso. Puede Vd. firmar con todo su nombre y apellido eso que Vd. llama Canto y yo llamo Poema, sin temor de que la crítica inteligente é imparcial le heche al rostro su amor propio.

No es estraño que en medio de estas pasiones prosáicas que absorben á nuestra sociedad, y que en el choque de los renco-

res que distraen á la noble é inteligente juventud de Buenos Aires, su obra pase como un artículo de diario ó como un capricho de la moda; pero el poeta tiene que sufrir, que callar y que perseverar, y á la *Fibra Salvage* le toca soportar la fatal sentencia del tiempo en que vivimos: pero ella es la resurreccion de una época, ella es la estrella precursora de un cielo nítido y bello para la Patria, que se poblará, como el firmamento de nuevos astros, en el día sereno, hermanos ó satélites de la *Fibra Salvage.*

Reciba mi gratitud y mis más sinceros cumplimientos.

MIGUEL CANÉ.

Buenos Aires, Enero 27 de 1860.

LA FIBRA SALVAGE

Al Doctor Don Miguel Cané

EMINENTE LITERATO

Autor de:

ESTHER,
CORA.
EL TRAVIATO
LAURA,
LA SEMANERA,
LA NOCHE DE BODA,
EL CORSARIO.
LA FAMILIA SCONNER,
DOS PENSAMIENTOS.
IMPRESIONES DE VIAJE,
(Italia — Francia)
& &

En señal de respeto y gratitud

su discípulo y amigo

Ricardo Gutiérrez

1860

« Hay vidas que se parecen á la yerba
« solitaria que nace en medio de las
« arenas abrasadas por el sol ».

Cora — *por Miguel Cané.*

CANTO PRIMERO

EL ALMA ERRANTE

I.

Es triste y suave tu fulgor, viajera
de la fúnebre noche solitaria!...
Intima es tu plegaria,
oh brisa pasagera,
que vas de rama en rama sollozando
el lastimero adios de tu partida!...
remedo de la vida,
que entre flores y espinas vá cruzando,
los recuerdos llorando
de la inocente juventud perdida!

Tú, dulce brisa, la invisible huella
que hasta el confin de tú natal desierto
guía tu rumbo incierto,
¿no vuelves á cruzar? ¿En él acaso
mueres tal vez como la vida, y ella
como tú, su camino
sigue también que la marcó el destino?

Quién sabe al fin, oh brisa pasajera,
quién sabe al fin si le cortó en el suelo,
y tu vuelo y su vuelo
son soplos de una ráfaga precaria!...

Es triste y suave tu fulgor, viajera
de la fúnebre noche solitaria!...
Oh! cuántas veces, silencioso guía
del peregrino errante,
en su breñosa vía
las sombras disipó!... Sabe su pena,
que en la noche de calma
acaricia en sus ojos su desmayo:
él es su amigo rayo,
si en el seno del alma
que la conciencia de la angustia llena,
aún afecto inspira
lo que de el rencor muere ó respira!
.....
Llevas la angustia en la abatida frente
como una noche, errante peregrino:
el sol de tu destino
se hundió ya en occidente
para no alzarse más en tu camino!

II.

Sobre la inmensa llanura,
sobre la pampa desierta,
en la noche solitaria
el casco de un potro sueno.

Un ginete! — Campo abierto
al rumbo de su carrera!
Los ojos que así relucen
la muerte en el alma llevan.

La muerte! — sola esperanza
que á aquel corazón alienta,
cruzando como un espectro
sobre el polvo de la tierra!

III.

El es! Tan honda amargura
solo vierte su mirada,
mirada inmóvil, que llora
todas las penas del alma.

No es el rayo de la luna,
que en redor incierto vaga,
la palidez que su rostro
melancólico desmaya.

No son la herencia del tiempo,
no son del vicio la marca
las hondas huellas que surcan
su frente desesperada.

No es la aureola del martirio
que ciñe la sien escuálida
cuando el corazón rompieron
las tempestades del alma:

cuando el pesar incesante
despliega en torno las alas
y por siempre de los ojos
el amigo sueño aparta;

cuando el porvenir sombrío
la mente desesperada
vé, cual noche sempiterna,
sin un rayo de esperanza!

La maldición que se anida
en el fondo de aquella alma
y que el mundo ante sus ojos
de sombra y de nieve baña,

no es el amor marchitado
al soplo de la desgracia,
no es la ilusión de la vida,
que el desencanto arrebata.

no es la ambición, no es el ódio,
no es pasión del alma humana
lo que en aquel seno mudo
tan horrendo abismo cava,

Ay! es la soledad, es el desierto
que se estiende en el alma del suicida;
esa completa ausencia de esperanza,
ese invencible hastío de la vida;
ese abandono yerto
en que el alma se entierra,
y sin buscar donde su rumbo alcanza
se arroja en el naufragio de la tierra:
aquel hondo desdén donde se arrumba
el hombre sin destino
que busca en cada palmo del camino
el miserable albergue de una tumba!

IV.

Él amó á una mujer, porque en la vida,
íntima vida que contó á su oído
la voz de esa mujer enternecida,
halló el ángel caído
que á confundirse alcanza

con ese ensueño de la edad primera,
porque Lucía era
el tipo celestial de su esperanza.
Imágen de dulzura,
visión de inmenso amor y de heroismo,
de angélica piedad y de ternura,
él la soñó en el cielo,
él la buscó en el mundo,
en el insomne afán del desconsuelo,
y en el delirio del amor profundo.
Cuando la vida avanza
y el fátuo sol de la ilusión se aleja;
cuando el último rayo de esperanza
en el refugio del hogar nos deja,
él la buscó para la dicha sola
de un alma combatida;
él la soñó para el hogar sereno
donde el ideal de la ilusión se anida,
y la encontró — para su amor perdida —
en el sagrado del hogar ageno.

Y así aquel sólo y último y primero
lazo que ataba al mundo
su corazón inerte,
rompió también en su dolor profundo
para no hundir la luz de aquel lucero
en la eterna tormenta de su suerte.
Y huyó con el recuerdo dolorido
su tierno amor y su natal ribera,
con la conciencia de imposible olvido
y á morir léjos de su hogar siquiera.

Pero al partir, su alma lacerada
estalló en el dolor que la roía;
y como último adios, mandó á Lucía
las frases de esta carta desolada.

LUCIA

« Óyeme por piedad. — Deja que lleve
sobre la onda de la brisa leve
que se estrella en tu oído,
el canto de este amor que mi alma bebe
en la fuente del cielo;
en ese insomne anhelo
de infinita ventura, que la mano
de Dios omnipotente
encendió en nuestra frente
como diadema del linaje humano.

« Creí que la celeste simpatía
que hasta tí me arrastraba,
era inocente afán del alma mía
que el valor de tu alma comprendía
y con sencillo afecto lo pagaba.
Creí después que tu inspirada frente
y la nobleza de tu rostro bello,
y aquel divino escorzo de tu cuello.
y aquel fulgor ardiente
de tus ojos sombríos
eran visiones de los ojos míos;
una ilusión ligera
de la amistad galana
que perfuma y que viste
al noble objeto de su fé primera
con el misterio de la tarde triste
y el purísimo albor de la mañana.

« Y en aquel insensato desvarío
donde el amor que empieza
confunde la amistad y la ternura,
el poder seductor de la pureza

y el prestigio fatal de la hermosura,
perdí mi corazón que te seguía,
perdí mi corazón que te soñaba,
y en torno de tu atmósfera vivía
y con tu dulce aliento me embriagaba!

« Y todo eso era amor! Mi alma entera
se refugió á mi seno sollozando:...
ah! todo, todo era
éxtasis celestial del sentimiento
que en cada melodía de tu acento
iba mi corazón avasallando!

« Te amé! Te amé en el alma! ¿Qué valdría
sin esa luz tu espléndida hermosura?
Lo que valdría el mármol de Carrára
en la veta más pura
antes que la creación de Miguel-Angel
con su cincel divino lo animára!

« Tiempo de agitación! Oh, cuántas veces
se volcó en un suspiro
la palabra del amor sobre mi lábio,
y el temor del agravio
dándole en mi sonrisa extraño giro,
la refugiaba al seno
del miserable corazón amante
que te halló como un astro radiante
en el sagrado del hogar ageno!

« Tiempo de agitación! La vida mía
era coomo las olas del óceano
que se destrozan sin cesar y envano
en la roca sombría!
El mundo todo, la creación entera
yo con tu imagen celestial llenaba,
y mi existencia era
como el reflejo de tu luz fulgente

que estrellado en mi frente
bajo mi sueño mismo centellaba.

« Pobre de mí! Bajo la luz incierta
del rayo melancólico y postrero
de una tarde de enero,
te soñé adormecida,
y si eres bella como un sol, despierta,
oh! más hermosa te encontré dormida!

« Ah! con qué inmensa y celestial ternura
sonreía tu lábio suavemente
irradiando en tu frente
el puro albor de tu infantil dulzura!

« Como una melodía era el murmullo
de tu leve respiro,
y era como el arrullo de un suspiro
de tu aliento purísimo el arrullo.

« En magestuoso escorzo reclinado
tu cuello de alabastro se doblaba;
y el brazo torneado
oculto en la hechicera
cascada de tu blonda cabellera,
tu frente pensativa rodeaba.

« Pobre de mí! Tu palpitante seno
como la espuma del mar en calma
se agitaba sereno,
y al dar cada latido
tu corazón querido
llenaba con su música mi alma!

« Y yo tu aliento angelical bebía
y tu inspirada frente acariciaba
y en ver me embebecía
que tu granado lábio sonreía
si mi nombre á tu oido murmuraba!

« Sobre tu rostro bello
vagaba como un soplo el alma mía
y en tu dormido párpado posaba;
en torno de tu cuello
sus temblorosas alas oprimía,
y en mecer me encantaba
las ondas de tu expléndido cabello!

« Y cuando el alma loca
iba á posar su vuelo
en el risueño nido de tu boca,
como extraviada tórtola que gime,
se disipó mi cielo
y desperté de mi ilusión sublime!

« Y al despertar, creí que el pensamiento
era esclavo del alma, y que podía
dominar la razón al sentimiento:
y aquel demente amor que me agitaba,
sofocar en mi seno prometiendo,
á buscar tu palabra me lanzaba,
en tu hogar codiciado me absorbía
é iba en aquella atmósfera bebiendo
el inmenso dolor que me embriagaba!

« Te amé! La lengua humana
á definir no acierta
este vago deliquio de ternura,
este secreto arrullo
de insólito murmullo
que con tu nombre al corazón despierta;
este insondable afán que el alma loca
me lleva sin reflejo de esperanza,
donde la fibra de tu carne toca,
donde tu luz de pensamiento alcanza!

» Qué agitación! ¿No viste la doliente
madre del moribundo

muda, pálida, inmóvil, azorada,
enterrar la mirada
sobre la mústia frente
donde un soplo mortal la roba un mundo?...
Y mira al hijo y sin cesar le mira
y no arranca un lamento
ni llora ni suspira!...
Tiempo de horrendo afán! Tiempo de calma
que pesa sobre el alma
con el dolor de la existencia entera!...
Por fin el huracán del sufrimiento
saltando la barrera
que soporta en el alma duelo tanto,
con grito horrible se desborda en llanto!

« Así el intenso amor, así el intenso
profundo afán inmenso
que rebosó en la valla
del sufrimiento mío,
rompe su dique de dolor, y estalla
en este pobre corazón sombrío
que le ocultaba en vano
olvidando que era
un miserable corazón humano!

« Así siento el amor!... Aunque mi alma
muerta para las viles ambiciones
y ardientes ilusiones
que brinda la vorágine del mundo,
parece emponzoñada y recogida
en el dolor profundo
donde el frío misántropo se encierra
para odiar en la vida
cuanto á sus ojos engendró la tierra...

« Si mi pálida frente
no surge en la marea del gentío,
es que no encuentro halago

adonde brilla la mirada ardiente,
donde suena el suspiro,
donde se ostenta aliciente mago
de un mundo de bellezas
que á los demás con su prestigio encantan
y que en mi alma, rota
á toda sensación que en tí no brota,
ni asombro inspiran ni ilusión levantan!

« Si la palabra mía
en el certámen popular no suena
donde la luz que el pensamiento alumbra
el corazón deslumbra
y en fuego se convierte
que ofusca y enagena,
y arrebata á la gloria y á la muerte:
si mi alma impasible
á todo afán del suelo
jamás tendió trás la fortuna el ala
ni rastreó su vuelo
por donde el cetro del poder se escala:
si mi pié solitario
no pisó en el calvario
de aquellas tenebrosas ambiciones
donde un mundo sin fin de sensaciones
lanza al que no halla con tus ojos bellos
y con tu vida de su amor esclava
satisfecha la sed de su riqueza,
es que el encanto de su mundo empieza
donde el encanto de mi mundo acaba!

« Qué guarda la fortuna,
qué promete la gloria
ni la vana ilusión del poderío? ...
Un tesoro, un renombre, una corona? ...
Oh! quede en paz el pensamiento mío,
si con la gloria y la fortuna entera
que sobre el mundo á recogerse alcanza

no me es dado siquiera
levantar del abismo mi esperanza!

« Si te perdí en el mundo,
¿qué estrella de la suerte
puede alzarme á los cielos la mirada
desde esta urna de dolor profundo? ...
si probé en mi existencia desolada
la inmensa desventura de perderte!...

« Tú no eres para mí! ... y el alma loca
á tu alrededor enamorada gira,
y mi mano te toca
y mi trémulo lábio febriciente
se nutre en el ambiente
donde tu aliento abrasador suspira!...

« Tú no eres para mí! ... y el mundo, el cielo,
todo se me refleja en tu mirada,
y con febril anhelo
envidio el polvo del humilde suelo
donde deja su rastro tu pisada! ...

« Tú no eres para mí! ... y el pecho mío
donde golpea envano
toda ambición del corazón humano,
tiembla como una gota de rocío
cuando en el aire leve
como el rumor de lánguido follage
ondulante se mueve
el voluptuoso pliegue de tu trage!...

« Me siento vacilar! Un alma sola
con tan enorme tempestad no puede,
y ya la mía cede
al vaiven formidable de la ola!...

« Me siento vacilar! Escucho en calma
los huracanes que mi pecho baten:

el ángel y el demonio que combaten
por conquistar mi alma! ...
Me siento vacilar! Mi mente avanza
al imán seductor de tu belleza,
y como un faro á iluminarme empieza
un siniestro reflejo de esperanza! ...

« Ah, no! jamás! La seducción cobarde
no profana la senda del martirio
donde reluce y arde
la religión divina de lo bello
que ha orientado mi planta en tu camino
al sublime fulgor de su destello! ...

« Sálvate! Adios! La noche más oscura
enlute mi esperanza y mi existencia
antes que la pasión en su demencia
envenene la paz de tu alma pura!

« Adios mi planta de tu umbral se aleja,
y como aquel que para siempre deja
los templos de su tierra en lontananza,
mi corazón partido
deja á la puerta de tu hogar querido
el último fulgor de su esperanza!

« Mi corazón es fuerte
porque su fibra se templó en el mundo
bajo el tremendo golpe de la suerte.
Mi alma recogida
en su dolor profundo
puede con el naufragio de mi vida.
Adios! solo y errante
cruzaré sobre el polvo de la tierra
con máscara de dicha en el semblante
y sofocando un corazón maldito
que como atroz delito
el más sublime amor del alma encierra! »

V.

Así escribió con mano estremecida
el doloroso afán de su destino,
y lanzó su camino
al azar miserable de la vida.

VI.

El es, Ezequiel! Su rostro
un rayo de luna baña:
él es; que tanta amargura
solo vierte su mirada.

Desierto sendero cruza
sobre el caballo que marcha
con la brida á la ventura
en el cuello abandonada.

Mudo, impasible, sombrío,
jamás los ojos levanta,
que negra tormenta abruma
la frente al pecho inclinada.

Acaso léjos su espíritu
á otros mundos arrebata,
acaso le abisma solo
en la idea que le embarga:

acaso, como las hojas
que el viento lleva en sus alas,
sigue el impulso de vida
que sobre el mundo le arrastra.

Con la rienda á la ventura!
¿qué importa si al fin avanza
á algún palmo de la tierra
que no es tierra de su patria!

Y bosques, valles, colinas
y campos y campos salva,
que bálsamo de su angustia
creyó el tiempo y la distancia.

Oh! la quietud del retiro
y la soledad callada.
son las únicas dos fieles
amigas de la desgracia.

Que es dulce al insomne espírtu
con una memoria grata
llenar las horas del tiempo,
del tiempo sin esperanza!

Allí la imágen confusa
con nueva vida engalana,
suave armonía la presta,
la luz que la iluminaba;

y al pulsar las muertas fibras
las sensaciones borradas,
vivo suspira en la gloria
de su dicha envenenada.

Más ay! de aquel sin ventura
que allá en su pasado guarda
solo un recuerdo maldito
que en vano en borrar batalla.

La soledad y el retiro
que la fiebre intensa calman,
en la mente desarrollan
la honda idea que la embarga

En vano entónces el que huye,
huye el siniestro fantasma,
que al corazón vá ligado
como la sombra á la planta!

Pobre Ezequiel: su martirio
le sigue á tierras estrañas:
no está en su patria el recuerdo,
que vá el recuerdo en su alma!

VII.

De fatiga al fin rendido
su noble caballo *pampa*,
en el declive de un valle
el casco sonoro para.

Tal vez el suelo que pisa
ó el aire que absorbe estraña,
tal vez el instinto solo
le ha detenido en su marcha:

y abre la nariz fogosa
y el cuello altivo levanta
y en el campo que atrás deja
los despiertos ojos clava.

Es el instinto salvage
que en secreta voz le llama
al pisar la última legua
de su nativa comarca!

VIII.

Paró. Del sombrío éxtasis,
vuelve Ezequiel, que le embarga,
y al fin la severa vista
en redor inquieto vaga.

Oh! cuán bello cuadro hiere
la última lumbre de nácar
de esa luna que semeja
que en el desierto rodara!

Allí la inmensa llanura
como una mar de esmeralda
en el confin del oriente
sublime y desnuda acaba.

Aquí el bosque gigantesco
borda la loma empinada
como desigual cadena
de ennegrecidas montañas.

Y el hondo arroyo tranquilo
que abre la tierra abrasada,
como herida de su seno
sin término se dilata.

Allá la huella tortuosa,
que del quieto valle arranca,
trepa la loma vecina
como una sierpe de plata,

y entre las yerbas ya oculta
muere trémula y borrada
en el mirage del campo
que finge arroyos de nácar.

Allá, trepado á la cima
de su salvaje montaña,
como un genio del desierto
San Lorenzo se levanta:

y todo bajo aquel cielo,
todo en la armonía y calma,
todo en el suave desmayo
de la noche solitaria!

IX.

El no goza en su belleza,
y con decidida planta
y el caballo por la brida,
el bosque costeando baja.

Ha visto lumbre en un rancho
y hasta su puerta se avanza,
tal vez á indagar el rumbo
que ha descuidado en su marcha.

La humilde luz que ilumina
aquella fúnebre estancia
en el corazón de un bosque
sin sendero, abandonada;

y el pobre lecho que apenas
al débil fulgor se alcanza,
un ser humano traicionan
que habita aquella morada.

Entra, más nadie responde
á su voz; de nuevo llama,
y el éco solo repite
la nota de su palabra

Y él, sin temor ni recelo,
sobre aquel lecho descansa,
esperando el rumbo fijo
que el destino le guardaba!

CANTO SEGUNDO

LA FUERZA DEL DESTINO

I.

Intimo y afanoso sentimiento
de estraña y melancólica ternura,
ráfaga de suavísima frescura,
armónico latir del corazón;
risueña imágen de soñada vida,
onda suave de insondable calma,
el seno misterioso de su alma
con desmayado ímpetu agitó.

Vaga, voluptuosa y conmovida,
leve y profunda languidez serena,
deliquio incomprensible, vena á vena
tembló en su sangre de la frente al pié:
hondo suspiro levantó su pecho,
errando sobre el lábio vacilante,
y sintió por su pálido semblante
dos abrasadas lágrimas correr.

El tenebroso vértigo inclemente
que en su sombrío espíritu pesaba
sintió que de su seno se arrancaba
en pos de aquella lágrima fugáz;
y en plácida quietud la razón fría
y el corazón que emponzoñó el veneno
á un tiempo alegre de ternura lleno
sentía sollozando despertar.

Y era aquel gérmen de insondable encanto
como el secreto son de un éco amigo
que en el fondo del alma humilde abrigo
buscára á la promesa de su fé;
como un recuerdo misterioso y puro,
como infantil y dulce sentimiento,
nacido en algun otro pensamiento
que respondise al pensamiento de él.

Y libre así del infernal hastío
que su abatido corazón desgarra,
pulsa una melancólica guitarra
que sola allí desamparada halló:
triste preludio, fúnebre preludio
arranca de la cuerda estremecida,
y con voz sollozante y conmovida
entona esta tristísima canción:

A Lucía

« Dáme una lágrima, solo una lágrima!
ah! no; no puedo darte un pesar!...
Dáme un instante de tiempo rápido.
yo que te he dado mi eternidad!

*

« Dáme un recuerdo! En él cuán íntimo;
íntimo piensa que es mí dolor,
cuando el futuro maldito y lóbrego
ya espera inmóvil mi corazón!

*

« Qué es el futuro! Es noche lúgubre,
noche de nieblas. noche sin fin:
perdido y solo mi errante espíritu
se agita en ella sin porvenir!

*

« Allá en su eterna quietud fatídica
Oh! nada al alma conmueve ya,
— solo un recuerdo, — recuerdo fúnebre,
como ella misma, siempre inmortal!

*

« Y no maldice: su gloria única,
— tu dicha — compra con su dolor:
tú te has salvado: errante y huérfana
busca ella el rumbo que se trazó!

*

» Ay! donde lleve mi planta trémula,
con mis pesares arrastraré
tu sombra muda, que vá en mi ánima,
tú, ni un recuerdo de mi tal vez!

*

« Dáme una lágrima, solo una lágrima!
ah! no; no puedo darte un pesar!
Dáme un recuerdo del tiempo rápido,
yo que te he dado mi eternidad! »

II.

Con tímida y rasgada melodía
que suspende y oprime el corazón,
retemblando en la atmósfera sombría
triste sollozo de ansiedad rompió.

Un momento siguió de mudo espanto,
cual si una vida en él llevado hubiera.
Profundo luego y comprimido llanto
estalló en una queja lastimera.

Llanto de honda emponzoñada fuente
que el pesar en secreto alimentó,
que como un manantial de lava hirviente
colmó de las entrañas el temblor.

Llanto de misterioso y escondido
amor, que el alma adormecida ignora,
y en apagado éco y abatido
sus triunfos canta y sus caídas llora.

Llanto que con el vivo pensamiento
rompe, que el alma atónita llenó,
penetrando en el rayo de un momento
de un mundo suspirado al corazón

Mundo que su vago y nebuloso ensueño
miró y dejó el espíritu al pasar;
y ora que en él por fin despierta dueño,
sus dichas todas desparecen ya!

Llanto que el alma á enloquecer alcanza
con el bárbaro grito del dolor:
llanto de malancólica esperanza,
llanto de rota y última ilusión.

Y una voz dolorida y sollazante
que el caudal de las lágrimas cortaba,
así exclamó con éco penetrante
que el espantado corazón helaba:

« —Quién eres tú, que el alma estremecida
se refugia, al oirte, en la memoria,
buscando inquieta en la pasada vida
la misteriosa cifra de tu historia?

« Por qué tu melancólica mirada
siento que me acaricia el corazón
con la imágen confusa y agitada
de un sueño hermoso que en la noche huyó?

« Quién eres tú, que con poder secreto
encadenas á tí mi voluntad,
oh! y á encontrarte, en su delirio inquieto
mi espíritu me arrastra á mi pesar?

Y del oscuro ángulo surgiendo
velada en negra ropa una mujer,
á su invisible fuerza obedeciendo
se abrazó á las rodillas de Ezequiel.

Las fibras todas de Ezequiel temblaron,
la voz á su garganta se anudó,
y en sus ojos sus ojos se enclavaron
con espresión de espanto y de dolor.

Miraba aquella aparición, miraba
aquella imágen mústia del pesar,
y nunca de mirarla se saciaba
en su profundo vértigo y afan.

Porque algo en ella misterioso había
que su alma y su memoria sondearon,
y que un recuerdo íntimo traía
de las risueñas horas que pasaron.

Y era de melancólica belleza
el rostro de la pálida mujer,
y un vagoroso rayo de tristeza
las dulces formas desmayaba en él.

Mústios los ojos del color del cielo,
preñados con sus lágrimas alzaba,
y eternas noches de ansiedad y duelo
en su mirada inmóvil traicionaba.

La tez marchita de la frente bella,
cual flor del aire que al caer se hirió,
árida y sola y enterrada huella
surcaba, contrayendo su dolor.

Oh! tanta pena y desventura tanta
un alma sola fatigaba allí! . . .
Al peso del dolor que la quebranta
ya la suya Ezequiel siente morir.

Y habló por fin, que el hondo sentimiento
más fugáz es cuando más hondo es;
que á no pasar. meteoros del momento,
ay! matára el dolor como el placer!

« —Quién eres tú? Mi alma es fría y triste,
y en toda el área de la tierra oscura
un sér tan sólo que conmueva existe
el seco manantial de mi ternura.

« Tu voz ha desmayado el alma mía,
tu pena me ha partido el corazón;
si eres Lucía, sombra de Lucía,
¿quién á mi ingrata senda te arrastró?

« Ay! qué dolor inmenso tu hermosura
marchitó con tu alegre juventud?
Quién en sombría noche de amargura
hundió aquel astro de dorada luz? . . . »

Dijo; y el bronce de su ceño eterno
una helada sonrisa despejó;
pero era una sonrisa del infierno
que formaba en sus lábios el temblor.

Sonrisa loca del feróz intento
que cumplido, al pensar, ha visto el alma
y jura en la conciencia el pensamiento
con invariable y espantosa calma.

El hastío á su alma dado había
fuerza para diezmar la humanidad,
y acaso en su desgracia combatía
la sorda voz que le llamaba al mal.

Pero ay! ya del sér que ha profanado
lo que él en su desgracia respetó;
acaso el solo escudo levantado
en medio de su angustia y su furor!

No era ya el génio oculto del destino
quién su rigor en su ansiedad cebaba;
era un sér como él, que en su camino
provocando su cólera se alzaba:

frenético y sombrío sentimiento
que no ya sin temblar sondeó tal vez;
implacable y helado pensamiento
que un nuevo surco lapidó en su sien.

Ay! del que ya sin esperanza alguna
vé errante en el desierto de la vida!
Pero ay! de la mano que importuna
agitó la ponzoña de su herida.

Por eso una sonrisa el ceño eterno
de su pálida frente despejó,
pero era una sonrisa del infierno
que formaba en sus lábios el temblor.

III.

Hondo, fúnebre lamento,
queja del alma partida,
negra imágen de la vida,
breve historia del dolor, —
pobre mujer! — con las sombras
de su pasado en su mente,
así la angustia presente
de su seno la arrancó.

« — Ezequiel? ... Santo Dios! ah! tu voz era,
que viene á despertarme en mi agonía! ...
¿Por qué en tí, vida mía,
la última, la sola, la primera
ilusión hallo al fin, cuando el impío,
el horible tormento,
secó en mi corazón el sentimiento,
fatigó mi hermosura
y encadenó la suerte mi alvedrío? ...
Cuando desprecio ó lástima te inspira
la que finge esperanza en su quimera
su triste desventura,
y sola y verdadera
ahora entre los dos alzarse mira
insalvable barrera!

« Me amabas? es verdad! Oh! la memoria
llora en mi alma aligida
la dolorosa carta de tu historia
que iluminó la noche de mi vida.
Tú en ella un meteoro,
un meteoro pasajero fuiste:
íntima era y ardiente
tu palabra de amor, pero tu frente
no sé qué horror secreto desmayaba.

Y yo que te adoraba
oí tu último adios! El inclemente
tiempo corrió; corrieron
largos años con él, y ya mis ojos
á hallarte sobre el mundo no volvieron!
Te alzaste y te perdiste
en la noche de paz meteoro triste!

.....

« Ah! ¿por qué entre los hombres confundidos
séres arroja sobre el mundo Dios,
que con humanas formas concebidos
tienen todo de fiera el corazón!

« Entes sin alma, formas con instintos,
sarcasmos de la idea omnipotente
y que no llevan, para ser distintos,
la eterna maldición sobre la frente!

« Julio! ¿te acuerdas de él? ¿Por qué, Dios mío,
le entregué como esposa el corazón,
si el sacrílego mónstruo, si el impío
á un abismo de infamia me arrastró?

« Ay! al correr de mi pesar la historia
estalla el alma de dolor transida,
porque se alzan con ella en mi memoria
las horas más horibles de mi vida!

« Escucha; la vergüenza y el despecho
mi sangre encienden que el pesar heló;
oye, que acaso en tu abatido pecho
dé un latido por mí tu corazón!

« Era ya entrada una noche,
la más siniestra y oscura
que sobre el campo desierto
desplegó sus álas mústias

« Triste mi alma y despierta
velaba con su amargura
en la soledad tranquila
de aquella estancia desnuda.

« De inquietudes y tormentos,
de terrores y de angustias
ah! ya mil noches como ella
pasé abandonada y muda.

« Yo no lloraba su ausencia
que me era ya una fortuna
desde aquel dia funesto
que unió mi vida á la suya.

« Lloraba la crueldad solo
de mi ingrata estrella oscura
que unió al suyo mi destino
con tan pesada coyunda!

« Hirió de pronto mi oido
una algazára confusa
donde escuchaba el acento
de su voz áspera y dura.

« Trémula y de horror transida
salté del lecho desnuda.
y ensordeciendo la planta
temerosa y mal segura,

« y ahogando, ahogando en el pecho
los suspiros de mi angustia,
escuché con toda el alma
estremecida en mis dudas.

« Qué horror! aquellas palabras
no dejan mi oido nunca!
Por qué allí la muerte misma
no acabó mi desventura!

« Julio, sí, era él; su mismo acento
llegó trémulo y sordo hasta mi oido
sellando con horrible juramento
el pacto infame que escuché cumplido!
Qué horror! Aquella noche de tormento,
ya al juego todo su caudal perdido,
abandonada al sueño me creia
y á otro hombre miserable me vendia!

« Ah! no soñé! Despierta en mi pavura
sentí el siniestro recontar del oro
y en el misterio de la noche oscura
á aquel cobarde huir con su tesoro:
bíen pronto hirió la fúnebre llanura
del caballo el estrépito sonoro
que al golpe de su casco me anunciaba
la infamia y el horror que me dejaba!

« Pero hay un Dios en el cielo,
que á los débiles ampara,
porque en ese instante horrible
dió fuerza y valor á mi alma.

« Corrí, corrí por los campos
loca, trémula, espantada,
al favor de las tinieblas
que protegieron mi marcha.

« Huí sin saber á donde
ya mis plantas me llevaban,
por los ásperos senderos
que destrozaron mis plantas!

« No sé mas. Desfalleciénte,
con la primer luz del alba
desperté, bajo el amparo
de esta choza hospitalaria.

« A mi lado, compasiva
hallé una noble paisana
que protejía mi sueño
como el ángel de mi guarda.

« Al borde de una laguna
me encontró ya desmayada
y entre sus brazos me trajo
á esta choza solitaria!...

« Cuán eternas son las horas
que corren en la desgracia,
y en vano imágenes busca
para pintarlas el alma.

« La sombra de aquella noche
me sigue como un fantasma,
y no alejan sus terrores
ni el tiempo ni la distancia!

« Oh! déjame llorar, porque es mi suerte
llorar desamparada y escondida;
mi única esperanza está en la muerte,
porque huyó la esperanza de mi vida!
Tal vez un rayo de su luz, al verte
acarició mi alma estremecida,
—último resplandor de un astro amigo
que al separarte seguirá contigo.

« Y aunque siento, Ezequiel, que el alma mia
hoy que te pierde la infeliz, te adora,
no te pido el amor que sonreía
en tu mirada un tiempo abrasadora:
ay! que aquella Lucía, la Lucía
no es que abatida y miserable ahora
llora su angustia en el misterio impío
que separó tu corazon del mio! »

Y en un sollozo
la débil voz
entrecortada
desfalleció.
Sollozo íntimo
del corazón.

IV

Y él habló con dulce acento
de suave y tranquila calma:
oh! qué hondo sentimiento
vencía en aquel momento
la tempestad de su alma!

— « Hay un gérmen, Lucía, de ternura
en el seno del alma combatida,
que eterno mana misteriosa y pura
fragancia en ella de ilusion y vida;
ráfaga vírgen de inmortal frescura
que en suave deliquio adormecida
con un soplo de Dios despierta en calma
en la primera inspiracion del alma.

« Es el amor: como recuerdo vago
de única y pasada gloria incierta,
de amor ageno al penetrante halago
con su escondida eternidad despierta;
misterio de dolor y encanto mago
que loca el alma á definir no acierta,
vagarosa, suspensa y recogida
en el secreto gérmen de otra vida.

« Y así te amé con la ilusion primera,
y así te amé con tan profundo anhelo,

como si el alma recordado hubiera
haberte amado ya bajo otro cielo.
y que proscrita allí, de allí trajera
con escondido afan entre su vuelo
la imágen ay! que en su segunda vida
halló á tu imágen celestial unida.

« Y eras un ángel de inmortal belleza,
y era loco el amor del alma mia,
tu único tesoro la pureza,
mi único porvenir noche sombría;
noche, ah! de fatídica tristeza
en que, amándote, hundirte no podía;
horrendo abismo de insondable angustia
que abrió una maldición en mi alma mústia.

« Perderte ú olvidarte fué la suerte,
el sólo porvenir que pude darte;
y era inmenso mi amor para perderte,
y era inmenso mi amor para olvidarte:
y alejarme juré para no verte
y en mi desierta soledad llorarte
con la sola esperanza de la vida
que en tí cifró mi alma combatida.

« Partí, partí, turbando la armonía
que concierta las almas bajo el cielo:
un solo sentimiento sonreía
en la horfandad de mi profundo duelo;
él tan solo en mi alma sostenía
el valor y la fé del desconsuelo:
—tú te salvabas,—y tu dicha sola
era de mi martirio la aureola!

« Te amé,—no llores ya! La noche triste
con que veló mis glorias el destino,
ah! no ya todo de tinieblas viste
el corazón del pobre peregrino:

un rayo melancólico aún existe
de aquel fuego inmortal, de aquel divino
primer amor, que en la desgracia ruda
más fuerte mi alma en tu alma anuda.

« Pero es fuerza partir! oye; la suerte
pide un momento más, alma querida!
Oh, sí! yo volveré! ya ni la muerte
podrá entonces apartarnos en la vida!
Adios! basta, infeliz! El golpe fuerte
que abrió en tu corazón tan honda herida,
también ha entrado de mi alma al seno
volcando el manantial de su veneno!

« Déjame! ni una lágrima! es en vano!
Nada en el mundo á detenerme alcanza!
Oh! de aquel hombre la cobarde mano
arrancó tu esperanza y mi esperanza!
Déjame! Con esfuerzo sobrehumano
el demonio feróz de la venganza
me arrastra en fin hasta fijar mi suerte
y pongo á precio de tu amor su muerte!

V.

Y á otros lábios sus lábios se apretaron,
la voz en ellos trémula rompiendo;
lábios que sin buscarse se encontraron,
á un misterioso impulso obedeciendo.

¿Qué gloria, qué deleite, allá en el cielo
guarda para las almas el Señor,
que no desflore en el perdido suelo
el primer beso del primer amor?

Errante el alma sobre el lábio ardiente,
en otro lábio otra alma en su ansiedad
recoge avara, y confundido siente
su espíritu en su espíritu inmortal.

Y desmayada de placer, suspira
en esa queja que en los lábios suena,
y otra vez temblorosa se retira
y al corazón desierto se encadena.

Con música secreta de ternura
canta en el agitado corazón
la gloria de otro mundo y la ventura
el primer beso del primer amor!

IV.

Pero al partir, fatal presentimiento
el alma hirió de la infeliz Lucía.
que en su débil aliento, ya el aliento
de la cercana muerte conocía:
la ansiedad, la desgracia, el sentimiento
avanzaron su muerte en su agonía,
y al partir Ezequiel, con un gemido
delizó estas palabras en su oído:

« —Ay! en memoria del amor primero
que allá en la noble juventud me diste,
guardaba como el, pálida y triste,
esta marchita flor de resedá.
Aquel amor, del gérmen primitivo
más íntimo ha brotado y más sereno:
ella un gérmen también lleva en su seno,
que puede en nuevas flores respirar.

« Sea ella la imagen de mi vida:
¿ves ese ombú de mi destierro amigo?
Allí, bajo su sombra y á su abrigo,
al perderte á mis ojos la pondré!
Ay! cuando vuelvas, tumba solitaria
será el hogar de la infeliz Lucía
si esa flor, de su esperanza un día,
hallas marchita al avanzar tu pié!»

« —Adios!» —Aún otro
último adios
del viento en álas
cruzar se oyó:
luego el confuso
sordo rumor
del potro rápido
que se alejó,
y al fin perdido
como la sombra
del incesante
viajero errante,
en el incierto
triste y desierto
negro horizonte
desapareció

Rota la nube
que el furor
de los vientos
dispersó:
dolorida
ilusión:
promesa
querida
de amor:
último
rayo
de sol!

Y en la llanura
como en el mundo
del corazón,
quedó tan solo
silencio fúnebre
en derredor.

Brilló en el cielo
la luz de Dios;
y halló Lucía
como los rayos
de luna fría
su resplendor.

Ay! de su alma
el bello sol
ya en occidente
la hermosa frente
en sempiterna noche sepultó!

VII.

Un ángel inocente de dulzura
allá en la vírgen juventud fué ella,
como las brisas del desierto, pura.
como los astros de la aurora, bella;
pero era melancólica y oscura
de su destino la perdida estrella
y alumbró su existencia solitaria
como pálida antorcha funeraria.

Como un preludio el misterioso acento
de aquel que solo la adoró en la vida
oyó en las álas de apagado viento
brotar y huir en él la voz querida;
el que dejó, confuso sentimiento,
en su alma serena y adormida,

no tornó más á despertar amante
aquel mágico ensueño de un instante.

Y corrió el tiempo y la memoria luego
con él, del hombre que soñó olvidado,
y otro después con miserable ruego
le mintió el paraíso suspirado:
fuego no más, que chispeante fuego
prendió en su corazón desamparado,
forjando acaso la embriagada mente
amor en él, de ráfaga inocente.

Ella, infeliz! el incitante y grato
vértigo, amor en su ilusión creía,
ligada para siempre al insensato
que el alma en su inocencia escarnecía:
ella al fin despertó, cuando el ingrato
sin comprender el alma que perdía,
un porvenir de infamia y amargura
en pago daba de la fé más pura!

La malograda juventud serena
corrió entónces, llorando, en la memoria,
y era de encanto y de dulzura llena
y de esperanza y de ilusión y gloria;
y allá, borrando su profunda pena,
en el recuerdo de escondida historia
el solo amor halló que en su desvelo
guiaba el alma al suspirado cielo!

Amor que bajo el rayo de la vida
no alcanzó á recoger la dulce palma,
porque en su primer ósculo prendida
se arracó, hay! del corazón su alma,
huyendo de la cárcel corrompida
hasta un cielo de luz y eterna calma;
que vírgen era, y en su seno era
vírgen la fé de la ilusión primera!

CANTO TERCERO

La venganza

I.

Monge de los altares,
muy larga es tu oración. La noche avanza.
¿Velas en ella tú, cuando descansa
de recuerdos el alma y de pesares?...
Muy larga es tu oración! Pasó la hora
del rezo y la plegaria;
la campana sonora
apagó ya su lamentable acento,
y en las tranquilas celdas del convento
reina la triste noche solitaria.

Estraña es tu plegaria,
y el claustro helado y lóbrego y desnudo
no es tampoco un altar: tú no te humillas,
no ruegas de rodillas
y estás de pié reconcentrado y mudo...

Fúnebre capuchino,
tú no invocas á Dios! ... marchas, te agitas,
te paras, vacilante en tu camino,
sonríes brutalmente,
te golpeas la frente
y meditas, meditas

bajo la angustia que tu alma ahoga
y tu soberbio corazón revienta:
ah! te conozco, masa de tormenta,
que sobre el mar de las pasiones voga!

II.

Él es fray Ezequiel. Su altiva talla
sobre el pilar del claustro se dibuja
entre sus blancos hábitos envuelta
como un fantasma de la noche oscura.

Sobre su pecho que el respiro agita
con salvaje ademán los brazos junta,
y fijando en la tierra la mirada
como en la inmensidad sus ojos buscan.

Mirada de recóndito reflejo,
con que el recuerdo al corazón alumbra;
ojo de la conciencia que despierta
y la batalla de la vida cruza.

Mirada como el brillo del acero,
pálida y fría, penetrante y dura;
no mira con sus ojos, amenaza:
su rayo es un puñal que se desnuda.

Rayo que enpalidece cuanto mira
como el fulgor que la tormenta anuncia
y en el primer relámpago que enciende,
la formidable tempestad derrumba.

III.

Él es! Sobre su frente tenebrosa
bajo el plegado capuchón, se alcanza
la arruga cruel que pensamiento deja
como una cicatriz de su batalla.

Siempre severo, pensativo y solo
entre los claustros del convento vaga,
ó caminando en su desierta celda
las mudas horas de la noche pasa.

Como un extraño entre los otros vive
y en su fría reserva se amuralla;
no sonríe jamás su lábio inmóvil
y es breve y altanera su palabra.

Él consagra la misa sin reproche
crando el servicio del altar le llama,
pero hay entónces en su aspecto rudo
como una distracción tenaz y estraña.

Cuando las horas de oratorio suenan
no se escucha su voz en la plegaria,
y en insondable reflexión perdido
queda cuando los otros se levantan.

Solo el silencio le despierta entónces
y bajo un golpe de temblor se para
como si acaso, de su cuerpo ausente,
volviera á entrar á su conciencia el alma.

Inquietas son las horas de su sueño
y le abandona al despuntar el alba
que entra á su celda sorprendiendo á veces
la temblorosa luz de su velada.

No son el Evangelio, ni el Psalmista
con lo que el tiempo de su insomnio mata;
son las mundanas hojas de la historia
ó el relato infernal de las batallas.

Allí su frente lóbrega se anima,
rueda el ojo feroz brotando llama,
y al agitar la juvenil cabeza
derrumba el capuchón sobre la espalda.

Negro como sus ojos, su cabello
en negligentes hondas se derrama
y las soberbias líneas del semblante
con salvaje vigor bajo él destaca.

El propio brillo de su vista, alumbra
el tinte americano de su raza
que sobre el rostro pálido se cierne
para mostrar el temple de su alma.

A veces huye de su celda triste
con el primer fulgor de la mañana
y á largo paso infatigable trepa
la cima colosal de las montañas.

Y el panorama de Mendoza mira
ó el espantoso abismo de la falda,
ó inmóvil como el génio de las rocas
hunde en el infinito su mirada.

De allí retorna á su convento humilde
y en su más hosca agitación se entraña,
como si en las grandezas de la cumbre
algún soplo satánico aspirára.

El monge anciano con piedad le mira
y huye el novicio de él cual de un fantasma,
cuando en la tarde del tranquilo huerto
pasea en derredor su vista huraña.

Qué horrible pensamiento, qué desdicha.
cruza aquel corazon como una espada?
qué formidable golpe de tormenta
su vida entera sin reposo asalta?

Nadie á afrontar su intimidad se atreve,
su gesto es como el bote de una lanza,
y hay algo en él que revelar parece
que aquella tempestad le arrulla el alma.

IV.

Su historia en el convento que le asila
es breve y tenebrosa y desolada,
dos años há que una sombría noche
tocó Ezequiel á la pesada aldaba,

llamó al padre prior y en voz resuelta
le habló tranquilamente estas palabras:
« —Padre; sobre la tierra de los hombres
« mi vida es un naufragio de desgracias.

« Dos solos lazos en el mundo triste
« mi vida atáron á la vida humana:
« el más sublime amor del alma mía
« y el ódio más tremendo de mi alma.

« Él ya no existe: por la tierra entera
« lo buscó en vano sin cesar mi planta;
« y solo á precio de su sangre infame
« juré comprar en Ella mi esperanza.

« Así ya sin objeto sobre el mundo
« vengo á entregar á Dios toda mi alma,
« y aquí una celda miserable pido
« para huir del infierno que me llama.

« No, no quiero palabras de consuelo;
« todo es envano cuanto digas; basta!
« no hay más que yo que sepa que mi angustia
« no cabe ya sobre la vida humana. »

Así Ezequiel encadenó su voto
en los altares de la ley sagrada
para huir del infierno de la vida
en la celeste paz de la plegaria.

Ató á su cuerpo el cíngulo funesto
como un grillete que á los piés se amarra;
y al abatir su negra cabellera
su fuerza de Sanson cayó á sus plantas.

Y como el jóven cóndor que aprisionan
arrancado á su nido de montañas,
con salvage y magnífica tristeza
miró á los cielos y abatió las álas.

Así, como el galeote miserable
que á la regilla de su cárcel salta
y á través de sus lágrimas devora
el ave líbre que en los cielos vaga,

así ya para siempre ante sus ojos
vió volar el girón de su esperanza,
como la nube que la tarde dora
y el soplo de los vientos arrebata!

En ese mundo recogió el recuerdo
y se hizo triste y tenebrosa el alma,
vagando en los espacios infinitos
de su desierta soledad callada.

El tiempo al fin con su terrible ciencia
le mostró allí su libertad esclava
é iluminó el naufragio de su vida
con el fulgor de la verdad amarga.

Entónces sobre el lábio contraído
espiró la oración y la plegaria
y el inmenso dolor del desconsuelo
sobre su frente desplegó las álas.

El vigor de su espíritu soberbio
no exhaló con el llanto en queja vana,
y la presión del claustro aborrecido
como una fuerza concretó su sávia.

Y creció poderoso en el abismo
que el pensamiento solitario cava
ay! pero en vez de levantarse al cielo
rastreó en la tierra su raíz amarga

como el potente roble que aprisiona
la grieta colosal de la montaña
y sin perder su robustez soberbia
el tronco dobla y la cervíz levanta.

En el retiro de su celda triste
refugió su conciencia desolada,
estudió el mundo y arrastró á su juicio
la miserable sociedad humana.

Y solo vió oprimidos y opresores,
y él se miró caido entre la garra,
bajo el azote de la ley maldita,
que aprisionó sus carnes y su alma.

Entónces en su espíritu soberbio
pasó el soplo infernal de la batalla,
y levantó su lábaro terrible
en el brillo feroz de su mirada.

No era el ceño del ódio que sonríe
al salto de la sangre y de la entraña,
ni el rencor era que burlando aspira
el alarido atroz de la desgracia;

ni la horrenda crueldad del alma frfa
que templa su furor como una espada
en los humores de su herida propia.
para roer y emponzoñar la estraña;

ni el dolor ciego que el puñal desnuda,
ni el deleite infernal de la venganza
que saborea con paciencia horrible
el salvage veneno que prepara.

Era el brillo acerado de la cota,
la muerta luz que en la tormenta avanza
y á cuyo lampo empalidece el mundo
esperando el azote de sus álas.

Era el dolor que á combatir se arroja,
la desesperación blandiendo el hacha
que hiere sin guardarse, invulnerable,
porque no lleva carne de esperanza.

Era la conmoción del estallido
que la potencia de opresión levanta:
era el cartel del implacable duelo
á que aplazó en un día su venganza.

Midió el alcance del poder ageno
por la caida en que abismó su alma,
y encontró, blasfemando, que la fuerza
era la ley de la existencia humana.

Entónces, como el hierro estremecido
bajo el imán que en la tormenta pasa,
blandió en el aire su robusto brazo
agitando la cruz como una espada!

V.

De pronto un paso furtivo,
cauteloso y fugitivo
sonar en el claustro oyó,
y vió el fantástico bulto
de un hombre en su capa oculto
que á su celda se acercó.

Y era siniestra y oscura
la sombría catadura
del que avazaba hasta allí.
Y le vió con temblorosa
mano agitada y dudosa
la pesada puerta abrir.

Y abrió: pero al entrar sus ojos vieron
el formidable aspecto de Ezequiel,
y con extraño ahinco lo midieron
ávidos de la frente hasta los piés.

Pero en las ropas de Ezequiel hallando
un pobre capuchino penitente,
así le habló con éco reverente,
y la rodilla en el umbral doblando:

« —Padre; perdón si mi llanto
turba la paz solitaria
de la devota plegaria
que levantas al Señor;
pero el crímen, el espanto
de mi alma pecadora,
me arrastra á tus piés é implora
tu consejo y tu perdón. »

Ah! ¿por qué al son de ese acento
de súbito helada de la frente al pié
sintió con golpe violento
pararse en sus venas la sangre Ezequiel? ...

Ay! cuando en las horas puras de la vida
la gloria que el alma única forjó,
muere marchitada por siempre y caida.
al injusto soplo de ajeno rencor:

y ya el desencanto, huérfana del mundo
la esperanza roba que no torna más,
y en una hora eterna de hastío profundo
se recoge el alma sola en su pesar:

cuando nada importa la agena ventura
ni el dolor ageno, ni aún él mismo al fin,
porque ni el presente la propia amargura
llora, ni el pasado ya ni el porvenir;

y ya envejecido y agostado vive
como en un sepulcro, roto el corazón,
y solo desprecio por afan recibe
cuanto de él las fibras á tocar llegó;

entónces la herida de traidora mano
que del infortunio la paz va á romper,
con ímpetu horrible, con furor insano
agita en el seno la dormida hiel.

Ay triste el que entóces mira en su impotencia
huir impugne y salvo al sér que le hirió
sin dar al orgullo la amarga conciencia
de vengar siquiera su inmenso dolor.

Sus días son noches, ay! de insomnio eterno,
sus noches son siglos de eterna ansiedad
y es su vida toda tenebroso infierno
donde espira el alma sin morir jamás!

Ah! ¿no fué una sombra de loca quimera
el hombre que hallaba junto á si Ezequiel? ...
Era Julio mismo! — la misma voz era
que encerró en su oído su encono una vez!

El sér que en su seno ponzoñosa herida,
la última de su alma, la más honda abrió,
y del astro único de su oscura vida
en noche de crímen empañó el fulgor.

Ser que de su alma el ódio profundo
despertaba en ella sin piedad ni ley,
y en quién ella todos los golpes del mundo
reunió que postraron su gloria y su fé.

Y anchos corredores que la noche viste
con sus hondas nieblas, recorriendo van:
reina allí el silencio, y en la inercia triste
sus dos corazones se escuchan pulsar.

Súbita aunque débil, suave y temerosa,
con incierto giro de estraño temblor,
de Ezequiel la mano crispada y dudosa
las flotantes ropas de Julio buscó,

como el que de un vago sueño poseido
duda y se pregunta si sueña en verdad,
ó bajo el influjo de él adormecido
palpa los objetos que halló al despertar...

Al fin sobre el mundo se hallaban reunidos
los que juntó el ódio sobre él y alejó;
los ojos en tierra de Julio vencidos
ante aquellos ojos que los más perdidos
misterios de su alma sondear sintió.

VI.

« —Padre! la fuerza invencible
de un hondo terror sin calma
lleva mis ojos al suelo
y me arrebata á tus piés;
en la noche más horrible,
la más negra de mi alma,
como ha sido para el cielo
la más oscura también!

« Ya el desmayo y la fatiga
de mi cuerpo dolorido,
ya la inquietud de mi mente
el reposo dispersó.
Piedad! escucha y mitiga
el terror desconocido
con que lucha tenazmente
en vano mi corazón!

« Yo allá en mi patria habitaba
una hermosa estancia mía
en la ingrata compañía
de una insensible mujer;
aquel día en que mi mano
la dí por mi mala estrella,
no recibí con la de ella
todo el caudal de su fé.

« Su pecho mismo guardaba
todo su amor para otro hombre;
Ezequiel era su nombre
que en sueños la oí nombrar:

más él, olvidado acaso
ó desesperado amante,
huyó desde aquel instante
del país por siempre ya.

« Tú puedes aquella vida
idear en tu pensamiento,
de fastidio y aislamiento,
de violencia y de rencor:
y yo que el alma soberbia
siempre eduqué en su albedrío,
la dejé sola á su brío
que el yugo al fin sacudió.

« Desde entónces entregado
al estruendo de la orgía,
tan solo la luz del día
me hallaba en mi triste hogar:
y el juego, el juego que era
todo mi universo entero,
noche á noche en mi dinero
devoraba mi caudal.

Una noche, en fin, lanzado
en la ambición del desquite,
al primer golpe de envite
alzar mi suerte soñé;
y á una carta tentadora,
solo en una carta, en una,
el resto de mi fortuna
de un solo golpe jugué!

Y perdí! — Desesperado
y en secreta calma impía,
volví al hogar que perdía,
lleno de envidia y rencor:
en mi cerebro demente
fúnebre plan concibiendo

que iba doblando y creciendo
la fiebre del corazón!

« De pronto sonó á mí oído
una palabra altanera
que bien conocida era
y terrible para mí:
torné el rostro sorprendido
viendo acercarse á mi lado
al tahur afortunado
que me habló entónces así:

—Quieres tentar un albúr
en una última jugada?...
Entre toros no hay cornada;
sino te conviene, abur!

Pero no sé qué has de hacer
rodando en noches tan largas
con dos horrorosas cargas,—
la miseria y la mujer!...

Pues déjame el campo llano
y lleva esta bolsa de oro:
lo que ha de comerse el moro
que se lo coma el cristiano!

No sé que mejor jugada
caiga del cielo á un tahur;
pero si eres tonto, abur!
entre toros no hay cornada.
« Y haciendo sonar su mano
la bolsa repleta de oro,
puso en la mía el tesoro
á cuyo tacto temblé:
y al influjo de su brillo
en mi vértigo cediendo,

con aquel tesoro huyendo...
vendí mi propia mujer!...

« Ah! no mates mi esperanza
con esa mirada horrible
que bajo el ceño insensible
de tu frente se arrancó;
porque su rayo, que alcanza
al fondo del alma mía,
deja en su fuerza sombría
todo el hielo del terror!...

« No es este el crímen que agita
la conciencia de mi pecho
y en el refugio del lecho
viene mi sueño á turbar:
ay! en mi lábio inseguro
y mi acento estremecido
lucha errante y combatido
por mi mengua y tu piedad!

« Oh, monge! tú no comprendes
la tempestad que se agita
en esa pasión maldita
que ha roto en mi corazón;
porque tu alma piadosa
alza su vuelo del mundo
y nunca al abismo inmundo
de las pasiones bajó.

« Y la mía, desde aquella
noche de miseria tanta,
donde á pisado mi planta
se ha envilecido también;
y según lució mi estrella,
ya perdiendo, ya ganando,
fué entre pecho doblando
eternamente su sed.

Vencido al fin por la suerte,
me arrancó un hombre la mía;
en esta noche sombría
le ha acechado mi traición: ...
acabo de darle muerte
en el bosque de un camino...
Padre! soy un asesino
que implora el perdón de Dios!... »

VII.

Sin una nube en la frente
ni una chispa en la mirada,
ni una sonrisa en el lábio,
ni en los miembros un temblor,
la voz de Ezequiel, doliente
y en suave acorde templada,
sin furor y sin agravio
estas palabras habló:

« —La sombra del pesar está en mí frente!
¿por qué entónces tu alma envilecida
crée que no alcanzó la pasión demente
que agita aún las horas de tu vida?...
En los días profanos
de mis goces mundanos
también una pasión bramó en mi seno,
también el sueño me robó y la calma,
también su embate conmovió mi alma,
también virtió en mi vida su veneno!...

« Donde no lleva tu ansiedad sombría,
donde el amor impávido no alcanza
ni el furor de los celos, ... allí guía

la frenética sed de la venganza! ...
Al través de estranjeras
cien lejanas riberas,
todo en la mía con mi amor dejando,
indiferente para mí ya el mundo,
sin otra fé que mi rencor profundo,
seis años fuí ... su huella rastreando!

« Piedad! ¿y piensas, infelíz, que ella
de Ezequiel cabe en el precito seno?
seis años há que tu maldita huella
sigue mi corazón, de tu ódio lleno!
Hoy al fin, asesino,
te encuentro en mi camino! ...
Para vengar á la infelíz Lucía
precisaba el rugido de tu muerte:
álzate, miserable, porque al verte
se arranca de furor el alma mía! ... »

VIII.

En el furor de la mortal contienda
los dos contra la lumbre se estrellaron
y el cuadro así de la matanza horrenda
en medio de las sombras sepultaron.
Solo el rumor se escucha
de la enardecida lucha:
luego un instante de silencio inerte;
luego un hondo y frenético gemido;
luego el golpe de un cuerpo que ha caido,
y solo al fin la calma de la muerte!

Y de pronto una lumbre repentina
hiere de aquella oscuridad el manto

y con un rayo trémulo ilumina
la escena del combate y del espanto.
Firme la mano alzada
con la luz agitada
y la feroz sonrisa en el semblante,
sigue Ezequiel en su ansiedad impía
del moribundo Julio la agonía,
inmóvil ya sobre la tierra humeante.

Miraba en él, miraba aquel sangriento
trémulo lábio de la inmensa herida,
como esperando en su feroz contento
el paso de aquella alma aborrecida!

IX

Cuando la luz de la aurora
á la celda penetró,
los monges horrorizados
cayeron en oración.

En balde á Ezequiel buscaron:
solo el éco de su vóz
con aquel nombre terrible
en los claustros resonó.

Pasó un día, pasó un año,
y un año y otro año en pós,
y jamás á su convento
el fraile Ezequiel volvió!

CANTO CUARTO

EL AMOR DE LA PATRIA

I

Una vez más la planta
del fogoso corcel, con rumbo cierto
guías sobre la arena del desierto?
Ni el polvo que levanta
te es ya conocido:
todo, todo lo muda
el tiempo asolador, viajero triste!
y muchos son los años
que en su vuelo han corrido
desde la vez postrera
que en la loma desnuda
en que hoy fijas tu pié, tu pié pusiste.
Todo, todo lo muda
el tiempo asolador, viajero triste!

Sí; y en tus mismos ojos
aquel intenso resplandor sencillo
de tu pesar, es ora
salvage, inmóvil, nebuloso brillo
que suspende en la faz la aterradora
calma feroz del alma
que recuerdos no oprimen
porque su solo goce está en su crímen!.

En un tiempo que huyó, que huyó inclemente,
se levantó un asilo misterioso
en ese valle lúgubre y sombrío:
el bramador torrente
y el huracán bravío
han cruzado en él ya; su ronco vuelo,
su marcha destructora,
del hogar de Lucía no dejaron
un solo rastro en el breñoso suelo!
¿qué busca entónces tu mirada ahora?...

Él es, sí, Ezequiel! Profeta el alma
siente acaso y espera
ya la herida postrera
con que abatirla al fin debe el destino!...
El ombú se levanta
allá sobre el camino,
pero inmóvil la planta
del sombrío Ezequiel, allí en el suelo
han clavado la duda y el anhelo.

Rompió: — corta es la senda!...
y así solo el instante de un gemido
que separa la vida de la muerte,
ay! en el corazón estremecido
más amargura vierte
que de la vida toda los pesares!
Rompió: su patrios lares
dejó una vez, errante y peregrino;
triste fué su camino;
más, ay! que en la postrera
breve estensión al fin que recorría,
más dolorosa rémoras había
que en la distancia de su huella entera!

Rompió: ¿por qué se para?
Caer toda la sangre yerma siente
al frío corazón, y á su despecho,

firme en la tierra el pié: ruda tormenta
abate, abate la oprimida frente:
los brazos sobre el pecho
con desmayada languidez asienta,
y cual la imágen del dolor sombrío
queda inmóvil allí, pálido y frío,

Fijos los ojos, su mirar de calma
esa enclavada vaguedad tenía
que en el último instante de agonía
deja al partir de su prisión el alma.

II.

Al pié de aquel ombú y en aro unidas,
cuatro musgosas piedras se enterraban;
en el centro, del tronco se elevaban
los brazos de un arbusto seco ya:
algunas hojas pálidas, caídas
en los espacios de la piedra oscura,
mostraban que la planta en su frescura,
fué de Lucía el triste *resedá!*

III.

Ah! qué ofrece en su páramo la vida
que la ilusión y la esperanza trunca,
cuando pesa en el alma estremecida
todo el horror de esta palabra — nunca!

« Nunca! » que si hay un prometido cielo,
no vive el alma en la pasada historia,
porque abandona, al desatar su vuelo
en su desierta cárcel la memoria!

Y es en vano llorar: oh! y es envano
el maldecir también; que lo que ha sido
no alcanza el génio del poder humano
á arrancar de la muerte y el olvido!

Solo queda al espírito en su seno
un insondable y espantoso abismo,
donde de inercia y de desprecio lleno
se recoge en misántropo ostracismo!

IV.

Héle allí aún inmóvil, mudo y frío
en el lugar que le fijó su anhelo;
ni despeja en su frente el ceño impío
ni alza los ojos que enclavó en el suelo;
ni del intenso vértigo sombrío
le vuelve la ansiedad al desconsuelo,
porque es mortal la herida de su alma
y no dejó al caer furia ni calma.

Siempre allí, siempre allí! Oh! ¿ni á qué intenta
huir de allí con su dolor profundo
si es muy feroz de su alma la tormenta
para ahogarse en las ráfagas del mundo;
si el silencio del destierro aumenta
del corazón el éco moribundo;
si, en fin, caido al golpe de la suerte
no le importa la vida ni la muerte!

V.

No miró, porque en su alma pesaba
ya su fúnebre vértigo cruel,
una hueste que el llano bajaba
entre nubes de polvo á sus piés;
ni el monótono golpe escuchaba
en la tierra, del brioso corcel;
ni el crugir de las armas prendidas,
ni el gemir de las trompas heridas.

Viejos, jóvenes, todos mezclados
en columnas simétricas, van
sobre el bravo corcel los soldados
en profundo silencio mortal:
pero alumbra sus ojos turbados
la embriaguez de la gloria en la faz;
que en un sueño de amor y alegría
á morir por la patria les guía.

Para súbito, inmóvil ya aquella
ondulante columna sin fin,
como un bosque llenando la huella
con alegre y siniestro matiz.
á la lumbre del sol que centella
en las armas, se vé relucir
como trémula inmensa laguna
donde rompe su rayo la luna.

Dos ginetes, del centro surgiendo,
recorrieron la hueste en redor,
y al lugar que dejaron, volviendo,
todo en mudo silencio quedó:
luego inmenso, con hórrido estruendo

como el canto del mar, un clamor
gritó — ¡viva la patria! — y el éco
llenó rápido el cóncavo hueco.

VI.

Y de la inmensa voz al hondo acento
el alma estremecida despertó
con un nuevo y estraño sentimiento
cautivo y arrobado el corazón.

Como si de él sintiese en su tristeza
caér la tempestad que le oprimía
y que en pesada y áspera corteza
al sonar de la voz se desprendía.

Y en inocente calma enternecida
brotar en él un manantial de amor
que las pasadas penas de su vida
con su murmullo trémulo adurmió.

Y una fuerza después, irresistible,
y ardiente como el soplo de un volcán,
que con secreto ímpetu invisible
de allí le arrebataba á su pesar.

Que iba siguiendo su alma enagenada,
confusa, aérea, mágica visión
que de vírgenes glorias coronada
á él perpétuas glorias le brindó.

Triunfos que su alma á definir no alcanza
y huyen del alma si á tocarlos vá,
pero que en álas ay! de la esperanza
á su esperanza sonriendo están.

Amor también que á regalar no acierta,
que no fija el objeto el pensamiento;
cierta seguridad y duda cierta,
feroz y enternecido sentimiento.

Amor salvage que en su mústio seno
las hórridas pasiones sofocaron
bajo el mar palpitante de veneno
que el ódio impuro y el dolor brotaron.

Fibra salvage que en furtiva calma
el nombre eterno de la patria hirió,
y cuyo timbre puro llenó el alma
con una intensa ráfaga de amor!

Y vió la pobre patria conquistada,
mústia á sus piés la libertad cayendo;
y miró aquella hueste que esforzada
marchaba á la batalla sonriendo.

Y era su patria misma; que el proscripto
una tierra natal tuvo también
que un día libre, del dolor maldito,
con venerado afán amó talvez.

Y despeñado de la loma al suelo,
al frente del magnífico escuadrón,
como un cóndor audáz que cae del cielo
el frenético *pampa* sugetó.

« —Dónde se muere por la patria? » — dijo,
soberbio alzando la mirada fiera
y el fuego todo de su rayo fijo
de su patria en la impávida bandera.

« — Bajo su sombra! » — respondió un valiente
« — Yo por ella también quiero morir! »
(clamó, agitando la sombría frente)
« una lanza! una lanza para mí! »

VII.

Cae siempre al fin el opresor tirano
Veis?—el campo fecundo
tinto con sangre está, pero no en vano!...
De San Martin la formidable espada
en aquella jornada
dió libertad á un mundo.

Rasgada y vencedora,
en la cima humeante
se enclavó la bandera
que el azul mismo del cenit colora!
Cadáveres sangrientos la rodean
sobre el suelo sagrado
que en suelo de venganza trocó Marte.
Ah! pero tú ¿quién fuiste
que en el campo caiste
al pié del melancólico estandarte?

Tu ropa no es la ropa del soldado:
bárbara herida parte
tu macilenta frente, pero en ella
otra más honda y dolorida huella
ay! enfierece tu postrera calma,
porque fué de la herida de tu alma!

La palidéz sombría
que se cierne en tu faz sobre la muerte,
la frescura serena
es de la loca juventud ardiente
que marchitó el infierno de la pena:

y su limpia pureza
traiciona al hijo en tí del pensamiento,
cuyo campo no era
el campo de batalla!

Más si lo hollaste, no lo hollaste en vano:
mucha es la sangre estraña
que el polvo á tu alrededor humeante riega
ó seca tiñe tu crispada mano;
y la feroz sonrisa
que aún tu lábio amoratado pliega, —
lábio tal vez que ennegreció el encono, —
oh! que no siempre ha reposado en calma
tu formidable brazo
muestra, y que en tu regazo
desmayó antes que el furor de tu alma!

VIII.

Una vez más los ojos
te encuentran, Ezequiel, pero caido
en sangrientos despojos!
Por la patria también tu has perecido?...
¿Qué era ella para tí mudo viajero,
cuando ya el mundo entero
con todas sus caídas y victorias,
sus lágrimas, sus glorias,
su vida y su esperanza,
en tu alma sensible
al golpe del dolor, tan solo alzaron
el ódio mudo y el desprecio horrible?

Por la patria también, mudo viajero?
lo sabías tu mismo? ...
Silencio! á tanto la razón no alcanza!
el corazón del hombre es un abismo!

Oh! si solo la sed de la matanza
te arrebató al campo de la muerte,
mi alma que valora
el salvage dolor de tu alma triste,
una lágrima vierte
sola como tu amor! — Al fin caiste
bajo el paterno lábaro de gloria,
en nombre de la patria combatiendo
y por la eterna libertad muriendo!

Poesías Lìricas

EL LIBRO DE LAS LAGRIMAS

A MI MEJOR AMÍGA

JULIA NÓBREGA DE HUERGO

NOBLE Y GENTIL ESPÍRITU

En testimonio del más leal afecto.

Ricardo Gutiérrez.

I.

La Sombra de los Muertos

Llamé á la puerta del que fué tu amigo
y se apagó la voz en mi garganta
porque no habita tu recuerdo triste
en medio de la orgía y de la danza!
Más allá vamos,
dije á mi alma: —
la sombra de los muertos
no tiene amigos en la tierra ingrata!

Llamé á la puerta de tu amor primero
y lleno de dolor volví la planta
porque la mano de tu amante misma
la frente de otro esposo acariciaba!
Más allá vamos,
dije á mi alma: —
la sombra de los muertos
no tiene amor sobre la tierra ingrata!

Llamé á la puerta de tu hogar paterno
y se cayó mi mano de la aldaba:
ay! donde el ruido del festín resuena
no habita la memoria del que falta!
Más allá vamos,
dije á mi alma: —
la sombra de los muertos
no tiene hogar sobre la tierra ingrata!

En el pálido día de difuntos
crucé junto á una huesa abandonada
y doblando en su musgo la rodilla
levanté con tu nombre mi plegaria.
Ay! no te arranques,
dije á mi alma: —
la sombra de los muertos
solo en la piedra del sepulcro se halla!

1859.

II.

El último Adios

Angel de mi terrestre paraíso,
estrella de mi noche funeraria,
arrullo de mi sueño desolado,
música de mi selva americana,
tórtola triste
como un lágrima,
sombra de mi reposo,
¿adónde irá tu alma sin mi alma?

Inspiración divina de mi espíritu,
impulso de mi carne fatigada,
atmósfera celeste de mi vida,
rumbo de mi existencia solitaria,
mitad errante
de mi esperanza,
ya no te ven mis ojos:
allí quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones,
pupila de mis ojos arrancada,
caricia de mi madre enternecida,
descanso del naufragio y la batalla,
templo caido
de mi plegaria;
en la tierra, en el cielo,
¿adónde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa.
sola como el desierto de la Pampa,
mústia como los sauces del sepulcro,
triste como la última mirada;
como un sollozo,
como una lágrima,
así quedó tu alma sin la mía;
¡así quedó mi alma sin tu alma!

1859

III.

Las dos Almas

Huérfana como el águila del cielo,
errante como el céfiro del alba,
triste como el destierro del proscrito,
sola como la flor de la montaña,
como el lucero
de la mañana,
así vivió tu alma sin la mía,
así vivió mi alma sin tu alma!

Como el cuerpo y la sombra de su cuerpo,
como el mar y la onda de sus aguas,
como el canto y el éco de su canto,
como el sol y la lumbre de su llama,
como los ojos
y la mirada,
así se unió tu alma con la mía.
así se unió mi alma con tu alma !

Sobre la tierra de estranjeras olas,
bajo el cielo sublime de la patria,
en las risueñas horas de la dicha,
en la noche fatal de la desgracia,
como dos ruedas
como dos álas,
no se apartó tu alma de la mía,
no se apartó mi alma de tú alma!

Cuando el tremendo golpe de la muerte
la misma tierra á nuestros cuerpos abra,
tu alma en sus álas alzará mi vida,
mi alma la tuya subirá en sus álas
hasta ese mundo
de la esperanza,
patria inmortal de tu alma y de la mía,
patria inmortal de mi alma y de tu alma!

1859

IV.

La Vida y la Muerte

Como la estrella errante de los cielos
que en los espacios infinitos vaga
y al tocar en la atmósfera del mundo

cáe en él luminosa y abrasada,
así en su atmósfera
tocó mi alma,
y así encendida en el amor sublime
como una exhalación cayó á su planta!

Mi carne es el satélite que gira
en torno de su órbita abrasada;
mi espíritu es la nota que en su acento
como un acorde de los cielos canta!
Siento de hinojos
caída el alma,
ante el altar que á su divina imágen
en cada golpe el corazón levanta!

Con el supremo resplendor del génio
avasalló mi vida en su mirada;
con la mágia inmortal de la belleza
inundó el ideal de mi esperanza.
La carne trémula,
trémula el alma,
bajo su pié de arcangel luminoso
al dulce son de sus cadenas cantan!

En el horror sublime de la duda
mi corazón estremecido calla
y su latido mi esperanza aterra
como un redoblo que á la muerte llama.
El alma mía
no es ya mi alma,
y la visión de la suprema dicha
como su propia decepción la espanta!

.....

Dá fuerza ¡oh Dios! al alma de tu hijo
que en el naufragio del amor batalla,
para mirar la cumbre de los cielos
ó el espantoso abismo de la nada!

V.

La Batalla

Como el horror de la tormenta oscura,
como el embate de la mar alzada,
como el estrago y la fatiga inmensa
de la feroz batalla,
las horas son de la existencia mía
que el sol del cielo alumbrará mañana!

Amor, inmenso amor que entre su seno
como un delito el corazón ahogaba,
ya te llevó mi lábio estremecido,
ya te llevó á su alma!
Fuiste como el lamento del esclavo
que hasta el oído del Señor alcanza!

Tú me nombraste con tú voz amiga,
tú llevaste á mis ojos tu mirada,
tú pusiste en contacto de mi carne
la carne de tu palma;
ah! yo no tengo el corazón inerte
bajo las piedras de la tumba helada!

Alma gentil, espíritu sublime
que alientas en la esfera de mi alma,
voy al impulso, sobrehumano impulso
que en pos de tí me arrastra:
á precio de tu amor, no hay en la vida
rémora ni dolor para mi planta!

No sé qué insomne y misterioso acento
á mis oídos sin cesar te llama.
no sé qué génio ante los ojos míos
tu sombra me levanta:
allá voy, allá voy, tras el impulso
que á tu existencia mi existencia enlaza!

Ni sé si piso en esperanza agena,
ni en vida mía ni existencia extraña:
qué importa! sé que sobre el mundo sigo
la huella de tu planta,
sola ambición de una existencia errante
en el desierto de la tierra ingrata!

Ah! miserable corazón humano!
por fin á tierra de combate saltas!
Yo te alzaré junto á su seno mismo,
yo te alzaré mañana!
Amor, inmenso amor; á precio tuyo
nada en el mundo á detenerme alcanza!

Como el horror de la tormenta oscura,
como el embate de la mar alzada,
como el estrago y la fatiga inmensa
de la feroz batalla,
las horas son de la existencia mía
que el sol del cielo alumbrará mañana!

VI.

LA ÚLTIMA CITA

Aquí sobre la tierra del sepulcro
donde la sombra de los muertos vaga,
donde valora el alma estremecida

el tesoro inmortal de la esperanza,
el alma tuya
juró á mi alma
la fé sublime del amor primero
que mi existencta á tu existencia enlaza.

Acuérdate que el éco de las tumbas
repitió tu promesa y tu palabra
que en el sollozo de la brisa errante
volaron hasta el cielo que nos llama,
desde tu lábio
que yo besaba,
espíritu sublime de la tierra.
espléndida deidad de carne humana!

Cuando el helado soplo de la muerte
apague de mis ojos la mirada
y solo quede de mi carne fría
el polvo vil que pisará tu planta,
ay! aquí mismo
donde hoy me amas
el alma mía esperará la tuya
para volar al cielo entre sus álas!

VII.

El Juramento

Llamo á su puerta, y envano...
otro golpe.../Santo Dios!
no me responde su voz
ni viene á abrirme su mano!

Y su lábio estremecido
me habló, al partir, de esta suerte:—
«Tan sólo alcanza la muerte
donde no llega el olvido!»

Llamo... y el éco retumba
en su morada desierta:
ah! me parece esta puerta
la lápida de una tumba!

Negro como el firmamento
en esta noche sin calma,
oprime, oprime mi alma
un fatal presentimiento!...

—Díme, monge peregrino
que huyendo del vendabal
guarecido á ese portal
descansas en tu camino,

—vieron tus ojos salir
un féretro de esta puerta?...
(ay! tan sólo estando muerta
no pudo escuchar y abrir!)

—Féretro? no, no ha salido;
una sombra entrar miré:
—la muerte!
—el olvido fué;
que ausencias causan olvido!

—Adios, primera ilusión!
dame tu brazo, ermitaño;
el peso del desengaño
me anonada el corazón!
Y en sus palabras mentidas
¿adónde huyó mi consuelo?
—Adonde posan su vuelo
las ilusiones perdidas!

Oh! bien haya el sentimiento
que te enseña á comprender
que palabras de mujer
son sumo que lleva el viento.

VIII.

EL CAMPO SANTO

Oh! cuando el surco de mis piés errantes
sobre la tierra de los muertos pasa
y al través de una nube de tristeza
fijo sobre las tumbas la mirada.
como una piedra,
como la lápida
me oprime el corazón desfallecido
la verdad ¡ay! de la miseria humana!

Allí se abruma la existencia mía,
allí su golpe el corazón desmaya,
allí me cierra la opresión el pecho
y allí un sollozo la ansiedad me arranca:
allí se abate
sobre mi palma
la frente llena del pesar que anubla
el último fulgor de la esperanza!

Silencio y soledad! Campo de muertos,
aquí los lábios para siempre callan
y con eterna y enlutada cifra
solo la piedra de las tumbas habla!
Qué es lo que dice
su negra página?
« Aquí yace — aquí duerme — aquí reposa »
Adios! última luz de la esperanza!

Duerme bajo la sombra de mi angustia
y entre el silencio de mi vida calla;
duerme, sola verdad de la existencia,
bajo el disfraz de una sonrisa falsa!
Que no te lean
tras de una lágrima
los ojos de la madre enternecida.
los ojos ¡ay! de la mujer amada!

IX.

El Cuerpo y el Alma

Sobre los llanos de la tierra mía,
sobre los montes de la tierra estraña,
sobre el abismo de la mar inquieta,
sobre el fúnebre campo de batalla,
como una sombra,
como un fantasma,
ah! siempre léjos de tu hogar querido
la tromba de la vida me arrebata!

Parece que la fuerza del destino
el cuerpo mio de tu cuerpo aparta,
la senda tuya de mi senda borra,
la vida mía de tu vida arranca,
y léjos hunde
y léjos alza
el rumbo sin oriente de mi huella,
el paso sin reposo de mi planta!

Sobre la tierra de la patria tuya.
sobre la roca de la tierra estraña,

sobre las ondas del desierto amargo,
sobre el campo sin Dios de la matanza,
como los cielos
y la alborada
siento en el alma la existencia mía
ligada á la existencia de tu alma!

Parece que la fuerza del destino
el cuerpo mío de tu cuerpo arranca!
parece que el Señor ató en la vida
tu alma con mi alma!

Y el cuerpo errante sobre el mundo inmenso
sigue la maldición que le arrebata,
y el alma dolorosa y abatida
á tu desierto espíritu se amarra!

X.

Las dos Plegarias

Te ví con ropas de dolor vestida
á los piés del altar arrodillada,
y la mirada, celestial mirada,
con llanto de piedad humedecida.

Tu voz, como la brisa solitaria
que en la oración por el desierto gime,
sollozante, dulcísima y sublime
levantó bajo el cielo tu plegaria.

Ah! tú rogabas con fervor profundo
por la paz de los muertos que te amaron,
por un reposo que en el mundo hallaron
dos palmos ya bajo la faz del mundo!

Entónces ¡ay! mi espíritu abatido
con el insomne afán del desconsuelo,
miró una noche oscurecer su cielo,
negra como el crespón de tu vestido;

y mi voz sollozante y funeraria,
rota contra las ondas del ambiente,
volcó sobre mi lábio balbuciente
el inmenso dolor de esta plegaria:

—Ah! tú no ruegas por aquel que cruza
la tierra propia como tierra estraña,
rodando en la tormenta de la vida
sin hogar de reposo en su jornada,
como las hojas
que el viento arrastra:
oh! ruega por aquel que busca solo
su día de descanso en la batalla!

Ay! tú no ruegas por aquel que habita
el tenebroso abismo de su alma,
agitado en las horas de su sueño
por el pesar que se alzará mañana,
como la muerte
que el reo aguarda:
ah! ruega por aquel que nada espera
en el mundo felíz de tu esperanza!

Su amor es prenda del amor ageno,
su vida es sombra de la vida estraña,
y el porvenir de la existencia suya
como huracán que en el desierto avanza
bajo la noche
desamparada:
oh! ruega entónces por aquel que solo
como un espectro sobre el mundo pasa!

En tí la tierra mi esperanza lleva,
en tí los cielos mi esperanza guardan,
y ya en el mundo y en el cielo mismo
te perdió sollozando mi esperanza,
como un lamento,
como una lágrima:
ah! ruega entónces por aquel que solo
no duerme bajo el polvo de tu planta!

XI

Ecce Homo

—Ah! con qué fervor profundo
oras en tu fé sincera!...
parece que Dios oyera
las plegarias de este mundo!

No aflijas con sentimiento
tu corazón, pobre hermana;
que toda palabra humana
es humo que lleva el viento!

—Fué que de un consuelo en pos
el pesar que me vá ahogando
trajo mis ojos, llorando,
sobre este libro de Dios.

En él mi dolor se acalla
y sonríe mi amargura,
porque dice la Escritura
que todo el que busca halla!

—Halla ... que la vida es,
desde el sepulcro á la cuna,
áspera senda importuna
que despedaza los piés!

Halla una fuente de llanto
tras de toda sensación,
y en pos de cada ilusión
un horrible desencanto.

Porque el hombre sólo es
miserable presidario,
que camina entre un sudario
con un grillete á los piés!

—Ay! lo que diciendo vas,
mi corazón deja frío!
¿no halla más, hermano mío?...
—No halla más!

—Mira que es Dios quien escribe
en este libro sagrado!...
tú no le habrás suplicado,...
porque quien pide recibe.

—Recibe ... la maldición
que para el hombre se anida
en cada fuente de vida
donde toca el corazón!

En vano con hondo afan
pide un instante de calma!...
sabes, alma de mi alma,
lo que en el mundo le dan?

Dolor en la juventud,
angustias en la niñez,
pesares en la vejez
y olvido en el ataud!

—! Ay lo que diciendo vas
mi corazón deja frío!
¿no halla más, hermano mío?
—No halla más!

Cielos! me llena de espanto
tu inmenso dolor profundo!
Es que tus ojos el mundo
miran á través del llanto.

Ignora, hermano, quizá
tu alma triste y desierta,
que hay en el cielo una puerta,
y al que llama se abrirá!

—Como fiera perseguida
por el montero inhumano,
vá corriendo el sér humano
la derrota de la vida.

Y en todo el surco de tierra
que vá con sangre regando,
puerta á puerta vá llamando
y puerta á puerta se cierra.

Y al fin cuando se derrumba
con la carne rota y yerta,
¿sabes la que encuentra abierta? ...
ay! la puerta de la tumba!

—Partiéndome el alma vas
con tanto dolor impío!
¿no halla más, hermano mío?...
—No halla más!

XII

El Remordimiento

Cuando en las horas del placer mundano
súbita palidéz tu frente asalta
y se hiela en tu lábio la sonrisa
y estremecido el corazón se para,
ah! no es un vértigo
lo que te embarga!...
Yo sé qué es un fatal remordimiento
que despierta en el fondo de tu alma!

Cuando resuena el toque de oraciones
y en triste soledad el mundo calla,
¿qué fúnebre clamor tu oído hiere,
que con la mano trémula le apartas?
No es el tañido
de la campana!
Yo sé que es un lamento de ultra-tumba
que resuena en el fondo de tu alma!

Cuando la estrella vespertina asoma
y un rayo melancólico te manda
y bajo el techo del hogar paterno
te refugias llorosa y aterrada,
ay! no es su rayo
lo que te abrasa!...
Yo sé que son dos ojos espirantes
que miran hasta el fondo de tu alma!

Cuando en las horas de la noche negra
llena de horror en el lecho saltas
y fuera de las órbitas tus ojos
por las tinieblas aterrada lanzas,
ah! no es un sueño
lo que te asalta! ...
Yo sé que es una mano del sepulcro
que asida á tus cabellos se levanta!

No cruces por la tierra de los muertos
cerca de aquella losa solitaria
que al retumbar el paso de los vivos
al impulso de un cráneo se levanta.
Allí te esperan,
allí te llaman!...
Yo sé que es un espectro que te sigue
amarrado á la sombra de tu planta!

XIII.

CAÍN

Cuando el destino levantó tu frente
sobre las olas de la vida humana,
como la sombra de tu padre mismo
sentí mi corazon que se agitaba:
oh! más querida que mi gloria toda
me fué la gloria de tu vida ingrata!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo tu alma!

Cuando la récia tempestad del mundo
al borde del abismo te arrastraba,
¿sobre qué seno descansó tu frente?
¿quién cómo sombra se amarró á tu planta
y para todo el porvenir sombrío
fundió su suerte con tu suerte ingrata?
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

Ah! y esa mano que estrechó mi mano
hoy en el seno su puñal me clava!
¿Por qué los desencantos de la vida
con la existencia la ilusión no matan?
Oh! más me duele que mi herida inmensa
la mancha sola de tu frente ingrata!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

Para subir un palmo de la tierra,
sobre mi corazón pisó tu planta!
Cain, Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?...
ya no responde tu memoria ingrata!
Ay del que un tramo de la tierra sube,
porque un tramo de los cielos baja!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

Con el cariño de mi madre misma,
con la ilusión de la mujer amada,
con el puñado de bendita tierra
que cubrirá mis restos en la patria,
á la puerta del cielo compraría
lo que á tu ingrato corazón le falta!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de mi alma!

Adios! sobre el océano de la vida
sigo la ola que de tí me arranca!

No! ya no hay fuerza que á juntar alcance
la mano mía con tu mano ingrata:
adios y nada más! — mi voz se ahoga:
cuando habla el corazón el lábio calla!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma!

XIV.

La Patria del Alma

¿Adónde estás escondida,
patria que en un sueño hallé?
Cuándo tocará mi pié
en tu arena bendecida!

Veinte años de marchar
desterrado y vagabundo!....
Te busco por todo el mundo
y no te puedo encontrar!

Este suelo es suelo estraño;
acaso perdí mi huella:
voy á preguntar por ella
al monte del ermitaño.

— En el nombre del Señor!...
— Él te guarde, peregrino!
— Dónde lleva este camino?
— Al torrente bramador.

— ¿Y sabes dónde hallaré
el rumbo que voy buscando?...
— ¿A qué tierra vas viajando
para reposar tu pié?

—Busco la patria del alma,
del mundo grato soláz,
adonde se vive en paz,
adonde se muere en calma!

Donde no habita la traición
y el hombre es del hombre hermano;
donde no se alza la mano
para herir el corazón!

Allí donde el alma ardiente
por los afanes postrada,
halle la dulce mirada
de una mujer inocente!

Donde logre reposar
el hombre sobre su seno,
sin que un trago de veneno
le alcance ella al despertar!

Donde se pueda verter
este raudal de cariño
que desde la edad de niño
luchando está por romper!

Allí donde la esperanza
no es un sueño de mentira;
donde á los cielos se mira
y una promesa se alcanza!

Allí, en fin, donde al morir
este mísero gusano,
tocando una amiga mano
pueda al menos sonreir!

—Desdichado peregrino!
¿y dices que vagabundo
has cruzado todo el mundo
buscándola en tu camino?

—Era niño en la mañana
cuando de mi hogar salí;
y hoy—¡miserable de mí!...
traigo la cabeza cana!

Únicamente encontré
perfidia, traición y guerra
en cada palmo de tierra
donde ha tocado mi pié!...

—Tienes la pupila abierta
y aún el cielo se te esconde!...
mira, insensato y responde:
¿has llamado á aquella puerta?

—Y esa puerta ¿dónde guía?
—Bajo tu paterno hogar!...
—Ay! ayúdame á llamar...
madre mía!... madre mía!...

—Esa es la patria del alma,
único y grato soláz!
solo allí se vive en paz!
solo allí se muere en calma!

XV.

La Sombra de la Ilusión

—Detente; imbécil! ¿No ves
que te arrojas á la muerte?...
Baja los ojos y advierte
el antro que hay á tus piés!

— Santo cielo, qué profundo!
negras sus bóvedas son;...
—ah! parece el corazón
de los que habitan el mundo!

Y en tu insensata caída
¿de que azote vas huyendo?
—Iba corriendo, corriendo
tras de una ilusión perdida!

Desde aquel monte creí
ver su forma placentera
en el humo de la hoguera
que tú has encendido aquí!

— Ay! no cupo en tu contento
que en la tierra iguales son
el humo de la ilusión
y el humo que lleva el viento!

— Ya la fatiga quebranta
mi cuerpo desfalleciente,
traigo abrasada la frente
y hecha pedazos la planta!

No importa! yo seguiré
hasta otro mundo tras ella,
por una escondida huella
que ha de alumbrarme la fé!

Allí donde el corazón
no encuentra causa de llanto,
allí donde el desencanto
no es sombra de la ilusión!

—Sigue entónces, peregrino,
llevando mi adios postrero,
ah! porque ningún viajero
se vuelve de ese camino!

—Por piedad! Díme cuál es!
—Le estás pisando tu mismo...
—Cielos! ¡el inmenso abismo
que abre la tierra á mis piés!!

—Tan sólo allí el corazón
no encuentra causa de llanto;
tan sólo allí el desencanto
no es sombra de la ilusión!

XVI.

Girón de Bandera

Ah! cómo el alma de dolor se cierra
cuando le arrancas su ilusión dichosa!
Lástima que entre carne tan hermosa
ni una chispa de espíritu se encierra!

Turbios los ojos con el llanto siento,
ah! pero es fuerza que te diga adios!
Adios! la inmensidad del sentimiento
no se alimenta de materia, no!

Y aunque mi vida de dolor estalla
viéndote nada más que una quimera,
te amo como al girón de la bandera
destrozada en el campo de batalla!

XVII.

El Talión

El implacable azote del destino
hundió tu frente y asoló tu alma!
Ves? ... el que á hierro mata á hierro muere:
Esa es la ley de la existencia humana!

No llores más! La angustia de tu vida
ni el llanto borra ni el olvido arranca:
sin remedio también, como la muerte,
brota sobre la tierra la desgracia!

El miserable afán que te devora
es el dolor que el corazón desgarra
cuando á la triste realidad del mundo
se derrumba el hogar de la esperanza!

Ay! del que ya sin la ilusión celeste
por el desierto de la vida pasa,
como un espectro que abortó el sepulcro!
en borrascosa noche solitaria!

A todas partes el dolor le guía,
á todas partes la ilusión le llama,
y el demonio implacable del recuerdo
el sueño de sus párpados aparta.

A donde lleva los sombríos ojos
el triste hogar de su ilusión levanta,
y el triste hogar de su ilusión perdida,
onda tras onda sobre el llanto pasa!

Donde toca su pié pisa en desierto;
no encuentra más que noche su mirada;
es que esa sombra y soledad eternas
habitan en el fondo de su alma!

Esa es la tromba que tocó tu frente
y al seno del abismo te arrebata;
allí donde el gusano de la tierra
el miserable corazón taladra.

Ay! por eso el azote del destino
hundió fu frente y asoló tu alma.
Ves?... el que á hierro mata á hierro muere:
esa es la ley de la existencia humana!

XVIII.

La Mujer Jdeal

—¿Qué buscas con tanto afán
en la turba del gentío;
tras qué fantasma, hijo mio,
tus ojos girando van?

—Padre, tras del sol que ayer
mis sueños ha iluminado,
tras de un ángel que ha bajado
en figura de mujer:

tras de aquel ser ideal
que busca el alma aflijida,
único bien de la vida
sobre esta tierra mortal!

—Dáme las señas de ella
para poder encontrarla,
yo te avudaré á buscarla
al resplandor de tu estrella.

—Su alma—quién la verá?
al menos su nombre díme:
—padre, aquella alma sublime,
sobre sus ojos está.

—¿Y es constante, más constante
la fé de su sentimiento
que el rumbo que lleva el viento
ó que el rubor del semblante?

—Oh! tan inmensa ternura,
tan sublime abnegación,
tanta fé, tanta ilusión
abriga su alma pura;

que en ella encerrada está
la dicha que en su desvelo
hasta la puerta del cielo
el hombre buscando vá!

—Santo Dios, la misma es!
—Cielos, qué escucho! la hallamos?
corramos, padre, corramos
sin dár reposo á los piés!

Donde moras, alma mía,
tan léjos del que te ama?...
—En un país que se llama
mundo de la fantasía.

—Y acaso en los reflejos
del sol de hoy se llega allí?
¡qué lejos es, ay de mí!
—más lejos que el sol, más lejos!

— Cuándo entónces llegarás?
— Cuando arda el agua del río:
— y cuándo arde, padre mío?
— ¿sabes cuando arde? ... jamás!!

XIX.

El último Asilo

— ¿Qué buscas con tanto afán
en el seno de la tierra?
¿qué inmenso tesoro encierra
la falda de ese volcán?

— Tesoro? ¿no ves que lloro
sobre la tierra partida?
ah! qué cosa de la vida
puede llamarse tesoro!

— Me das pena, pobre anciano!
siéntate aquí á descansar:
yo te ayudaré á cavar
con el vigor de mi mano.

— Oh! ¿qué estraña criatura
eres, niño vagabundo,
que te dueles sobre el mundo
de la agena desventura?...

Esconde tu compasion
como un crímen, hijo mio,
para que este mundo impío
no te labre el corazon!

— El alma llena de espanto
al escucharte se cierra:
¡qué horrible cosa es la tierra
á través del desencanto!

¿Dónde entónces viviré
que no halle miseria tanta?..
donde no pise otra planta
que la planta de tu pié?

Ven, ayúdamé á rasgar
las entrañas de la tierra;
aquí voy bajo esta sierra
mi corazón á ocultar!

— Deten, infelíz, las manos!...
tu inmenso dolor no advierte
que le arrojas de esta suerte
al hambre de los gusanos!

— Ay! con dolor más profundo
sentirás llorando un día,
otra plaga más impía
que le devora en el mundo!

¿Qué más dolor puede haber,
miserable ser humano,
en que lo coma un gusano
ó lo rasgue una mujer!

— Me estremeces!... santo Dios!..
cavemos, padre, cavemos,
y en esa tumba enterremos
el corazón de los dos!

XX.

La Victoria

¡Ah! no levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla;
que has partido la frente de tu hermano
con el maldito golpe de la espada!

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura
las fieras todas aterradas callan!...

¿Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla?
¡Ah! sólo el hombre, sobre el mundo impío
en la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que su sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa!

XXI.

Los Expósitos

Oh! cuando el beso de tu madre tierna
te dé la bendición de la mañana
y te acaricie el alma soñolienta

con el inmenso amor de su mirada,
acuérdate de aquellos
que madre solo á su nodriza llaman!

Cuando en el seno de tu padre escondas
la frente juvenil desesperada
y bajen como bálsamo del cielo
á consolar tu angustia sus palabras.
acuérdate de aquellos
que lloran ¡ay! en su desierta almohada!

Cuando á la mesa del hogar paterno
el pan de Dios con tus hermanos partas
bajo la aureola de la frente noble
que con sus gotas de sudor le gana,
acuérdate de aquellos
que el vil mendrugo de limosna guardan!

Cuando á la puerta del hogar paterno
vuelvas de la fatiga y la batalla
y entre los brazos de tu madre sientas
desfallecida de ternura el alma,
acuérdate de aquellos
que arrojan ¡ay! tras de la puerta estraña!

Cuando en la noche hasta los cielos sube
con los nombres paternos tu plegaria
mientras que el son del maternal arrullo
aduerme como tórtola tu alma,
acuérdate de aquellos
que en vano el nombre de sus padres llaman!

Y cuando el llanto de tus ojos tristes,
(ya para siempre oscurecida el alma),
riegue la sombra de la cruz bendita
que al pié de su sepulcro se levanta,
acuérdate de aquellos
que ni la tumba de sus padres hallan!

Ah! piensa que el señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma,
y sobre el humo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza!

XXII.

Plegaria del Alba

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
dormido en tu regazo madre mía,
sobre mi frente pálida sentía
el beso de tu amor, sublime tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
como un éco del cielo desprendido,
anidaba su música en mi oído
para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
mis ojos ¡ay! acariciando abría;
y al levantar los párpados, veía
el rostro de la madre idolatrada

Y soñé que tu angélica sonrisa
rizó por mí tu venerable frente,
como clara y purísima corriente
besada por el soplo de la brisa.

Soñé! ... más ay! que al despertar del sueño
me hallé muy léjos del hogar amado
y tan sólo en mi espíritu grabado
tu semblante purísimo y risueño!

Ah! yo soñaba despertar contigo
madre de mis hermanos, madre mía,
y me hallé que en un páramo dormía
bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entónces la mirada al cielo
y besando tus flores perfumadas,
acaso con tus lágrimas regadas,
levanté mi plegaria de consuelo:

—Felíz aquel que al despertar del día,
aunque proscripto del hogar paterno,
encuentra el corazón profundo y tierno
que responda al llamarle: ¡madre mía!

XXIII.

La Pena de Muerte

Cuando ya el alma que animó la carne
en los claustros del cerebro encerrada,
sube como la estrella matutina
y en la esfera de Dios posa sus álas;

cuando cernida en la armonía eterna
del infinito amor que á Dios la iguala
ama á los hombres que dejó en el mundo
como al hermano de su hogar amaba,

ah! con que inmensa y horrorosa angustia
gemirá la conciencia desolada
de aquellos que en la vida de la tierra
con ley de muerte al semejante matan!

Ni por toda la gloria de este mundo
ni por la parte que el Edén me guarda,
mi mano escribirá mi nombre humilde
al pié de las sentencias de matanza!

XXIV.

Los Huérfanos

Cuando el estruendo del festín resuena
en torno de tu mesa regalada
y entre las ondas del quemado aroma
el rumor de los brindis se levanta,
acuérdate de aquellos
que á los umbrales de la puerta llaman!

Cuando en el día de tus padres gires
en el salón de la revuelta danza
y dejes, al pasar, enternecido,
el beso de tu amor sobre sus canas,
acuérdate de aquellos
que sólo al borde de su tumba pasan!

Cuando el concierto de armonioso canto
te arrulle con su música inspirada
y el lujo y el fulgor y la alegría
doblen el espectáculo que embarga,
acuérdate de aquellos
que sólo al ¡ay¡ de los pesares cantan!

Cuando en las horas de la noche negra
contra tus muros la tormenta brama
mientras en lecho de mullida ropa
junto á los hijos de tu amor descansas,
acuérdate de aquellos
que al sólo amparo de los cielos andan!

Y cuando el rayo del albor primero
entre por el cristal de tu ventana
á encender bajo el párpado que duerme
el fuego de la vida en tu mirada,
acuérdate de aquellos
que no despiertan más en la mañana!

Ah! piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma
y sobre el cielo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza!

XXV.

La Patria Universal

No pises en el campo de combate
con el trofeo horrible de las armas,
y en vez de abrir la carne de los hombres
cierra la herida que los otros abran.

Sonríe á aquel que te llamó cobarde
porque no derramaste sangre humana,
como el divino Salvador del hombre
que espiró en el patíbulo de infamia.

Ay! el risueño porvenir del mundo
se rompe en cada palmo de batalla
como las ondas del torrente inmenso
que por las rocas del abismo saltan.

El que descuella entre los hombres solo
por la sangrienta punta de su lanza,
con cada golpe que asestó en la vida
allá en la eternidad su tumba cava.

Patria es palabra de ambición y guerra:
si te oyes preguntar—¿cuál es tu patria?
dirige al cielo tu inocente mano
y la infinita bóveda señala!

XXVI.

El Cadáver

Sí; todo es vanidad, todo es mentira,
todo es dolor en la existencia humana,
porque la vida de la tierra triste
no es más que el paso á la inmortal jornada!
Ay! del que al mundo
su dicha amarra!...
El cadáver del hombre es el sudario
donde á la eternidad la vida pasa!

Sí; todo es ilusión, todo es delirio;
solo la verdad de la voz de la esperanza
con que en el corazón cada latido
á la esfera de Dios la vida llama!
Solo es eterna,
eterna el alma:
el cadáver del hombre es el sudario
que á la inmortalidad la vida salva!

Allí ya para siempre, para siempre
unió el señor mi alma con tu alma
que la existencia fúnebre del mundo
separó con estúpida muralla!
¿Qué es ya en la tierra
la angustia humana?
El cadáver del hombre es el sudario
donde á la eternidad la vida pasa!

La luz celeste de la fé sublime
me alumbró el universo en tu mirada:
he visto á su fulgor la vida eterna;
me ha tocado el Señor con la esperanza!
Ah! y en mis ojos
no hay ya más lágrimas!...
Oh pasagera muerte de la tierra,
cúbreme con la sombra de tus álas!

XXVII.

La Propiedad

Esta es mi propiedad dijo el magnate,
y señaló un espacio de tierra:
la costa de la mar es costa mía,
esa montaña es mi heredad paterna:

los pinos seculares de su falda,
el salvage torrente que los riega,
todo es por siempre mío, todo es mío:
soy tu señor, aquí, Naturaleza!...

Y el infinito tiempo de la vida
continuó imperturbable su carrera;
y el soberbio cadáver del magnate
alimentó al gusano de la tierra

allí á los piés de la montaña enorme
que llamó un día heredad paterna;
á la fúnebre sombra de los pinos,
y del inmenso mar en la ribera!

El Libro de los Cantos

El Poeta y el Soldado

Poeta

Soy el alma divina
que alienta el corazón de las naciones;
el astro que sus glorias ilumina!
Soy la canción primera
que hace flamear al viento su bandera,
y levanta á su sombra sus legiones

Soy la eterna esperanza
que en la frente del hombre reverbera,
y á cuya luz la humanidad alcanza,
desde su cárcel de fatiga y duelo,
á vislumbrar el rastro
que deja de astro en astro
el Creador de los Orbes en el cieio!

Soy el arrullo de la fé sublime
que en el idioma de los cielos canta
al alma de los mártires, que gime
en la encendida hoguera,
y al corazón del Cristo que redime
desde su Cruz la humanidad entera
y á su orígen divino la levanta!

Soy el rayo celeste que colora
la bóveda estrellada de la tierra;
soy el rubor de la inmortal aurora
que abrillanta y que dora
cuanto en la vida en la ilusión encierra!

Yo canto al mundo las eternas leyes
que la sublime libertad inspira,
y al arrancar la estrofa de mi lira
hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía
la desolada humanidad despeja
su doloroso ceño:
yo acompaño en mis cánticos su queja,
yo arrullo su agonía,
yo cierro los ojos y la enseño
del sepulcro á la puerta,
que la muerte es un sueño
que en la inmortal eternidad despierta!

Yo soy el arpa que en el triste suelo
templa de Dios la mente soberana,
para que cante á la creación humana:
¡Mortal, álzate al cielo!

SOLDADO

Yo soy la sangre universal que late
de la Pátria en las venas;
mi pecho es su muralla de combate!
Yo desnudo la espada
por su gloria sagrada
y rompo de su planta las cadenas!

Yo soy su vengador — Yo soy el brazo
que aplasta la conquista en su sendero
y estrella el cráneo del León Ibero
en la nevada sien del Chimborazo!

Yo soy la carne de cañón que alfombra
sangrienta y palpitante,
rota y hecha girones,
el camino triunfante
que conduce á la gloria sus legiones!

Yo soy la abnegación desconocida
y la pena ignorada.
Soy la sangre vertida
con todo el sacrificio de la vida,
y sin otra ambición en su carrera
que un girón de bandera
que sepulte mis miembros en la nada!

El amor, el cariño,
del dulce hogar el apacible encanto,
las caricias angélicas del niño
y de la madre el llanto,
todo lo que encadena
á la tierra y al cielo
lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,
y con frente serena
marcho al sublime horror de la batalla!...
Cuando el lamento de la Patria suena,
hasta el lamento de la madre calla!

Yo soy el centinela de su gloria,
yo marco con mi espada su destino,
yo mismo hago su historia
regando con mi sangre su camino!

Para que el eco de su nombre vibre
y cruce su estandarte el mundo entero,

la hago inmortal y, muero
como un soldado libre!

. . . . . .

¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
batalla por la fé que tanto anhela?...

POETA

El destierro del Dante,
la tumba de Varela;
el tajo de la infame guillotina
que hace rodar la frente iluminada
y los dos brazos de la cruz divina
en la cumbre del Gólgota clavada!

Esa es la brecha que el deber me fija;
la paz universal es mi bandera;
á su gigante sombra se cobija
la humanidad entera!
Mis armas no son armas de la muerte,
son la fraternidad y la esperanza:
el grito del cañón no es el más fuerte:
donde el no llega, la razón alcanza!

Allá en el porvenir reluce un día
sin hierros, sin banderas, sin cañones:
esa es la patria tuya! — esa es la mía!
¡la Patria Universal de las Naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
y la paz es el fruto de la guerra!
Bajo ese sol ¿no brillará mi frente?...

No! Yo he caído en la primer jornada,
al pié de mi bandera idolatrada
y abrazando mi tierra!

POETA

Si ha de brillar en la lejana historia
de la pasada gloria,
en la epopeya de supremo duelo
que el poeta divino
cantará á las batallas del camino
que salva el hombre de la tierra al cielo!

SOLEADO

—Esa es la gloria mía?

POETA

—esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese Sol, adios! Tú eres mi hermano!

POETA

Adios!... jamás!... Marchemos de la mano:
tú eres el corazón, yo soy el alma!

La Hermana de Caridad

¿Quién eres tú, celeste criatura,
que descansas el vuelo
sobre la cárcel del linage humano,
para abrir una fuente de ternura
y una puerta del cielo
donde se posa tu bendita mano?

Quién eres tú, que ora
junto al desierto lecho del que espira?
¿quién eres tú, que lloras
por la desgracia agena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
al infelíz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
de la feroz matanza,
el rastro de la muerte vás siguiendo
por el ¡ay! que se lanza,
y, entre la sangre y el dolor perdida,
donde se dá la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
ángel del moribundo,
bálsamo misterioso del herido
y patria en fin del huérfano y el triste.
¿De qué estrella caiste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
para que quepan en tu amor sagrado
todas las desventuras de la vida?

Oh! qué caudal de abnegacion encierra,
que no acaba, regado
sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
mas que un ser, nada mas, que templa y calma
tanto dolor profundo
con el insomne afan de su ternura...
Te adivina mi alma!...
eres muger, sublime criatura!

Eres muger, lo eres,
y no te abisma la borrasca humana
al mágico festin de los placeres!
y los vívos albores
de la ilusion galana,
no alumbran el Eden de tus amores!

Y tu rostro tan bello
no es flor del mundo en el jardin viviente!
y tu blondo cabello,
en ondas melancólicas caido,
no es tesoro de un lábio enardecido
ni espléndida corona de tu frente!

Y la angélica lumbre de tus ojos
tan solo á Dios y al moribundo mira!
y la frescura de tus lábios rojos
solo se vá perdiendo y marchitando,
la helada cruz besando
y la pálida frente del que espira!

Oh! ¿qué profundo encanto
en la divina abnegacion se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
en el consuelo del dolor y el llanto,
que el placer de la tierra
á cambio de él el corazon olvida?

Angel de caridad! alma templada
del mismo Dios en el amor fecundo,
tórtola de Noé desamparada!
eres flor bendecida,
bajo la sombra de la cruz nacida,
donde espiraba el Salvador del mundo!

Tu enternecido corazon sublime
es el arca del pobre:
allí busca consuelos el que gime,
allí pide una lagrima el que llora,
y allí un pan y allí un cobre
aquel que con el hambre se devora.

Allí, muertos de frío,
van á llamar el huérfano y la viuda,
con la carne desnuda
y el pié despedazado
bajo la noche del invierno impío,
sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
se pára junto al lecho de la vida,
lleva su mano inerte
el que está solo en su dolor horrendo,
para besar tu mano bendecida
y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
así la viertes sobre el lodo inmundo
sin pedir ni una lágrima á la tierra!
Así tu noble corazon sincero
sin patria sobre el mundo...
patria es del mundo entero!

Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo tambien solo allí busco mi palma:
voy donde el diente del dolor se encarne,

seco tambien las lágrimas del suelo
y cierro las heridas de la carne
como tú las del alma!

Alumbra mi destino
sobre la cárcel del linage humano!
Ay! solo pide mi ambicion precaria
que en el último asiento del camino
pongas en mí tu mano
y levantes mi vida en tu plegaria!

Montevideo

A mi amigo el doctor Bonifacio Martinez

Al través de una lágrima te veo,
tierra de los patriotas y valientes,
y estás llorando y humillada!... Mientes!
tú no eres la inmortal Montevideo!

El grito de tu llanto y tus ultrages
de asombro al mundo y de vergüenza llena,
y con sollozo de dolor resuena
en las tumbas de Diaz y de Tajes!

Y ni una voz viril, ni un solo éco
hoy pide cuentas de tu honor vendido,
donde abortó con mágico estallido
la tremenda palabra de Pacheco!

Ay!... para trono de un caudillo inmundo
los muros de nuevo año se elevaron,
y una hazaña en cada ángulo dejaron
que basta y sobra para honrar un mundo!

Troya... y Gomorra! — confusion doliente
que ofusca el pensamiento horrorizado:
arca de salvacion en el pasado.
tumba de dignidad en el presente!

Cómo ha caido tu soberbia raza
de hinojos á la espuela de un caudillo,
agoviada su diestra bajo el grillo
y sujeta su lengua á la mordaza!...

Ah! solo el dia de Polonia esperes
si duermes á los piés de tu verdugo,
hasta que venga á destrozar tu yugo
el brazo vengador... de tus mugeres!

Para que ignore tu vergüenza el mundo,
sofoco el corazon que estalla en ira,
y, lleno de dolor, parto mi lira
sobre las rocas de tu mar profundo!

La Oración

Oye la voz con que á los cielos llama
el universo que en la tarde gime,
y alza al Creador sublime
la oracion que en tu labio se derrama:
siente la estrofa que la mar murmura,
contempla el sol que su corona humilla,
oh mortal criatura,
y dobla sobre el polvo la rodilla!

Madre Naturaleza,
cómo se templa enternecida el alma
en tu hora de calma
al éco universal de tu tristeza!
Cómo en el hondo anhelo
que el inmortal espíritu remueve
en tu misterio la esperanza bebe
la magestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oracion levanta,
todo en el alma universal se anida,
y la creacion en éxtasis caída
como arpa eólea su plegaria canta!

Rueda la mar sus gigantescas olas
con manso y perezoso movimiento
hasta el desierto de las playas solas
donde dormita el viento:
el último crepúsculo que baña
con el color de fúnebre desmayo
la inmensidad del infinito ambiente,
apaga el tornasol de la montaña
que levanta la frente
para mirar el rayo, último rayo,
del sol que se derrumba al occidente!

El desierto sereno
tiembla al paso del bruto, que se abriga
entre la selva amiga,
de estraño afan y mansedumbre lleno:
el bosque bullicioso
repliega en el silencio su follage
sobre el ave salvage
y el pájaro medroso;
y como un alma tímida y errante
la sombra sale que en la selva espía
el último crepúsculo del día
para tender su ála vacilante.

Soledad, soledad! sobre tu mundo
cruza velóz la brisa pasagera,
leve como el aliento estremecido
que arranca el estestor al moribundo:
parece que dijera
«silencio!» á la creación con su gemido.
Entónces en la bóveda azulada
abre como las flores el lucero
y allá, sobre su límpida mirada,
en el zenit del orbe,
vaga armonía suena
que el espíritu absorbe
y con sublime adoración le llena!

Alza la frente que la angustia vana
abisma en el infierno de tu duelo,
oh criatura humana,
y oye ese canto que te llama al cielo!

Oh tarde magestuosa,
cómo muestras á Dios en tu grandeza,
cómo brota la vida misteriosa
bajo tu manto de inmortal tristeza!
En el éco lejano
habla una voz que el corazón halaga
como la voz del padre y del hermano,
y en el suspiro de la brisa vaga
que entre el cabello de la frente anida
su secreto murmullo.
oh! de la madre el cariñoso arrullo
parece hablar al alma conmovida!

Sobre la cuenca lóbrega retumba
el salvaje alarido del torrente
que cuelga en la pendiente
y al antro pavoroso se derrumba:
brama y se precipita,

su golpe tiembla en el abismo hueco,
y horrorizado el éco
se asoma á las vorágines y grita!

La hoja que se mueve
hace temblar el corazón con ella;
parece el rumor leve
de una sombra evocada,
y en la luz temblorosa de la estrella
hay alguien quien nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
y la piedad invoca
bajo el pié cauteloso que la oprime:
hay una rama que al pasar nos toca,
una tímida rama:
hay una flor que se abre con delicia
y su lluvia de pétalos derrama
bajo el ojo mortal que la acaricia:
en las quimeras de la errante sombra
se borra y se diseña
una pálida mano que hace seña
y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto
la soledad como un fantasma mira
y resucita y se estremece y gira
la vida de lo muerto!

Oh mortal criatura,
¿no sientes á Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
aspira á Él tu alma con tristeza;
es que la magestad de la grandeza
el corazón inunda de ternura!

Oh tarde, tarde bella
que vuelcas sobre el mundo el firmamento
en el fulgor de tu primer estrella,

tú me templas el alma solitaria:
siento en su seno una armonía, siento
como un ángel que llora!...
Oh Dios! es la plegaria
con que en la tarde la Creación te adora!

PRELUDIO

Busqué en el fondo
del alma mía
una plegaria,
una armonía,
un éco insólito
de inmenso amor:
canto profundo
de estraño anhelo,
con todo un mundo,
con todo un cielo
de inspiración.

Busqué una música,
un solo acento
que compendiára
mi sentimiento,
como una lágrima
muestra el dolor;
busqué el idioma
desconocido
de la paloma;
busqué un latido
del corazón.

Busqué ese arpegio
de la esperanza
que el alma trémula
soñando alcanza
allá en la atmósfera
que habita Dios, —
y hallé tu angélico
nombre querido
que como un alma
llevo es condido
en lo más íntimo
del corazón.

La Redención del Paraguay

Se estremece la tierra
donde abatió la frente el león Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano!
Se estremece la tierra
donde brilló la espada de Belgrano!

La fuerza del destino
Atila de la América, te lanza
sobre el suelo argentino!...
La voz del Paraguay pide venganza,
y el pueblo justiciero
que hundió en sus montes su primer verdugo,
vuela á romper sobre tu frente el yugo
de su opresor postrero!

Ah! por eso resuena
sobre la tierra clásica de Mayo
el golpe de tu planta, Paraguayo,
uncida al eslabón de tu cadena!

Hija infelíz de la Nación que un día
alumbró sobre el mundo
de San Martin la formidable espada!...
patria despedazada
en noche de vergüenza y tiranía.
oh! templa un tanto tu dolor profundo!...
ya te escuchó la tierra
donde abatió su frente el león Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano!
Ya te escuchó la tierra
de Alvear, de San Martín y de Belgrano!

Y tú, pueblo del sol, patria sublime,
el estandarte de tus glorias bate,
sobre el escudo de tus padres toca
y de nuevo redime
á precio de tu sangre
al hermano que jime
atado á la cadena de una roca!

Tumba de tres coronas
que libertaste el mundo Americano
levanta el himno que á la lid entona
porque llama á su tumba otro tirano!

CARMEN

Baje á tu hogar la bendición del cielo
con la lumbre de Dios en la mañana,
y el soplo triste de la muerte impía
no haga ronda en la noche á su muralla.

Con la memoria del amor primero
tu sueño arrulle la ilusión del alma,
y con sonrisa de inefable encanto
te despierte en la aurora la esperanza.

Como las rosas del Edem perdido,
los hijos de tu amor llenen tu falda;
bellos, como la sombra de tus ojos,
nobles como la lumbre de tu alma.

En cada rumbo que su pié se agite
brote bajo la huella de su planta
la mitad de la dicha que en el mundo
sembraste en el hogar de la desgracia!

Guarde sobre tu frente pensativa
eterna juventud sus frescas galas,
para doblar el misterioso encanto
del corazón que en tu ilusión se embarga.

Y cuando al fin sobre tu frente toque
el ángel del Señor, que al cielo llama,
y en la pupila de tu amigo guardes
el último fulgor de tu mirada,
ay! no desdeñes el sollozo ageno
que entre el sollozo de tus hijos parta!

El Misionero

Cuando el mundo pasado
la órbita del Olimpo recorría
en un cielo sin Dios, desamparado;
cuando la ciencia idólatra mentía
y el arte prostituído blasfemaba,
y en el estruendo de perpétua orgía
la miserable humanidad rodaba, ...
abrió la Cruz sus descarnados brazos,
con su gigante sombra cubrió el suelo,
y el hombre en ella al estampar sus pasos
sintiendo al Dios que el universo encierra,
alzó la frente al cielo
y cayó de rodillas en la tierra!

Así la humanidad fué redimida,
así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
así, desde el espanto de la muerte
á lo inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
solo la Cruz alcanza:
ella es la tabla en que salvó el abismo
desde la tierra al cielo la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila,
el ideal del arte se transforma;
la estirpe humana misma
girando en el perpétuo torbellino
donde la guía el resplandor divino,
acercándose á Dios cambia de forma.

La ciencia balbuciente
llama al dintel de la verdad en vano,
sin encontrar siquiera
la ley que rige la materia inerte
y enciende el pensamiento soberano
que en la frente del hombre reverbera
como diadema del linage humano!

Qué ha sido de la espada,
qué ha sido del poder y de la gloria
con que la España deslumbró la historia
al pisar en la América ignorada?...
Lo que fué de la estela
que en las ondas del mar dejó el sendero
de la audáz carabela
que guió de Colón la fé cristiana!...
solo quedó la Cruz del Misionero
abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
lo vé la mente que la ciencia absorbe,
lo escucha el alma en su esperanza tierno:
todo pasa en el mundo
todo cambia en los ámbitos del orbe:
la Cruz solo es eterna!

.....

Hombre mortal que brillas
en la aureola de Dios como una estrella,
yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
yo levanto la Cruz... yo muero en ella!...
Yo soy su misionero,
yo soy su combatiente solitario;
todas las sendas sobre el mundo entero
son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
de la familia humana,

el hogar de la paz y la alegría
se cierra para siempre el alma mía
que ata el lazo bendito
que el Padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente
donde tú ensayas tu primer respiro,
pongo el sello de Dios sobre tu frente;
y en el lecho doliente
donde exhalas el último suspiro
de la vida precaria,
yo aliento tu partida,
te enseño el rumbo de la eterna vida
y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
bajo la noble cota del soldado,
yo te sigo á la brecha del combate
con la sandalia de mi pié llagado;
y entre el humo y la sangre y la metralla
que ocultan á los cielos tus despojos,
te hago besar la Cruz en la batalla
y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste
soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
llevo el arma divina,
llevo la Cruz sagrada
que las tribus caribes ilumina:
la Cruz, más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
la fé sublime en que tu amor reposa;
la Cruz, donde repite el niño tierno
la oración de la madre y de la esposa!
La Cruz, que en el regazo
de la sagrada tierra

que las cenizas de tu padre encierra,
cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
y á la sombra ds Atila se lanzaron
y la espantada Europa sorprendieron,
y entre sus propias ruinas la abismaron,
el *Fraile* moribundo,
hasta en las Catacumbas perseguido,
salvó en las Catacumbas escondido
el progreso del mundo.
La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
la civilización, que alza en su huella
el hombre hasta la gloria,
al surgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué en un tiempo tu mansión paterna,
qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
qué fué tu Patria entera
donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
Antes de alzar mi Cruz, ¿sabes lo que era?
¡el salvage desierto de la Pampa!

Yo caigo en él! Soy el primer cristiano
que recibe la bárbara flecha
y abre en sus hordas la primera brecha
al pensamiento humano!
Y sobre el rastro de la sangre mía
con que el desierto indómito fecundo,
tiende la libertad la férrea vía
por donde cruza el porvenir del mundo!

Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
en la vida de glorias rodeada
cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?...
el pedazo de piedra
que me sirvió de almohada

y el mendrugo de pan con que la tierra
alimentó mi paso en mi jornada!

sobre la huesa mía
en el mundo felíz, solo un lamento
viene á llorar bajo la noche umbría ...
el gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
por la gloria del hombre eternamente:
y ahora mundo atéo, mundo ingrato,
escúpeme en la frente!

VARELA

En la fúnebre noche del destierro
partió el puñal la espalda de Varela
para ahogar en su sangre la doctrina
que iluminó en su patria la conciencia.

Y el infinito tiempo de los Orbes
pasó en el haz de la argentina tierra,
y de la tumba del proscrito ilustre
hizo surgir la libertad eterna!

Y el palpitante seno de la patria
como alma suya su ceniza encierra,
y el podrido cadáver del tirano
duerme bajo una lápida estrangera!

Y allá en un dia que estremece el alma
levantará el Señor á su presencia
el miserable espíritu de Rosas
y el alma luminosa de Varela!

Esa es la ley divina del progreso:
la luz iluminando la tiniebla!...
No, no se mata la conciencia humana,
imbéciles tiranos de la tierra!

Cristo

La voz de la esperanza
canta en el corazon eternamente;
el alma humana sin cesar la escucha,
el hombre entre sus lágrimas la siente,
y desde el polvo en que su vida lucha
alza al Cielo la frente
buscando al Dios que en su ideal alcanza:—
la voz de esperanza
canta en el corazon eternamente!

¿Qué ha sido en el pasado
la palabra sublime
del Profeta inspirado?...
Fué la voz de Dios mismo,
la fé que de la duda le redime,
la fé que arrulla su insaciable anhelo,
la fé que le sonrie en el abismo
y levanta su espíritu hasta el cielo!

Era el fulgor de la celeste llama
que guía el hombre á su inmortal destino;
era la voz que sin cesar le llama
á su orígen divino!

Era la fuerza de la ley eterna
que el espíritu absorbe
buscando la verdad en su embeleso:
era el fatal principio que gobierna
la armonía del Orbe:
era la ley divina del Progreso!

Y aquella voz clamaba
cuando el mundo pagano
bajo la infame esclavitud gemía
y cuando el alma del linage humano
al César en los templos adoraba
y en la insolente crápula rodaba
al último estertor de la agonía!...
En el dolor profundo,
en la mas negra noche de su suerte,
sin Dios, sin fé, sin esperanza el mundo
caminaba á la muerte!
Entónces sobre el duelo
de aquel pasado que la historia aterra,
rasgó el Señor la bóveda del Cielo
y alzó el Cristo en la tierra!

. . . . . .

Su palabra divina
reveló al Dios que la razon no alcanza,
estremeciendo el mundo de esperanza
con la eterna moral de su doctrina.
Las sombras á su luz se anonadaron,
los pueblos á su voz se conmovieron;
los Césares temblaron;
los dioses del Olimpo vacilaron
y de su roto pedestal cayeron!

Entónces desde el fondo del abismo
donde la antigua sociedad lloraba
hundida en el espanto,
bajo el pié del sangriento paganismo
que al hombre con la fiera nivelaba,
alzó la libertad su primer canto!
Y el corazon humano
templado al tono del amor profundo
que por la agena desventura gime,
gritó — ¡el hombre es mi hermano!
y de este grito de pasion sublime
surgió por fin la redencion del mundo!

¿Qué importa el eslabón de la cadena
cuando en el alma la esperanza canta?
¿Qué le importa á la carne su gangrena
cuando hasta Dios la mente se levanta?
¿Qué importa ya las lágrimas del suelo
si en la inmortalidad la fé se encierra?...
Lo que le importa al esplendor del cielo
la pasagera noche de la tierra!

Así á la luz de la verdad cristiana
fué á hundirse en el abismo
la abyeccion del sangriento paganismo
que degradaba la conciencia humana!

Así rodó á la muerte
la esclavitud del hombre:
así el amor fecundo,
bálsamo de la pena y la desgracia,
del alma humana niveló la suerte:
así el primer abrazo sobre el mundo
fué la ley de la eterna democracia!

Así la humanidad fué redimida
al descorrer el velo

de la verdad donde el Creador se encierra;
asi al surgir el Cristo de la tierra,
en la fuente del cielo
inundó la esperanza de la vida!

Así ya para siempre en el camino
de la humana existencia
la voz de la conciencia
fué el propio juez de su inmortal destino!

Así surgió de la verdad divina
la religion èterna
que la ley de los átomos gobierna
y el alma de los hombres ilumina!
La religion eterna que domina
la creacion soberana
en todo astro del cielo, en toda estrella
donde estampe su huella
la criatura humana!

Así del Cristo el último lamento
que llevó á Dios la redencion del hombre
desde la infame Cruz de su tormento,
selló la abnegacion de su doctrina:
y así al amparo de su Cruz sagrada
la humanidad salvada
al resplandor de la verdad camina!...
Al resplandor del corazon cristiano
que al calor de su luz alzó el portento
del pueblo Americano,
con la eterna igualdad por fundamento
y la Biblia en la mano!

. . . . . .

Sube á la Cruz del Salvador del mundo,
miserable gusano de la tierra
que en tu orgullo profundo
la estirpe buscas que su sangre encierra!
Sube á la Cruz que el Gólgota domina,

redime al hombre con la fé cristiana,
y allí sabrás si su alma era divina
entre los hijos de la raza humana!

Allá cuelga en su Cruz y abre los brazos
á la salvaje ingratitud del hombre
que repartió su túnica en pedazos
empapada en la sangre de su herida:
del hombre mismo á cuya triste suerte,
al recibir la muerte
abrió las puertas de la eterna vida!

. . . . . .

Cuando el alma inspirada
se hunde en la nebulosa de la historia
y asiste al nacimiento de su gloria
de entre la humanidad despedazada;—
cuando la mente que la ciencia absorbe
recorriendo los ámbitos del Orbe
solo halla eterno del Creador el rastro
y eterna la verdad de tu doctrina,
siente, Jesus, que tu alma como un astro
era un alma divina!

El labio que te niega
no templará su sed en la esperanza,
porque ella sola llega
donde la luz de la razón no alcanza!

LÁZARO

POEMA

DEDICATORIA

Cuando en la noche sombría calma
me despierta el sollozo á mi quebranto,
mi arpa pulso y, á su acorde, canto
para engañar la soledad del alma.

*

Temo que en mi vigilia hasta la aurora
me arrastre la aflixión á la locura,
si hundido en el recuerdo y la amargura
me abandono al pesar que me devora

*

Así fué que arrullando mi memoria
con la voz de mis cantos fugitivos,
llené para tus ojos pensativos,
las páginas sombrías de esta historia.

*

Oh! para tí, no más! — por eso en ella
el pesar de mi alma se ha volcado,
la desesperación que la ha cruzado
con tan rasgada y dolorosa huella:

*

aquel profundo hastío de la vida
que todo el cielo á oscurecer alcanza,
cuando por fin la última esperanza
se desprende del alma estremecida:

*

aquel inconmovible abatimiento
que pesa sobre el alma como un mundo,
aquel salvaje vértigo profundo
que envuelve la razón y el sentimiento:

*

oh! la desgracia de la vida entera
que cruza el corazón como una espada,
—el corazón misántropo—que nada
busca en el mundo ni del mundo espera.

*

Nada!—vuelve tus ojos á las huellas
que parte á la gloria y la fortuna,
y no hallarás perdida entre ninguna
la estampa de mis piés cruzando en ellas.

*

Nada!—que yo no encuentro sensaciones
donde los otros en su afán se agitan,
donde las fuerzas de su alma exitan
buscando desengaños ó ilusiones.

*

Yo no parto su gloria, su riqueza,
su dicha, sus pesares ni su hastío
á cambio solamente de que el mío
no vengan á turbar con su franqueza.

*

Nunca habrás visto blanquear mi frente
cuando tus ojos con afán vagaron
y de estremo en estremo la buscaron
entre las oleadas de la gente.

*

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
sin misión sobre el mundo en mi caida;
solo, con la desgracia de la vida.
entre mi propio corazón me encierro,

*

Ya ves entónces que el afán de gloria
no ha llenado mi libro con mi canto
que es ya en el mundo para mí su encanto
como un girón de miserable escoria.

*

Canto, porque en mis noches de desvelo
se engañan mi recuerdo y mi amargura;
para robar mi alma á la locura
que se agita en el fondo de mi duelo.

*

Canto, para que sepas que en mi frente
no se rebulle el alma de un idiota,
aunque vencida y agoviada y rota
se abisma en su ansiedad tan hondamente.

*

Canto, para enseñarte que en la tierra
crecen dolores que el amor no calma,
por más que en ese amor que arrulla el alma
su única ambición el alma encierra.

*

¿Y no penetras la mortal congoja
que tu recuerdo mismo me envenena,
y vertiendo el horror de que está llena
verso por verso vá y hoja por hoja?

*

El peso de un fatal remordimiento!
—esta espantosa llaga de la vida,
que en lo más hondo de mi ser caída
hace de mi conciencia su alimento—

*

Nada ya de mi espíritu agitado
disipará esta sombra de la muerte: —
el golpe irremediable de la suerte,
que me apartó por siempre de tu lado!

*

Deja entónces que huya de mi mismo
para arrancarme del pesar eterno:
el más cruél demonio del infierno
vive de mi memoria en el abismo

*

Deja que cante! — Si nací poeta,
arrullaré tu sueño desolado:
guarda esas tristes flores que he arrancado
del roto corazón, grieta por grieta.

*

Y vale más que en mi dolor profundo
pueda mecer mi pena el canto mío,
ah! que sino, para engañar mi hastío,
qué me dá ya sin tu recuerdo el mundo!

CANTO PRIMERO

I.

Del noble Roca en la morada suena
el magnífico estruendo del festin:
la noche de su júbilo es serena
con la diáfana luna en el zenit.

Música alegre de incesante danza
del Castillo en redor el aire hiende,
sobre el campo sin término se lanza
y en vibradoras ráfagas se estiende.

Despierta entre las selvas sorprendido
el eco de la vírgen soledad,
y el fragor del insólito estallido
de bosque en bosque remedando vá.

El ave que arrullaba adormecida
del viento entre los árboles la queja,
se atropella en las ramas aturdida
y el grato abrigo de las hojas deja.

Ladra el mastín errante en la espesura,
y espantados los potros, de tropel
huyen, estremeciendo la llanura
bajo el sonoro golpe de su pié.

Y en la estancia felíz del poderoso
todo á la vida despertar se siente,
sin que del alba el resplendor dudoso
colore aún la franja del oriente.

Plácele la quietud de la campaña
y habita la suntuosa propiedad
sobre los campos vírgenes que baña
el riego del salvaje Paraná.

Más hoy, las glorias de su Rey adula,
Rey que pisa en dos mundos soberano,
porque el lábaro audáz de España ondula
bajo el hermoso cielo americano.

Por eso el ruido del festín aplaza
la severa quietud de su mansión
que con toda la pompa de su raza
á los señores del hogar abrió.

II.

Se alza el castillo de soberbia cumbre
en medio de la espléndida cuchilla,
y colgado de antorchas, á su lumbre
como un palacio de luceros brilla.

La prez de la hermosura y la nobleza
baila y se agita en las crugientes salas
que el impávido orgullo y la riqueza
visten allí con asombrosas galas.

Mugeres de fantástica hermosura
como la mariposa reluciendo,
en torno giran de la lumbre pura,
el suelo apenas con la planta hiriendo.

Hombres de aristocrático linage,
girasoles idólatras de ellas,
engalanados con vistoso trage
siguen el laberinto de sus huellas.

Cruzan en encontrado remolino
pages en lo interior y servidores,
y de pié y deslumbrado el campesino
se agrupa en los inmensos corredores.

Luces, colores, brillos y reflejos,
roce de voluptuosa sedería,
tapices de oro y tul, muros de espejos,
aromas de suavísima ambrosía: —

el eco de la risa y el murmullo
del habla, de la música el estruendo,
del aire endido el tembloroso arrullo,
el vaiven de las ropas sacudiendo: —

el prolongado son y el incesante
choque de la gentil cristalería;
del repentino brindis la ondulante
ráfaga de frenética alegría: —

todo en estraña confusión asombra
saltando á los sentidos de repente,
como de un sueño mágico la sombra
que vé en conjunto, al despertar, la mente: —

todo en febril animación se mira,
cuadro que nunca á compendiar se alcanza,
y que enredor como encantado gira
en el vértigo insomne de la danza.

Del noble Roca en la morada suena
el mágico estruendo del festin:
la noche de su júbilo es serena
con la diáfana luna en el zenit.

III.

Quién es el que impasible y recostado
contra el pilar del ángulo sombrío.
no toma parte en el festín brindado
ni se mezcla á la turba del gentío?
Solo y distante, mudo y concentrado,
de allí contempla, impenetrable y frío,
el voluptuoso círculo de vida
que en placer rueda y al placer convida

Es arrogante y varonil su traza
en la movilidad de su apostura;
la raza de los nobles no es su raza
pero es noble y gallarda su figura;
porte que no envilece ni disfraza
la rara y desenvuelta vestidura
que lleva con descuido soberano
el intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó á la frente
nublando de las luces el destello
y en rededor de la barba que naciente
sombréa apenas el altivo cuello,
reposa sobre el hombro negligente
en separados rizos su cabello
que encierra en blondo círculo ondeante
el óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
los pliegues de su ancha *camiseta*,
el *tirador* que envuelve la cintura
sobre cada puntada una peseta;
y el puñal de luciente engastadura
de la mano al alcance atrás sugeta,

que sobre el talle con desdén cruzado
asoma de un costado á otro costado.

La manta de *vicuña* recogida
bajo aquel aro de cambiante brillo,
del *chiripá* en los pliegues compartida
se envuelve en el cribado calzoncillo:
el *poncho* leve que arrolló y descuida
cuelga en la empuñadura del cuchillo,
y en los caideles de su fleco suena
la estrella de la hermosa *nazarena.*

No es el gaucho insolente de la pampa
que de la noble sociedad se aleja
y donde el rastro de su potro estampa
sino deja rencor desprecio deja;
no es rudo el salvage que se *empampa*
ante las maravillas que refleja
de golpe el cuadro que asombró su mente
y esclava allí del esplendor la siente.

No; lleva él las prendas de aquel trage
que destaca del muro sus colores,
y con toda la arrogancia del salvage
y aquella magestad de los señores;
y es único padrón de su linage,
el sello de los seres superiores
que en el primer relámpago adivina
el ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
hay la intensa quietud de un pensamiento,
hondo como el desmayo del hastío,
fijo como fatal remordimiento:
rastro indeleble del afán impío
ó del triste y profundo sentimiento
que en mansa paz ó en tenebrosa calma
habita lo más íntimo de su alma.

IV.

El espíritu del hombre
su tierra natal refleja;
cada rasgo de su índole
un perfil retrata de ella.
Bajo un cielo transparente
de suavísima belleza,
donde la noche sublime
tiende su manto de estrellas;
sobre una planicie vírgen,
siempre verde, siempre inmensa,
siempre inmóvil y desnuda,
siempre callada y desierta;
entre un aire que perfuma
la primitiva pureza
y templa el plácido rayo
de inmutable primavera;
sin más dios y sin más ley
que su albedrío y su fuerza.
sin más tesoro visible
que su caballo y sus *prendas*,
rey de todo lo creado
sobre la llanura eterna,
errante, solo y sombrío
el *gaucho* su vida lleva.

Siempre el desierto á sus ojos
su plan infinito muestra
donde el ombú solitario
se empina de legua en legua;
siempre aquel mismo horizonte
donde el sol tan solo llega,

siempre el mismo panorama
de adormecida belleza,
siempre aquella inmensidad,
cielo, cielo, tierra, tierra:
inmensidad que dilata
el corazón que serena
y en cada respiro el aire
le trasmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
que su espíritu refleja,
cuando con la luz del alba
como el pájaro despierta,
y al galope del caballo
las llanuras atraviesa
al compás de las pisadas
cantando amorosa décima.

Aquella es la impresión última
de la silenciosa vuelta,
cuando el fúnebre crepúsculo
de la tarde le rodea
y ya cediendo al suave
cansancio de su faena
y al desmayo misterioso
que el sol al hundirse deja,
torna callado y tranquilo,
más sensible el alma lleva
concentrada en el abismo
de su memoria secreta,
ó el cuadro de la mañana
mirando con gracia nueva
cernido en la media lumbre
del día y de las estrellas.

Así respira su alma
la misteriosa tristeza
que está esparcida en el aire

y está arraigada en la tierra;
la soledad y el silencio
de pensamiento la llenan
y concentrada en sí misma
su mundo incrusta y refleja.
Mundo de pasiones vírgenes
como la naturaleza,
que en el corazón palpita
bajo esa calma sin trégua:
mundo de nobles instintos
que el sentimiento gobierna
porque es sentimiento todo
cuanto el corazón encierra:
sentimiento que en lo íntimo
de la vida se aposenta
y que el pensamiento educa
y agranda y ahonda en ella;
por eso en sus horas tristes
cada gaucho es un poeta,
poeta que canta trovas
de misteriosa cadencia
en las que lleva una lágrima
cada pié de cada décima,
sin más arte que su alma
que en la soledad le enseña
á sentir lo que retrate
y á retratar lo que sienta;
arte que escribió con llanto
las trovas de Santos Vega.

Espíritu concentrado
de estraña naturaleza,
con la malicia del mundo
en su salvage inocencia,
porque dá la inspiración
la llave del alma agena.
Espíritu que se basta

fiado en su sola fuerza,
en el dolor y en la dicha,
en la calma y la tormenta.
Corazón valiente y noble
ni provoca ni tolera,
que en sí á respetar aprende
el valor y la nobleza:
impenetrable y callado
doquier estampa su huella
voluntad y sentimiento
su estraño porte refleja,
porque en la espresión sombría
de su semblante les lleva;
rastro de un alma profunda
que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
lanzada en la noble senda,
y en la pendiente del crímen
sabe de hierro volverla,
que la pasión que la absorbe
se estiende y confunde en ella
como en su pampa salvage
la sombra de la tormenta.

Ese es el gaucho de raza
que las soledades puebla,
rey de todo lo creado
sobre la llanura inmensa:
ese es el sér misterioso
que aislado y mudo contempla
en el palacio de Roca
la agitación de la fiesta.
El corazón de aquel hombre
una tempestad encierra;
pero ¿qué espíritu alcanza
al fondo del alma agena!

Una misma es la sonrisa
que imprimen todas las penas,
y siempre á través del velo
de amargura que hay en ella,
el ojo audáz que á estudiarla
adelanta más de cerca
tan solo una maldicion
á medio formarse encuentra!

V.

El está allí contra el pilar desierto
aunque toca á su término la fiesta,
que ya del alba el resplendor incierto
colora de los álamos la cresta.

Y bajo aquella impenetrable calma,
tras la muda expresión de aquel semblante,
hunde á un infierno de ansidad su alma
la desesperación de cada instante.

Infierno que en el fondo de su vida
como la lava del volcán se encierra
y solo su ceniza entibiecida
lanza á la superficie de la tierra.

Rastro que apenas el dolor creciente
deja en la palidez de la mejilla,
en el ceño convulso de la frente
ó en la luz muerta que en los ojos brilla.

Y ni un supiro allí, ni un movimiento,
le arranca en su quietud meditadora
á ese cáncer del alma — el pensamiento —
que cráneo seca y corazón devora.

Que aquella paz que en la ansiedad le alienta,
es el dominio de las almas grandes
que saben reposar en la tormenta
como el altivo cóndor de los Andes.

Fuerza de voluntad que solamente
doblega el alma á su poder rendida
ay? cuando al fin el corazón ardiente
se ha roto en los escollos de la vida.

Cuando reconcentrado en su ostracismo
medita el mundo y su vileza alcanza,
y esconde de los otros en sí mismo
su desesperación ó su esperanza.

Oh! la incurable y dolorosa herida
que han abierto los hombres en su seno,
le enseñó en el destierro de su vida
á comprender el corazón ageno.

Que ellos sobre su espíritu acinaron
la impiedad, el oprobio y el ultrage,
y un sér nacido para el bien, trocaron
en un triste misántropo salvage.

VI.

Él, al nacer, del alma en lo profundo
trajo la inspiración de la pureza —
sello que imprime el hacedor del mundo
en toda creación de su grandeza —

Y al impulso frenético impelido
de la inesperta juventud ardiente,
de fé y nobleza el corazón henchido
tomó el mundo por suyo el inocente,

Y un hombre halló en si mismo que los hombres
como él á ellos respetar debían,
y soñó que las glorias de los nombres
por las prendas del alma se medían

Y en cualquier circunstancia en que la suerte
arrojó á su camino un ser humano,
ni al débil oprimió ni cedió al fuerte,
que en todo semejante vió á un hermano.

Pero era ilusión! — que todo era
de su infantil candor hermoso engaño,
y cogió en pago de su acción primera
premio de ingratitud y desengaño.

El no era igual, que la nobleza solo
no dá valor al alma bajo el cielo,
ni la rara virtud que la acrisola
hace ley de igualdad aquí en el suelo.

No — sobre el mundo, el que robó más oro
mejor escudo de nobleza alcanza;
quien pone en la balanza su tesoro
inclina de su lado la balanza.

Él sirvió al hombre, y cuando al hombre un día
llegó como un igual, fué escarnecido;
por muro de insalvable altanería
se halló entre los esclavos confundido.

El furor, la insolencia y la amenaza
en el ceño encontró de los señores,
porque era un gaucho de salvage raza
sin herencia de oro ni de honores.

Y él, que su noble espíritu sentía
libre como los vientos del desierto,
vió que hasta entónces el orgullo había
con desprecio su afan forzado y muerto.

Su afan, que alzaba una sonrisa, y era
del insolente orgullo la alabanza —
era el ceño del amo, que se altera
cuando homenage de su siervo alcanza!

Entónces fué cuando absorbió su alma
esa desolación de la tristeza,
presagio mudo de abatida calma
con que la ruda tempestad empieza.

Pálida y triste y árida y oscura
la tierra halló que á los demás reía;
él, la dicha del mundo y la hermosura
al través de una lágrima veía.

Lágrima que en sus órbitas temblaba,
la luz del sol á su través nublando;
tromba del corazón que se avanzaba,
el cielo de su vida sombreando.

Solo y callado entónces y abatido
reconcentró en su angustia su existencia,
que él se halló entre los hombres maldecido
y huyó la humillación de su insolencia.

En el desierto y soledad, sustento
dió á aquellas horas de animada muerte,
y en la cárcel del alma el sentimiento
rompió con llanto que culpó á la suerte.

La suerte? — no — los que su alma hirieron,
los que su corazón emponzoñaron,
los que como á un reptil le escarnecieron,
los que como á un leproso le arrojaron;

eran hombres no más, seres mortales
que hallaba de su vida en el camino,
déspotas sin piedad de sus iguales
que se alzaban entre él y su destino.

Satélites de un rey aventurero
que unció un mundo á su cetro con cadenas,
de un rey vampiro, avaro y estrangero
que se hartó con la sangre de sus venas

Estrangeros también — y dominaban
donde á él la luz le amaneció del día,
y de su misma tierra le arrojaban
y proscrito en su tierra se veía!

Basta! — que ahogó sus lágrimas de niño
sonriendo el gaucho que nació salvage,
y la piedad que en él abrió el cariño
en ódio inmenso convirtió el ultrage.

Odio que no se exhala en maldiciones
ni en terribles miradas se divisa,
no dá soberbio orgullo á las acciones
ni en el sarcásmo vá de una sonrisa.

Odio que llena el corazón demente
y nunca en vano á traslucirse alcanza,
que solo salta á ennegrecer la frente
en el día sin sol de la venganza.

Día que entre las brumas del futuro
soñó surgir su espíritu sereno,
y al alcanzar su luz durmió seguro
y guardó su furor entre su seno.

Oh! y es aquella la funesta calma
con que ha lanzado en el festín sus ojos,
sin nada al parecer, que allí en su alma
alce la tempestad de sus enojos.

VII.

Miraba sin cesar pero caído
en la enagenación del pensamiento,
como reconcentrado y absorbido
en fijo y doloroso sentimiento.

Vibración de su alma que no era
el sofocado encono de la envidia,
ni el goce inquieto de intención rastrera
que adelanta impaciente la perfidia.

Ni el desconsuelo del dolor presente
que en la impotencia su desquite alcanza,
y á tiro fijo de la mano siente
la codiciada presa de venganza.

No, ni al palacio fué de los señores
aquella noche del festín, buscando
despertar en su pecho sus rencores,
que estaba entre ellos su dolor llorando.

No — la crueldad del corazón ageno
y el golpe de su propia desventura,
dejaron sin romper entre su seno
una fibra sensible á la ternura.

Fibra que el alma en la impiedad sofrena
y con el mundo á reanudarla alcanza,
mientras en el infierno de la pena
vive aún sollozando la esperanza.

Fuerza que hasta el palacio aborrecido
su pisada soberbia conducía
y presa allí de afan desconocido
toda el alma en sus ojos recogía.

Toda, para buscar con su mirada
el bien soñado de su mente loca,
la realidad de su ilusión dorada
que halló en la hija del altivo Roca.

Oh! y al verla cruzar se ha estremecido
como un cristal al retumbar del trueno,
y helado el corazón y suspendido
siente desfallecer entre su seno.

Rápido y nebuloso torbellino
como el embate de encontrados vientos,
con salvage vigor y en remolino
arranca de tropel sus sentimientos:

el concentrado amor que para ella
creció en las horas de pesar, en calma,
último resplendor con que su estrella
mantenía un crepúsculo en su alma:

el ódio mudo del furor oculto
que la presencia redoblar hacía
de aquellos que al desprecio y al insulto
encadenaron su existencia un día: —

la fija y la melancólica amagura
del que vencido en el dolor se siente
y en toda su estensión su desventura
ya en su conciencia sondeó la mente: —

la angustia en fin del que en su propio pecho
sobra de alma y corazón encierra,
y siente su derecho, y su derecho
desconocido vé sobre la tierra: —

y aunque entre hombres como él se halla,
se mira por los hombres arrojado,
y á la maldita esfera del canalla
por su orgullosa voluntad lanzado: —

y él que heredó en su pampa un mundo entero
se encuentra sobre el mundo sin guarida,
que es en su misma patria un estrangero
y de estrangero rey sierva es su vida:

y mira en los festines de un magnate,
compartiendo su encanto y su ventura
oh! también la muger para quien late
su corazón con íntima dulzura:

ay! aquella muger, en los rigores
y en el destierro del dolor amada,
y que lejos de él, á los señores
dirige sonriendo su mirada: —

que ella quizá también bajo aquel trage
conque en un día le encontró á su paso,
en él tan sólo sospechó un salvage,
si su mirada en él detuvo acaso: —

y vé que aún cuando imaginó sufrido
del último pesar el golpe recio,
faltaba por sufrir, — y vé caído
ay! el golpe también de su desprecio!

Así su alma entónces sacudía
el choque de encontrados sentimientos
y en espirales ráfagas sentía
vagar sus agitados pensamientos.

Así de su ansiedad la fuerza ruda
de golpe al corazón y á un tiempo lanza,
el ódio y el amor, la fé y la duda,
la desesperación y la esperanza!

VIII.

El, á la sombra del pilar esquiva
la luz de los brillantes reverberos;
del alba aún la claridad furtiva
no apaga el resplendor de los luceros

Qué luz entónces al cruzar refleja
tan honda palidez sobre su frente?
no es luz, que es sangre que su rostro deja,
cayendo al corazón como un torrente.

Relámpago fatal del sentimiento
conque rompe el furor dentro del alma;
y alumbra como hoguera el pensamiento,
así formado con salvage calma:

« Los que se llaman reyes y señores
« mi raza condenaron al dolor,
« para pasto, al nacer, de sus furores
« tambien caí sobre la tierra yo.

« Como si un monstruo maldecido fuera
« me acosan y desprecian sin piedad,
« no tengo más guarida que la fiera
« que perseguida por los perros vá.

« La última esperanza de mi vida
« estaba en amor de una muger,
« oh! pero en esta hora maldecida
« me la arrebatan sin piedad también.

« Porque á mirar mi raza la enseñaron
« como un objeto pavoroso y vil;
« sus ojos al mirarme se apartaron
« y desprecio también encontré allí.

« Basta! — si un dios se esconde tras del cielo
« también desde el nacer me abandonó ;
« sino hay más dios que el hombre, —sobre el suelo
« mi dios yo mismo y mi justicia soy.

« Para sembrar la muerte y la venganza
« en medio del estruendo del festín,
» oh! si el puñal de Lázaro no alcanza,
« de sobra á su alredor hará blandir.

« Los que comparten mis amargas penas
« y sufren la vergüenza y el dolor,
« como trahilla de salvages hienas
« caigan sobre el palacio del señor! »

Y él se destaca del pilar sombrío
como un fantasma de la noche, ausente,
y con pasmosa agilidad y brío
salta sobre su potro febriciente.

Un instante no más y en el desierto
como un meteoro romperá en su huída,
pero un hombre hasta él, con paso cierto
avanza y toma á su corcel la brida.

Atrás el insensato! — más ya siente
la punta del puñal en su garganta,
y antes que el golpe amenazado asiente,
su voz con una súplica adelanta.

— « No hieras, Lázaro — pára,
que el tenerte no es agravio;
las palabras de mi labio
palabras amigas son:
siervo soy del noble Roca,
oh! no desprecies mi ruego,
que aunque le invoco — no llego
en nombre de mi señor.

« La súplica que me guía
hasta cruzarme en tu senda,
no hay alma que no la atienda
porque voz de un ángel es;
cede, que no hay ser humano
para quien su amor no sobre,
para el rico, para el pobre,
para el siervo y para el rey.

« Para cumplir su deseo
no es mucho si á tí me avanzo,
con él al infierno alcanzo
sin fatiga ni temor,
que aquel ángel bendecido
que el labio sonriendo invoca
sólo es la hija de Roca
el magnifico señor.

« Plácela tu voz serena,
cuando en la noche de calma
los pesares de tu alma,
con trovas llorando vás;
al través de los señores
sus tristes ojos te hallaron
y sus labios me mandaron
la súplica á tí llevar.

« Antes que á luz del día
cese el festín del contento,
en él se escuche el acento
del sombrío trovador:
ven al palacio de Roca
donde resuene tu canto,
que ojos hay que amigo llanto
derramen por tu dolor. »

IX.

Lázaro oye esta voz: enmudecido
abandona la brida del corcel
y en insondable reflexión caído
del page sigue el presuroso pié.

Como que le impulsára parecía
fuerza de incontrastable voluntad,
y el rastro como máquina seguía,
tan olvidado de sí mismo ya.

Y vá tras él sin descubrir la frente
al centro del magnífico salón:
preludia la guitarra tristemente
y al pecho arranca la inspirada voz.

TROVA

« El hondo pesar que siento
y ya el alma me desgarra,
solloza en esta guitarra
y está llorando en mi acento:
como es mi propio tormento
fuente de mi inspiración,
cada pié de la canción
lleva del alma un pedazo,
y en cada nota que enlazo
se me arranca el corazón.

*

« Te ví y aunque no sentiste,
en mi soledad te amé
con esa profunda fé
que hay solo en un alma triste:
tú en un palacio naciste,
yo en un desierto nací
y aunque en el alma sentí
fuerzas para alzarme al cielo,
el hombre cortó mi vuelo
y hasta el infierno caí.

*

« La estrella de mi destino
—no importa—un rayo lanzaba
que á disipar alcanzaba
las brumas de mi camino:
ya ese rayo mortecino
para siempre se apagó
y solo á alumbrar sirvió
esta eterna noche impía
cuando en tu alma, la mía
también el desprecio halló.

*

« Como fiera perseguida
piso una senda de abrojos,
sin sueño para mis ojos
ni venda para mi herida,
sin descanso ni guarida
ni esperanza ni piedad,
y en fúnebre soledad
á mi dolor amarrado
voy á la muerte arrastrado
por mi propia tempestad.

*

« El cielo me ha maldecido,
el mundo me ha despreciado,
dónde sin verme acosado

sentaré el pié dolorido!...
No hay recuerdo, no hay olvido
para engañar mi aflicción,
solo hay desesperación
para mí en el mundo ageno:..
yo mismo huyo, de horror lleno,
de mi propio corazón! »

X.

Con un sollozo terminó su canto
y soltó la guitarra estremecida,
alzó la frente de pesar rendida
y el primer paso describió su pié:
¿por qué al partir inmóvil se detiene?
nadie opone á su marcha sus enojos
y aunque todos en él fijan los ojos
nadie su voz ha dirijido á él.

Nadie?—cual si la fuerza la atrajese
de aquella honda y fúnebre mirada,
una muger con trémula pisada
se dirije hasta allí, donde él está:
lleva una flor que levantó del suelo
oprimida en la mano temblorosa,
y en el pecho de Lázaro la posa
con sencilla y serena magestad.

Y ella, la hija del altivo Roca,
la inocente y ángélica Dolores,
se alza de entre la rueda de señores
y habla así al misterioso payador:

—Toma; guarda esta flor que de mi seno
« cayó con una gota de mi llanto,
« cuando el sollozo en que espiró tu canto
« mi alma conmovida estremeció. »

Y él guardó aquella flor; todos, sus labios
también entonces agitarse vieron,
pero si con palabras se movieron
ella sola no mas las pudo oir:
honda, honda mirada en la mirada
dejó caer de la muger querida,
y sin bajar la frente á su partida
como una sombra se perdió de allí.

XI.

Y corta los inmensos corredores
sin mostrar cortesía ni cautela,
que ni aún por respeto á los señores
empina la rodaja de la espuela.

Nadie tampoco recordarle osa
que pisa en el palacio de un señor,
le abre calle la turba silenciosa
y murmura de él cuando pasó.

Villano y pusilánime murmullo
que no alcanza valor hasta su oído,
pero no es desprecio ni es orgullo
lo que imprime á su marcha su descuido

No, que aquel porte de sombría calma
solo el olvido de los otros es,
solo el recogimiento de su alma
que arrastra como máquina su pié.

Y salta en el caballo inteligente
que modera el afan de su partida
porque sus flancos oprimir no siente
ni levantar la abandonada brida.

Así, como tocado del idiotismo,
Lázaro inmóvil sin guiarle vá,
y lanzado del alma en el abismo
que pisa el mundo se olvidó quizás.

Y entre la opaca niebla que el incierto
calor levanta del naciente día,
se interna á la ventura en el desierto
donde el capricho del corcel le guía.

XII

Los que jamás lloraron
flores del corazón que se cayeron;
los que no maldigeron
que aunque sobre la tierra se encontraron
con alma solo de reptil nacieron,
al través de la yerta
bruma que te rodea en el camino,
no seguirán tu rastro, peregrino
de la pampa desierta.
Su mirada no avanza
al fondo de tu alma combatida,
y al verla como pasto repartida
entre el amor y el ódio,
la desesperación y la esperanza,
fantasmas de mi sueño te creyeron
mal trazada y deforme
y de mi sueño informe
con sarcástica burla se rieron.

Ellos, que solo tienen
la cavidad de un cántaro en el alma
ni más fuego contienen
que el fuego que dá un fósforo encendido:
ellos que en paz y calma
su dicha y su dolor tienen medido
y con proligidad y simetría
llorando ó sonriendo los embocan
como en nichos separan y colocan
sus efectos de tienda ó mercería;
ellos que solamente se conmueven
por quiebras ó asonadas,
por los tiempos que secan ó que llueven
ó por modas salidas ó dejadas,
ellos, jamás en fin del alma agena
la tempestad mugiendo imaginaron,
porque á su propio corazón le hallaron
con válvula serena
en su más honda angustia que soñaron.
No puede junto concebir su mente
el cáos de encontradas sensaciones,
ese sordo torrente
que en confusión revienta
con ola turbulenta
que arrastra en su camino las pasiones:
no llega su mirada
al abismo profundo
de tu alma educada
en esa reflexión de la amargura,
cáncer que en ella el sentimiento apura
y abre fondo en su seno para un mundo.

No alcanza reflejar el sentimiento
lo que á sentir no alcanza:
la vorágine loca
que estrelló el corazón y el sentimiento

cuando inmóvil y mudo
contra el pilar desnudo
te amarró la ansiedad como á una roca,
solo se vé sentida:
ay! entónces se sabe
que así como en el cielo
rompen las tempestades de la vida;
que el fúnebre rayo que las hiende
todo á la vez y en confusión desciende
sombra y luz fuego y hielo!
Sí, también con ellas
que descargan la nube de que nacen
en lluvias ó en centellas,
en lágrimas ó en sangre se deshacen:
despues, el alma se refugia al seno
rugiendo ó sollozando,
como el último trueno
que con sordo bramido
se aleja estremecido
en magestuosa postración rodando.
Así también partiste
del palacio brillante:
y entre la bruma densa
tu sombra muda, pavorosa y triste
llevando sigues por la pampa inmensa.

Oh! por qué aún sobre tu frente oscura
la desesperación medita en calma?
por qué vá en tu camino
siempre aquel abandono del destino,
por qué siempre el dolor dentro del alma?
Cuando, por fin, la suerte
la única ambición cumplir figura,
¿con esa honda postracción inerte
responde el corazón á la ventura?

Qué hay entonces en tu seno
que á penetrar la reflexión no alcanza?

qué sonda de veneno
en tu maldito corazón se abisma
si la esperanza misma
cuando ha tocado en él no es ya esperanza!

Feliz quien no se avanza
á ese infierno del alma que no ignoro:
yo sé que puede compendiar la vida
su único tesoro
en el amor de la muger querida;
sé que en sus ojos puede,
como á la luz del sol brilla la estrella,
derramarse el amor que al amor cede;
sé que los labios de ella
pueden llevar también hasta el oído
con su más dulce acento
la palabra de amor correspondido,
sin que el demonio cruel del sufrimiento
beba en su voz la calma,
sin que ese amor que la esperanza encierra
del cielo y de la tierra,
consuele el corazón y arrulle el alma;
el alma! el alma triste
que al tocar en la suya se desvía
volviendo á su infernal misantropía,
porque al tocarla alcanza
que mientras más amor la acerca á ella
ay! más se hunde su apagada estrella
y más se desvanece su esperanza!

En la vida, en la muerte,
tu primer ambición, tu último anhelo,
fué el bien que al fin te concedió la suerte
un pedazo de cielo;
cielo que fueron sus celestes ojos
donde la luz del sol el alma era:
por camino de abrojos

su ambiente vírgen á aspirar llegaste.
y cuando hasta el ocaso del futuro
has mirado en su esfera,
el punto más oscuro
de la vida y la muerte allí encontraste!
En sus ojos? —mentira!
esa noche sin fin que el alma encierra
y á su sombra convierte
cuanto dá resplendores,
está solo en los ojos del que mira!
Crecen sobre la tierra,
sin remedio también, como la muerte,
pesares y dolores!

CANTO SEGUNDO

I.

Es la muger un querubin del cielo
en la aureola del amor caída,
para abrir en el páramo del suelo
el gérmen misterioso de la vida:
ángel de caridad y de consuelo,
de abnegación sublime poseída
vá junto al lecho del mortal velando,
la vida hasta la muerte acariciando.

Oh! que sensible y dolorosa herida
curar no puede su piadosa mano,
qué pena el alma llevará escondida

que no consuele su fervor cristiano,
á qué sér, á qué idea engrandecida
no abre su noble corazón humano;
ni qué felicidad ó desventura
no halla una bendición en su alma pura!

Una muger! — tesoro inestimable
que el mundo ingrato á valorar no alcanza,
manantial de cariño inagotable,
de piedad, de nobleza y confianza:
ella, sobre la tierra deleznable
es misterioso faro de esperanza
que con suave resplandor divino
de otro mundo mejor muestra el camino!

Ella no dá en su espíritu guarida
á la sed de la gloria y la fortuna,
esas dos solas rutas de la vida
que no deja de hollar planta ninguna:
ella, si una corona suspendida
soñó bajo los rayos de la luna,
y la alzó al despertar, fué solamente
para adornar la sien de agena frente.

Ella desvía la inocente planta
del huracán frenético del mundo,
de donde al hombre mísero no espanta
de las pasiones el aspecto inmundo;
donde puñal contra puñal levanta
él — y sobre el hermano moribundo
alza entre sangre lágrimas y escoria
el sacrílego canto, de victoria.

Ella desde los mágicos fulgores
del alba del Eden perdida y bella,
del nacer al morir riega con flores
de la cansada humanidad la huella;
y en cambio ay! cadenas y dolores

el mundo nada más le guardo á ella,
sin quebrantar su fé, su fé que gime
en silenciosa abnegación sublime.

Ella, corriéndo el mundo zona á zona,
eterno campo de batalla horrenda,
al rastro de la muerte se abandona
donde el rugido del dolor se entienda:
la alzada frente al vencedor corona;
la hundida frente del vencido venda,
que se basta en su amor desconocido,
ángel del vencedor y del vencido.

Ella en el alma del poeta canta,
del artista en el alma y del guerrero,
y del sábio el espíritu levanta
y el brazo del humilde jornalero;
del niño el primer sol riendo encanta
y encanta del anciano el sol postrero
porque del cielo para amar caída
es el ángel de guarda de la vida.

La pureza, la paz y el sentimiento
velan entre su alma candorosa
y allí del mundo el corrompido aliento
desvanecen con ála presurosa;
y ella en su manso, íntimo aislamiento
se espande en otra vida silenciosa,
vida de amor eterno y bendecido
que es un reflejo del Eden perdido.

Una muger! — feliz el que en la vida
el alma de ella á comprender alcanza
y sabe abrir la senda florecida
que al cielo estraño de su mundo avanza;
cielo de beatitud desconocida
donde por fin reposa la esperanza,
arrullada en la gloria del presente
sin que otro cielo tramontar intente!

II.

Ella, la melancólica Dolores,
aunque hija también del castellano,
miraba con pesar, de los señores
la bárbara crueldad para el paisano:
ella no compartía sus rencores
y llamaba al indígena su hermano,
que era como su madre ya perdida
bajo el cielo de América nacida.

En ellos, por el suyo, comprendía
su inmenso corazón triste y callado,
y en ellos, seres su piedad veía
indignos de aquel yugo tan pesado:
ni humillación ni honores exigía,
y el cariño en su senda derramado
la dió por fruto, donde fué su planta,
nombre y veneración y amor de santa.

Ella, cuando en la tarde silenciosa
la tierra de sus flores refrescaba
y allí como indecisa mariposa
en medio de los árboles vagaba,
ay! en aquella esfera misteriosa
estraño afan indefinible hallaba
que á un tiempo mismo al corazón le era
ráfaga dolorida y placentera.

Ella no era feliz, pero sentía
una estraña orfandad dentro del alma,
un punto solo allí donde no había
la dicha entrado á conmover la calma:

última hoja desmayada y fría
de floreciente y olorosa palma
donde el rocío que la noche riega
por entre el seno capilar no llega.

Cruzar veía por el aire en tanto
sombras de fugitivos resplandores,
que remedaban en secreto canto
las palabras de amor de los señores;
y allí en suave enternecido encanto
arrobando su espíritu Dolores
dormía y sollozaba y despertaba,
que árido aquel amor y frio hallaba.

Era el perfume del amor sereno
con que en íntima calma placentera
abre la flor que nace dentro el seno
con la lozana juventud primera;
intenso aroma de armonía lleno
que en torno al corazón forma su esfera
engendrando en su mundo enternecido
inquieto afan de amor desconocido.

Inmenso amor cuyo ideal hermoso
á mostrar en sí misma no alcanzaba
la palabra de amor del poderoso
que en medio de las fiestas resonaba:
su corazón altivo y vanidoso
lleno tan solo de orgullo allaba
y volviendo á su seno entristecida
soñaba el alma su ilusión perdida.

Así una vez cuando en la tarde bella
vagaba triste en su jardín florido,
sintió al estremo mismo de la huella
como el rayar de un potro suspendido:
volvió los ojos y en los ojos de ella
íntimo, concentrado y recogido

sintió cubriendo el tinte de sonrojos,
el rayo descansar de agenos ojos.

Lázaro el payador! — solo y callado
sin desmontarse del corcel ardiente,
un momento fatal allí clavado
la contemplaba así profundamente;
luego, como rendido y desmayado
inclinó al pecho la pesada frente,
con mústio brazo circuló la rienda
y se perdió por fin entre la senda.

Lázaro el payador! — nadie aquel nombre
escuchó sin sorpresa en la campaña,
nadie miró el aspecto de aquel hombre
sin recogerse en impresión estraña;
que aunque jamás dió vuelo á su renombre
la relación de ensangrentada hazaña,
algo en él de terrible se escondía
que el corazón estremecer hacía.

Y ella, ni estremecida ni aterrada
en calma allí permaneció serena,
porque leyó en su fúnebre mirada
la historia solo de escondida pena;
pena que hasta su alma inmaculada
y abierta siempre á la desdicha agena,
llegó tocando de piedad la fibra
que al tono del dolor acorde vibra.

Y siguió con sus ojos impaciente
al gaucho aquel que á contemplarla vino,
deseando en su espíritu inocente
que se doblase el tramo del camino:
placíale el salvage continente
del fúnebre viagero vespertino
y al corazón por el brotar sentía
íntima y deliciosa simpatía.

Y tarde á tarde á su jardín bajaba,
que tarde á tarde Lázaro caía,
del fondo del desierto se avanzaba
y al fin de la arboleda se perdía;
siempre tan hondamente la miraba,
siempre ella con sus ojos le seguía
brindando en ellos su inocente anhelo
ó bálsamo de amor ó de consuelo.

Así nació en su espíritu inocente
del alma juventud el amor puro,
amor que halla de su afan la fuente
en misterioso vértigo inseguro;
amor que recogido en el presente,
no llora ni sonríe en el futuro
y en concéntrica ráfaga camina
al resplendor de su ilusión divina.

Un día, en fin, que el castellano impío
con ella en los jardines paseaba
y vió cruzar por entre el soto umbrío
el gaucho payador que se alejaba,
rugó la frente con desden sombrío
y marcando la huella que llevaba
clamó, como estallando en sus furores,
vuelto á los aterrados servidores:

—« Oh! si el gaucho otra vez, si el insolente
« asoma del castillo al horizonte,
« sin que descubra como vil la frente,
« sin que como villano se desmonte,
« soltadle la trahilla más valiente
« que devora las fieras en el monte,
« ó juro ¡vive Dios! que yo á vosotros
« mando que se os amarre en cuatro potros. »

Y ella se estremeció, — que aquel acento
cayendo sobre el alma comprimida,

trajo por vez primera al pensamiento
el espantoso cuadro de la vida,
y aterrada en su propio sentimiento
siguió su vuelo y se encontró perdida
en el abismo lóbrego y profundo
que entre Lázaro y ella cavó el mundo.

Y cómo entónces el dolor primero
que arrancó la ilusión á la inocente,
un rayo fué de luz, que en su reguero
transparentó de Lázaro la frente:
cómo al íntimo rastro pasagero
leyó en aquel espíritu demente
el insondable infierno que el destino
llevó en su maldición al peregrino!

Oh! tarde ya! — la voz del castellano
marchitar ha podido la esperanza,
pero del melancólico paisano
el corazón á envilecer no avanza:
tarde! — que si el orgullo del tirano
en él un gaucho, nada más alcanza,
los ojos del amor, los ojos de ella,
alma le allaron misteriosa y bella.

Y escondiendo en la suya estremecida
aquel primer amor desventurado,
íntimo compañero de la vida
que habita el corazón desesperado,
levantó en la memoria enternecida
ese mundo sin sol del desgraciado
donde si el alma en él ya nada espera,
ay! al menos por fin no desespera!

III.

Ha destellado el sol su nuevo día
tras de la noche de la fiesta loca,
y el rayo de su luz más suave envia
porque su disco en el ocaso toca:
cesó el vaiven de insólita alegría
en el palacio del soberbio Roca,
y ya de la faena de costumbre
descansa la rendida servidumbre.

El lastimero toque de oraciones
ya cesa en la capilla tramontana
y del golpe postrer las vibraciones
estiende lentamente la campana:
todos alzan á Dios sus corazones
rogando por el día de mañana
y su descanso cada cual y asilo
busca en el seno del hogar tranquilo.

Tan sólo una muger paseando queda
el parque del castillo silencioso
cuando en el corazón de la arboleda
ya el ave misma se buscó reposo:
ella vá descendiendo en la alameda
con paso distraído y cadencioso,
hasta un banco de céspedes camina
y en él como cansada se reclina.

Muger de leve y mística belleza,
estraña adoración secreta infunde,
que un rayo de misterio y de tristeza
como aureola á su alrededor difunde;

tipo de aérea y virginal pureza
que entre el ángel y el niño se confunde
y de su suave atmósfera irradia
aroma y resplendor y melodía.

En la luz de su límpida mirada
se desborda su espíritu inocente,
y el calor del jazmín en la alborada
difunde á la mejilla transparente:
ondas la fresca boca ennacarada
al respirar levanta sonriente
que en la blonda raíz de su cabello
despejan, al morir, su rostro bello.

Tan pura, tan sencilla, tan ligera,
de su blanco ropage entre la nube,
parece el rayo de la luz primera
que por la franja de los cielos sube;
paloma que se anida en la pradera,
risueño y melancólico querube
que busca con los ojos desde el suelo
rumbo feliz para tender su vuelo.

La tímida y despierta mariposa
que liba el cáliz de la flor más bella,
no se mueve del pétalo en que posa
cuando á regar la flor se acerca ella;
y el ave que en la selva silenciosa
canta sobre la rama de la huella,
tampoco calla el comenzado trino
si es ella quien asoma en el camino.

Oh! que invisible talismán abriga
que tan sincero amor tras sí levanta!
no hay labio que su nombre no bendiga
de bien prendado y de belleza tanta:
llámala el rico y el señor amiga,
santa los pobres y los siervos santa,

porque igual á su angélica hermosura
es la piedad el alma y la ternura.

Huye la ostentación los festines,
que en medio del estruendo se atortola,
y halla mejor que el mundo sus jardines
cuando alza ó cae el sol tras su aureola:
allí de la alameda en los confines
vagando entónces pensativa y sola
como una flor también, entre las flores
vive la melancólica Dolores.

Y cuando llega allí de la capilla
el toque triste de oración diaria,
también dobla en el musgo la rodilla
y alza á su Dios su íntima plegaria;
y antes que apague el sol su luz que brilla
tras la vecina loma solitaria,
deja el jardín y en el palacio hermoso
vuelve á la sociedad del poderoso.

Hoy ya en la tarde refrescó sus flores,
ya dijo su oración arrodillada,
y aunque la sociedad de los señores
espera en el vestíbulo su entrada,
ella, la hermosa y cándida Dolores,
en su banco de cesped reclinada
del palacio y los huéspedes no cuida
en misteriosa reflexión caída.

Nunca aquella expresión de consuelo
cual hoy á contraer mi frente vino,
ni esa intuición de inevitable duelo
ha alzado así su seno peregrino;
nunca sus ojos con tan vivo anhelo
fijó en el horizonte del camino
como el que ansía y teme cuando espera
cumplir la realidad de su quimera.

Rara esperanza es! — la senda aquella
conduce solamente á campo abierto,
y aunque á otra huella vá, también la huella
arranca desde el fondo del desierto;
un solo sér no más cruza por ella
cuando declina el sol su rayo incierto
y el astro vespertino de topacio
cuelga sobre las cruces del palacio.

Si *El* es el esperado, la esperanza
cumpla el inquieto afan del desvarío
porque la vista á distinguirle alcanza
que asoma lentamente en el vacío;
es él, es él, que como siempre avanza
callado, melancólico y sombrío,
la barba sobre el seno recogida
y abandonada del corcel la brida.

El es — que de su lóbrega mirada
he visto el rayo que adelanta el trueno,
alma terrible en el dolor probada
y ungida en el bautismo del veneno;
él es — porque á su aspecto, impresionada
el alma se comprime dentro el seno
sintiendo á su pesar que él deja en ella
rastros más indelebles que en su huella.

El es! — que solo él á hollar se atreve
los campos del palacio á su albedrío
sin temer la amenaza de la plebe
ni del amo el furor nunca tardío;
y allí donde la brisa no se mueve
sin voluntad del castellano impío,
él sin bajarse ni humillar la frente
pisa como en su hogar, tranquilamente.

Estraña realidad! — desde que asoma
no levantó la espuela ni la rienda,

y ya que entienda misterioso idioma
ó que infalibles prácticas entienda
y aunque dos calles hay, el potro toma
del banco de los céspedes la senda
y relincha al llegar, como advertido
de un punto de reposo conocido.

Si, porque tarde á tarde en su camino
se desmonta allí mismo el caballero
y sobre el tronco del ombú vecino
correr deja el crepúsculo postrero;
luego, cual descansado peregrino
torna á seguir en calma su sendero
y hasta llegar al punto más distante
volviendo muchas veces el semblante.

Hoy no hay reposo allí, que el potro siente
que á animarle la espuela se prepara
cuando allí como ayer pausadamente
bajo la sombra del ombú se para;
y antes que toque de la espuela el diente
velóz en su abandono se repara
y dejando la yerba que mordía
busca de nuevo la tortuosa vía.

Y mira y pasa él?—Ah, no!—que siente
que en vano al corazón mandar intenta;
le llama esa mirada que doliente
al través de una lágrima rebienta:
atrás!—él vuelve la sombría frente
y el pié de golpe sobre el musgo asienta,
que á desatar un lazo de esperanza
la desesperación tan solo alcanza.

Y arrancando del alma estremecida
la entrecortada voz del sentimiento,
al alma en fin de la muger querida
el abismo enseñó del pensamiento;

cuadro desesperante de la vida
que en el oído compendió su acento
cual náufrago infeliz que llora y cuenta
la pasada ansiedad de la tormenta.

IV.

—« Juré, Dolores, callando
morir solo con la pena
que me vá como gangrena
toda el alma devorando:
hoy llorando — sí, llorando —
crucé á verte en la oración
para cumplir la intencion
más fija del pensamiento,
pero al fin el sufrimiento
estalla en el corazón.

« Ya ves; me tengo en tu huella;
toda el alma te debía;
tómala, no es culpa mía
si hay solo veneno en ella:
tan oscura fué mi estrella
que para privar tu aprecio
paga, como el mundo, á precio
de lágrimas tu favor,
pero no tengo valor
para sufrir tu desprecio.

« Sé que callando y muriendo
pude aliviarte un pesar
que á veces suelen llevar
las horas que van huyendo,
y al menos, hoy que estoy viendo

que ya todo lo he perdido,
así no hubieras sufrido,
no hubieras llorado así,
y quedaban para mí
el desprecio y el olvido! . .

« Pero era entónces preciso
que yo no te hubiese amado,
ya que un sér tan desgraciado
el mundo volverme quiso:
la gloria del paraíso
es infierno envilecida,
y el amor que hace en la vida
de un hombre un sér sobrehumano,
no alcanza á hacerle un villano
ante la muger querida.

« Esto está escrito en mi frente,
mira, no sé quien lo ha escrito,
pero aquí dice — maldito —
aunque soy solo inocente:
lo lée todo sér viviente
y huye con horror de mí:
yo también, y conocí
en mi reflexión primera
que fuí poco para fiera
ó mucho para hombre fuí.

« Mi corazón arrojado
de toda honorable senda,
á la orfandad más horrenda
se encuentra al fin condenado:
yo mismo me he despreciado,
tan despreciado me hallé
y á mi corazón bajé
con el ódio más impío
para llenar el vacío
que en toda mi alma encontré.

« En fin, hasta la esperanza
de salvación me quitaron,
que el camino me cerraron
del bien, que hasta el cielo avanza:
el alma á esplicar no alcanza
tan implacable crueldad
y solo la realidad
del desprecio y los rencores
me han enseñado, Dolores,
que es una horrible verdad.

« Tiene el hombre todo un mundo,
tíene la fiera el desierto,
tiene el ave el cielo abierto,
tiene el pez el mar profundo;
y Lázaro el vagamundo
como una fiera acosada
no halla solo en su jornada
un seno amigo, un hogar
donde poder reposar
la frente desesperada.

« Gaucho el mundo me ha nombrado
y me arranca de su seno
como planta de veneno
que mata al que la ha pisado;
canalla en fin me ha llamado
con toda su indignación,
y en toda la creación
con mi angustia y con mi vida
no tengo ya más cabida
que mi propio corazón.

« Solo de común me aferra
entre los séres humanos,
el hambre de los gusanos
que han de comerme en la tierra:
nada que encanta ó aterra

penetra á la soledad
de la sombría orfandad
donde mi dolor profundo
ha levantado su mundo
fuera de la humanidad.

« Con un grito de venganza
mil gauchos levantaría
y al Señor hundir podría
entre el fuego y la matanza
pero en mi labio se avanza
y se cambia en maldición;
que en la horrenda confusión
de oprimidos y opresores,
veo hombres no más, Dolores,
que me han roto el corazón!

« Porqué tu alma se llegó á la mía
si cuanto toco lo enveneno yo!
nada más que tu amor me sonreía,
ya todo lo he perdido con tu amor!

« Sí, lo he perdido — Lázaro el salvage
no puede amarte sin vergüenza tuya,
y es mucha la barrera del linage
para que un pobre gaucho la destruya.

« Y aunque tu amor tan valeroso fuera
que te arrojaras á seguir mi pié,
¿dónde ha de reposar, que no siguiera
de los señores el furor tras él!

« Guarda entónces tu alma de dolores
que llega acaso á comprender apenas;
solo puede domar sus sinsabores
quien como yo se arrastra entre cadenas.

« Guarda ese amor que brinda tu mirada
á ocultas, como goce de ladrón;
para absorver mi alma concentrada
el amor de un esclavo es poco amor.

» No — yo tengo en el fondo de mi alma
un mundo de ventura recogido,
mundo aparte del mundo, en honda calma,
que es un compendio del Eden perdido.

« Mundo de inmensa dicha que no cabe
en la tumba sin luz de una prisión,
cielo cuyo camino solo sabe
quien nace con un alma como yo.

« Mundo que no es la esfera vagarosa
donde se arroba el niño enamorado,
es el último tramo en que reposa
el corazón de un hombre que ha llorado.

« De un hombre maldecido que á la tierra
ni un lazo tiene que le junte ya,
y tierra y cielo sobre el mundo encierra
en las cuatro paredes del hogar.

« Ay! pero aquel hogar caído en ruina
encuentra hoy del hombre á la pisada,
cuando á su puerta el infeliz camina
guiando á la muger idolatrada!

« Era el último albergue de esperanza
donde llevaba á descansar su pié
y allí también le sigue la venganza;
Dios lo ha querido así: cómo ha de ser!

« No puede hacer mi dicha ni la agena,
tan implacable fué mi maldición,
y para último colmo de mi pena
soy el demonio en fin de tu dolor.

« Adios! pero perdona al gaucho rudo
que no pudo á tus ojos ser un vil,
y porque más que un hombre ser no pudo
para romper su espíritu y morir.

« Adios! — con la fortuna y los amores
te sonríe en la tierra la esperanza;
tú puedes ser felíz, tú sí, Dolores,
la maldición del mundo no te alcanza.

« Adios! — yo sé la historia de la vida,
yo sé medir la fuerza del pesar;
para cerrar los labios de tu herida
bálsamo el tiempo y el olvido dan.

« Solo — yo seguiré, que sola puede
el alma con su inmensa pesadumbre;
ni cede al llanto, ni á la furia cede;
el hombre hasta el dolor hace costumbre.

« Todo es lo mismo! — siento que al perderte
me ha vencido el dolor al idiotismo —
si, la vida, Dolores, y la muerte,
la dicha y el pesar — ¡todo es lo mismo!

« Basta! — ya sabes lo que en mi alma había,
Dolores, deja que te diga adios;
¿por qué tu alma se llegó á la mía
si cuanto toco lo enveneno yo! »

V.

Ella escuchaba la infelíz, llorando,
escuchaba hasta el fin — pobre Dolores!
y sufriendo y callando
iba al seno inclinando
la atormentada frente sin colores.

Cargada de pesar y estremecida
con el sollozo que en su pecho ahogaba,
al fondo de la vida
el alma recogida
en el dolor inmenso se abismaba.

No podía en su espíritu inocente
con el ageno y propio sufrimiento,
y con la palma ardiente
oprimía la frente
como para tener el pensamiento.

En insensato vértigo aturdido
giraba el corazón con tanta pena,
y sentía al óído
el rasgado estallido
con que la arteria reventada suena.

Y á él los ojos inmóviles alzaba
como ignorando allí que le veía;
mirándole callaba
y lloraba, lloraba
caída en su fatal melancolía.

Solo cuando ya Lázaro rompiendo
con el último adios pisó la huella,
de su dolor volviendo
tristemente siguiendo
hasta cruzar su marcha se alzó ella.

Pero aquella ansiedad que en la partida
trae la desolación del sufrimiento,
ahogó la voz sentida
y en el alma afligida
turbó la inspiración del pensamiento.

Y allí sin voz, sin fuerza ni albedrío,
con el renuevo del dolor postrada,

tendió el brazo tardío
buscando en el vacío
donde ayudar su trémula pisada.

Giró dos pasos y en sus piés perdida
se postró sobre el césped de su asiento,
esa eterna partida
mirando así, caída
en el más espantoso abatimiento.

Y él ha dicho su adios, su adios postrero
y marcha abandonado á su destino:
marcha? — no, que al sendero
salta el Roca altanero
con su turba de esclavos al camino.

Y con la voz que entre los labios traba
el creciente furor que el alma llena,
habló al gaucho que odiaba,
al que allí le esperaba
con planta firme y voluntad serena.

« Has dicho adios! — tu corazón, villano,
dá al mundo en ese adios tu despedida;
oh! no le has dicho envano,
ya estás bajo mi mano
y en el último instante de tu vida.

« Era mi hija — miserable! — piensa
cuánto debe mi alma aborrecerte;
oh! mi cólera inmensa
tan vergonzosa ofensa
puede lavar apenas con tu muerte! »

VI.

Y Lázaro sonriendo
en su reposo salvage,
iba del audáz ultrage
en calma el furor siguiendo.

Y cuando el noble cruel
cortó el insulto en el labio
hallando el último agravio
de mandar armas sobre él,

Lázaro en toda su alma
su ódio estallar sintió,
pero otra vez sonrió
volviendo á su estraña calma.

Y en Roca fijos sus ojos
de tenebrosa pupila,
respondió con voz tranquila
sin temor y sin enojos:

— « Me ves? -- tu ultrage no alcanza
á despertar mi furor;
espero á aún día mejor
para cumplir mi venganza.

« Que aunque solo es justa en mi
la razón de este ódio impío,
no sé que fatal hastío
siento hoy en matarte á tí.

« Sí, más justa es en mi vida,
tú alcanzas esa razón,
y basta! que al corazón
no quiero tocar mi herida.

« Mandas matarme! — porqué,
sinó es por aborrecerte?
porque hizo en tu hija la suerte
la muger á quien yo amé?

« Roca, — de Dios hasta tí
en mí solo hallé mi amo,
y libre aborrezco y amo
lo que amé ó aborrecí.

« Esclavo yo! — de que grey?
si alguien lo de esclavo toca
es á tí mismo, á tí, Roca,
que eres esclavo del Rey.

« Yo soy solo un hombre, — sí —
un hombre igual á cualquiera
pero á un hombre que no fuera,
Roca, semejante á tí.

« Hombre como los que ignora
tu raza de orgullo necio,
porque ninguno hace aprecio
de joya que no atesora.

« No me alcanza tu razón;
soy el hombre americano
sin más Dios ni soberano
que su propio corazón!

« Guarda entónces tus furores
que ya sabes lo que sé;
amo á esa muger que amé
aunque es tu hija Dolores.

« Guarda — no turbes la huella
que está abierta á mi camino;
repara que es el destino
quien me vá guiando por ella.

« Que aunque solo es justa en mí
la razón de este ódio impío
y no sé que estraño hastío
siento hoy en matarte á tí,

« y aunque hasta un día mejor
te guarda su ódio el salvage
adormeciendo el ultrage
la fé de estrago mayor,

« soy un hombre á otro hombre igual,
mi mano es pronta y segura,
¿no vés? —y acá en la cintura,
vá colgado mi puñal! »

VII.

A él! — gritó el Señor — al bandolero!
y atropellaron todos contra él;
pero el primero que llegó, el primero
fué que cayó de Lázaro á los piés.

Y rápido y sereno y atrevido
al medio mismo del tropel saltó,
entre la mano su puñal asido
y describiendo campo á su alredor.

Y el poncho vuelca sobre el brazo fuerte
y quita y vuelve y se revuelve y dá,
y en cada golpe de puñal, la muerte
lleva del que ha todo su puñal.

Ya entre gritos y votos y gemidos
cuatro se azotan contra el suelo allí,
sin que los más serenos y atrevidos
le logren nunca con su arrojo herir.

Y él con vista y manejo y avisado
aunque mueve entre un círculo sus piés,
hace volcar el círculo de un lado
como para saltar en su corcel

Y cerca ya, con tan tremendo brío
vuelve á esgrimir de nuevo en su furor,
que el diámetro fatal del aro impío
doble distancia de terreno abrió.

Pero el último golpe que triunfante
descarga por la ansiada libertad,
trae el conflicto del postrer instante
que vuelve al enemigo más audaz.

Y en él todos á una comprendiendo
que es muerte fija batallar así,
ya de súbito el círculo oprimiendo
juntos todos sobre él cargan por fin.

Y aunque en su propia sangre enrogecido
otro entre los cadáveres cayó,
él ya está sin puñal, débil y herido
y amarrado á un cordel como un ladrón.

Roca le vió vencido y jadeando
y cuando inerte le miró caer,
á su postrada hija abandonando
atropelló hasta Lázaro también.

También — y ante él con su furor se encara
oh! y á aquel hombre que postrado está
le cruza con su látigo la cara
que cubre honda palidez mortal.

VIII.

Ah! ni el frenético acento
de mascada maldición
que traiciona el sufrimiento
cuando el último tormento
ha caído al corazón;

ni aquella seca mirada
que salta de la pupila
con el furor arrancada
sobre el aro destacada
del párpado color lila;

ni aquel sudor de la frente
ni la palidez mortal
de ese rostro maldiciente
que cruzó tan hondamente
aquel látigo brutal;

ni de aquel seno crispado
la trémula ondulacion
que ahoga al desesperado
porque helada se ha agolpado
la sangre en el corazon;

ni el sombrío abatimiento
con que cáe el que es vencido
con doble aborrecimiento
por ser al golpe violento
del que vence aborrecido;

nada en fin de cuanto puede
mostrar que en el alma agena
la vida á la muerte cede

con un martirio que excede
la medida de la pena;

nada á los ojos de Roca
su ódio á llenar bastó,
que en cada angustia que toca
su alma implacable invoca
la afrenta que recibió;

nada, porque nada alcanza
ninguno de ellos, que acierte
á rematar su venganza:
los dos solo en la esperanza
viven de la agena muerte.

IX.

« Al virrey, al vierrey! — tal fué el mandato
con aterrante prontitud cumplido,
y á la ribera Lázaro traído
á bordo le arrojaron de un bajel;
allí con otros viles y ladrones
que el noble Roca á la justicia envía,
mandó al gaucho infelíz que aborrecía,
pasto para la espada de la ley.

Al virrey, al virrey! — Criollo y villano,
crímen para morir de sobra era,
por eso la justicia les espera
con viles horcas levantadas ya:
dos días más, su vida es su camino,
que al tocar en la tierra conquistada,
cuervos para sus ojos en bandada
nublando el cielo de su patria están.

Al virrey, al virrey! — que mientras tanto
sobre las hondas el navio avanza,
Roca, seguro ya de su venganza,
manda al olvido del pasado allí:
manda, y el ángel inocente vuelve,
ah! con sus besos de perdón la llena,
y en el palacio renovar ordena
el magnifico estruendo del festin.

CANTO TERCERO

I.

Cómo se aleja rápido
el español crucero
que lleva hasta el patíbulo
al gaucho prisionero!....
avanza! avanza! avanza!
sin rumbo de esperanza,
sin puerto de piedad.

Con el sereno ímpetu
llena la limpia vela,
es semejante al pájaro
que magestuoso vuela
á flote de la espuma
donde la blanca pluma
humedeciendo vá.

En él navega Lázaro
el Paraná salvage
bajo la eterna bóveda
de fúnebre ramage
con que unen las ríberas
las místias cabelleras
del sauce secular.

Oh! quien cruzó esas márgenes
sin lastre de cadena,
perdonará esa lágrima
que la pupila llena,
allí donde murmura
la más tranquila y pura
aurea de libertad.

Allí donde su espíritu
sintió elevarse al cielo
tras de la mente espléndida
que sobre el patrio suelo
para mostrarse quiso
de nuevo el paraíso
de la creación alzar:

y allí cayó esa lágrima,
porque al juntar las manos
las encontró entre cárceles
de hierros inhumanos,
y se miró en la tierra
que para él no encierra
ni una esperanza ya!

Entónces en el vértigo
de su dolor profundo
bajó la frente lóbrega
dando un adios al mundo;
adios que á su esperanza,
adios que á su venganza
gimió su libertad.

Y tras la borda húmeda
del español crucero,
postró su cuerpo exánime
el gaucho prisionero,
más que al de sus cadenas
al peso de sus penas
vencida el alma ya!

II.

El dormía — soñaba
que era una tarde bella
y los campos sin término corría
sobre el potro frenético que amaba:
de súbita una huella
que sin fin se tendía
se abrió, cercada de árboles y flores,
y era el mismo camino
donde al bajar el astro vespertino
hallaba tarde á tarde á su Dolores.
Ah! su potro demente
la furia estraña á su pesar doblando,
iba, como fantasma pavoroso,
bajo sus piés la huella devorando:
él sentía en su frente
la ráfaga del viento proceloso
dividirse rugiendo,
y allí donde en la senda
el banco de céspedes tocaba,
en su ansiedad sintiendo
que su *bagual* la rapidez doblaba,
bajó su mano á rescatar la rienda:

y oh! ¿qué poder sublime
juntó á su corazón aquella prenda,
esa prenda que adora,
si al corazón la oprime
y la siente y la vé tan solo ahora!

Ella, Dolores, cielo!
contra su propio seno se abrazaba
y él con salvage anhelo
oprimida en sus brazos la miraba:
— « Sálvame, vida mía,
sálvame » — le decía; —
y él, lleno el corazón de afan profundo,
— « sí, no llores, no llores,
nadié de aquí, Dolores,
« alcanza á arrebatarte sobre el mundo! »
Y sin piedad entónces ni cautela,
mientras más á su seno la apretaba,
hundiendo en el hijar toda la espuela
por la senda fantástica volaba!

. . . . . .

El soñaba y dormía,
pero el dolor interrumpió su sueño
al sentir que una mano con empeño
sus pesadas cadenas removía;
y con un rayo de furor mirando
al que osaba colmar su desventura,
echó la mano atrás y á la cintura
su daga ausente con afan buscando;
y al encontrarse inerme y prisionero,
con salvage y magnifica tristeza
alzó los ojos, contempló un lucero
y abatió sobre el pecho su cabeza.
Pero de pronto levantó la frente
ya tranquila y serena
y habló así como un gaucho y un valiente
al que vino á tocar á su cadena:

— « Mire amigo, que el Señor
no está devalde en el cielo;
voy á pedirle un consuelo
despéneme, por favor! »

« — Cállese, por caridad! ... »
respondió el otro enseguida:
« vengo á ofrecerle la vida
« y á darle la libertad.

« Somos diez de corazón
que vá cuarteando la muerte:
morir por morir, la suerte
se nos brinda en la ocasión.

« Si usted es hombre de agalla
como su fama lo menta,
pegue el grito, y á la cuenta
nos vá á ver esta canalla.

« No hay ni para comenzar
con toda esta gallegada:
como á tropa de carneada
los vamos á acuchillar!

« Después, á sitio certero
llevaremos el navío;
yo sé las vueltas del río
porque soy del Baradero.

« Allá no más llego á ver
tras de aquel monte un islote
donde á son de camalote
nos podemos guarecer.

« Diga si es de corazón
para mandar esta buena:
ya le alivié la cadena;
tome guarde ese facón »

. . . . . .

Lázaro alzó la mirada
y registró á aquel paisano
hasta el más oculto arcano
de su conciencia velada.

Y viendo sobre su frente
aquella serena calma
que se refleja del alma
cuando el corazón no miente,

« — el que quede ha de contar,
(dijo,) si soy hombre, amigo:
pero oiga lo que le digo:
ni uno solo ha de escapar.

« No se trata de esperaza
de libertad ni de vida:
no tengo en mi alma cabida
sino para la venganza.

« No la venganza vulgar
que un resentimiento encierra:
la venganza de la tierra!
de la patria y del hogar!

« Siento acá en mi corazón
yo no sé que rabia santa;
creo que me lo levanta
un grito de la Nación!...

III

Espectáculo horrible
es siempre de un combate el cuadro impío,
ah! pero es más sangriento y más terrible
sobre las escotillas de un navío.

Allí es golpe de muerte
todo golpe que postra ó embaraza,
igual es el herido y el inerte
y al muerto y al herido
los arrojan al mar — para hacer plaza:
allí no hay el refugio de la huida,
ni sirven estrategias de combate;
es cada cual el gefe y el soldado,
mata ó muere callado
y sabiendo se bate
que alcanza la victoria el que más mate.
Allí se vé relampaguear el brillo
del hacha y del cuchillo;
la mecha, nada más, arma es de fuego,
y ay! si su luz ardiente
en el último instante se difunde,
porque es envano del cobarde el ruego,
cuando en la Santa Bárbara la hunde
la desesperación de algún valiente.
Oh! y así batallaban
esos que ayer ceñía una cadena,
y hoy entre un mar de sangre la arrastraban
pero de sangre agena.

Guardas y marineros
en círculo imprudente
á la ansiedad del naipe abandonados,
solo vieron llegar los prisioneros
cuando entraban allí, como un torrente,
por el terrible Lázaro guiados.
La desesperación de la sorpresa
comenzó la derrota,
al verse todos de la muerte presa;
y con golpe funesto
que la aterrada súplica no embota,
hizo el puñal el resto.
Los demás que esparcidos

acá y allá sobre cubierta estaban
y en reposo velaban,
con sus armas se alzaron
al fragor del combate sorprendidos;
y aunque ya menos — si llamarse menos
puede un número igual — de furia llenos
cual ola contra ola se estrellaron:
y era tarde; — su gloria
fué solo perecer y en más impía
y más horrenda lucha, al que vencía
dilatar el laurel de la victoria,
Tarde; — los otros su puñal alzaban
como incansables máquinas de muerte;
vencer ó sucumbir igual les era
solo con tal que fuera
despues de ver inerte
muerto caer al último que odiaban;
era mucha su sed, de sangre mucha
y á matar por matar se atropellaban:
Oh! cuando así se lucha
no es el triunfo tardío;
en la mano reposa
bien pronto el arma ociosa,
dueño de la victoria el más impío! —

IV.

El combate concluyó
con el último estrangero,
y ni un solo marinero
á la matanza escapó.

Los cuerpos despedazados,
rojos de sangre caliente,
fueron entre la corriente
por las aguas dispersados.

Entónces Lázaro allí
alzó su frente serena
y con voz de calma llena
habló á sus hombres así,

« — La estrella de nuestra suerte
no ha cambiado de rigor
por más que nuestro valor
hoy nos salva de la muerte.

« ¿Adónde podremos ir
bajo la luz de este sol
sin que el tirano español
no nos llegue á perseguir!

« En este día maldito.
su autoridad soberana
nos priva de ley humana
y nos consagra al delito.

« Pues sigamos la partida
donde su crueldad nos lanza
y hagamos por la venganza
lo que hicimos por la vida.

« La suerte está ya tirada;
adelante, y hasta el fin!
caigamos en el festín
como tigres en majada.

« Y como primer laurel
de este combate primero,
les brindo el palacio entero
con todo lo que hay en él.

Con todo —salvo el primor
que es prenda de mi caudal;—
Roca para mi puñal,
Dolores para mi amor.

Guerra á muerte y sin piedad!
en ella está nuestra suerte.
Solo buscando la muerte.
se encuentra la libertad!

V.

Con un clamor impío
la venganza de Lázaro aplaudieron
dando rumbo al navío,
y en la más honda reflexión cayeron.—
Oh! cada cual entónces apartaba
allá en su fantasía,
la prenda más lujosa,
la muger más hermosa,
y en su insensato afan no se olvidaba
de aquel Señor que mas aborrecía.

El hombre es una fiera
como el tigre salvage;
mata la vez primera
por rechazar el golpe ó el ultrage;
ah! pero al fin después cuando ha aspirado
el vapor de la sangre que le embriaga,
es el tigre cebado
que mata por placer — sin que al sangriento
flojo labio sediento
el manantial más hondo satisfaga!

VI.

Llena con el fragor de la alegría
está de Roca la morada bella,
porque el festín que ha renovado en ella
acaba solo con la luz del día.

Pero ya en la ribera silenciosa
la ensangrentada nave se azotó
y Lázaro y su turba pavorosa
corren como una plaga en derredor.

Eternamente como ayer mañana,
al lado del placer y del contento
la desesperación y el sufrimiento:
este es el cuadro de la vida humana.

Sí, que llenos de sangre y de venganza
pisaban ellos sobre el suelo allí,
donde el vaiven de la incesante danza
redoblaba el estruendo del festín.

Donde la inquieta luz de la bugía
y el pacífico rayo de la luna
no herían, al caer, frente ninguna
que no resplandeciese de alegría.

Ninguna? — no, que la infelíz Dolores
tenía desmayado el corazón,
que al golpe de tan hondos sinsabores
trastornarse su espíritu sintió.

Y huyendo al corredor más silencioso
respiraba la atmósfera serena,
sin que hasta el alma de martirios llena
descendiese la noche su reposo.

Una fiebre mortal, devoradora,
la palpitaba en torno de la sien,
fuego de intensa llama abrasadora
que consumía el pensamiento en él.

Y así, ya casi la razón perdida,
sobre un asiento se arrojó llorando,
lágrimas de dolor que iban brotando
por las puntadas ay! de agena herida.

Por él — que entonces cual rabiosa hiena
derramando el espanto en el festín,
lleno de propia sangre y sangre agena
atropellaba con su turba allí.

Ella, transida de terror y angustia,
vió alzarse su puñal sobre el primero
que más audáz llegando al bandolero
rota dejó á sus piés la frente mústia.

Oh! y esa frente tan altiva y fiera
que ha partido de Lázaro el puñal,
la frente misma de su padre era
allí postrada para siempre yá!

Ella le vió caer — el sufrimiento
llenó con este golpe la medida
y ella cayó también desvanecida
arrancando el más íntimo lamento.

Bastaba en fin — despertará mañana
lejos ya del alcance del dolor,
ay! porque aquella angustia más que humana
la había confundido la razón!

Y él, que otra vez en su furor sangriento
levantaba su brazo enfurecido,
al horrible clamor de aquel lamento
soltó el puñal, como del rayo herido.

Porque aquel eco de tan honda pena
se enterró entre su alma al respirar,
y con su inmenso amor el alma llena
serenó la sombría tempestad.

Y al rumbo de la voz rompe su planta,
como una exhalación en su caída,
llega á aquella muger desfallecida
y en sus robustos brazos la levanta.

Y allí solo con ella y olvidando
los que al saqueo y la matanza guió,
la senda de la playa vá pisando
del espantoso incendio al resplendor.

Oh! de esa hoguera que en volcán convierte
aquel castillo que á las llamas dieron
cuando ya harta en su impiedad sintieron
la sed de la codicia y de la muerte.

VII.

Y dan rumbo á la isla salvadora
con el primer crepúsculo del día;
pero en la nave ahora
no vá aquella quietud aterradora
ni aquel silencio horrible que traía.

El cantar y el reir de los bandidos,
de las cautivas el doliente llanto
á la vez confundidos,
retumban en las playas repetidos
como un coro infernal de inícuo canto.

Y él, sombrío Lázaro, no siente
lo que él tan sólo á contener alcanza;
oh! su alma hondamente
gusta, reconcentrada en el presente,
el fruto del amor y la venganza.

Y allí sobre la popa reclínado,
contra su corazón oprime y cierra
aquel ser adorado
en quien su alma lóbrega ha cifrado
la última esperanza de la tierra.

Sus ojos sobre pálido semblante
con intensa ansiedad la vida espían,
y otra vez un instante
contemplan el incendio devorante,
y otra vez sobre el rostro se desvían.

Oh! para siempre—pero al fin vengado,
se aleja, pero al fin correspondido,
de aquel suelo arrasado
donde con toda el alma había amado,
con todo el corazón aborrecido!

CANTO CUARTO

I.

Plácida y sin dolor corre la vida
en el hogar de la amistad pasada,
aún para esa banda foragida
en su salvage isla refugiada.

Plácida y sin dolor! — el alma mora
un mundo aparte de la tierra allí
y arrojando su máscara traidora
se abre á la noble intimidad sin fin.

Oh! nunca en ella la mirada agena
toca que no derrame simpatía
en su sombrío crímen y en su pena
ó en su pura virtud y en su alegría.

Y aquellos hombres cuyo impío seno
no abriga compasión de los demás,
le sienten para sí piadoso y lleno
con la sincera fé de la amistad.

Ellos se aman — la igualdad de suerte,
de peligro y fortuna y esperanza,
ató en su corazón lazo tan fuerte
que su puñal á dividirlo no alcanza.

Se aman — y en la lucha se sonríen
diciéndose palabras de valor,
en el reparto de las presas ríen
y amigos fieles en el ocio son.

Ellos se saben sin cuartel buscados,
más del aviso allí ninguno cuida,
que aunque están todos á morir llamados,
es pensar en morir roer la vida.

Sorpréndales la muerte en el contento
— ellos apuran la alegría en él —
y luego de morir vendrá el momento,
que es el momento de matar también.

Oh! más por eso en su prision salvage
el cobarde temor no les sugeta,
y hacen la vida allí del vandalage,
como las olas de la mar inquieta.

Que ora sobre la isla guarecidos,
ora bogando al rumbo más feliz,
ó reparten la presa los bandidos
ó persiguen el rastro del botín.

Y así, partiendo entre el amor su vida,
la amistad y el peligro y el reposo,
truecan aquella cárcel escondida
en su risueño paraíso hermoso.

Allí no dan asilo entre su mente
al tiempo que vendrá ni al que pasó:
lleno con la alegría del presente
rebosa su aturdido corazón!

II.

Hoy en la tarde serena
la turba impía descansa
sobre el cesped florido
de la alfombra de esmeralda.

Ayer su frente encendia
el furor de la batalla,
y hoy la brisa pasagera
le lleva fresco en sus álas.

Ellos, en círculo todos
á la sombra de las ramas,
con misterioso deleite
tienen arrullada el alma,

Escuchando al payador
que tristes décimas canta
con melancólico acento
y al compás de la guitarra.

Décima que trae recuerdo
de aquella perdida pampa
donde el frenético potro
también ellos gobernaban;

porque es un cuento de amores
en que un gaucho de su patria
iba á las sierras huyendo
con la muger adorada

Oh! muy triste es esa historia
que así el corazón ablanda
de aquellos que hacen la vida
del saqueo y la matanza,

pero no hay alma insensible
al recuerdo de la patria,
cuando el pié tan solo cubre
el polvo de tierra estraña!

Y él, en fin, Lázaro, dónde
de allí tan lejos se aparta
que no llegan á su oído
las voces de la guitarra?

La décima entristecida
ya no deleita su alma,
esta pasión en el gaucho
más fuerte que la venganza?

No!—su espíritu oscurece
la sombra de la desgracia,
de un pesar que sobre el mundo
ya nada á engañar alcanza!

Y él no parte los placeres
en que se aturde su banda,
y ellos que saben su pena
ni le brindan ni le estrañan.

Solo divide con ellos
el día de la batalla,
cuando es difícil la presa
que la victoria retarda.

Vénle entónces complacidos
que en raro encono se ensaña
atropellar el primero
sobre la nave que asaltan,

y enfurecido cruzando
la carabina á la espalda
alzar con gritos de muerte
aquella terible daga,

aquel puñal que al vencido
jamás un golpe descarga,
pero que postra al más bravo
con solo un golpe á sus plantas.

¿Porqué luego de la presa
su mejor porción no aparta
y el brindis de la victoria
él no gusta que la alcanza?

Qué horrible furor le absorbe,
que sin codicia en el alma
á lo más duro se arroja
de la implacable matanza?

Oh! de su pena terrible
á sus secuaces no habla,
y ojalá que aquel infierno
con silencio se ocultara,

pero á los ojos de todos
es patente la desgracia
que entre el ódio y el amor
tiene partida su alma!

Siempre, en el ocio, se pierde
en la selva más poblada,
cual hoy que sus compañeros
con sus placeres se embriagan,

y allí las horas. los días
que nadie á turbar se avanza,
vive, hundido entre los bosques
como una fiera acosada.

Allí está! — mudo y sombrío
sobre la raíz descansa
del ombú que nubla el cielo
bajo el manto de sus ramas;

apoya en su carabina
la mano que hunde en las barbas
y oculta tiene en los rizos
la frente desesperada.

Oh! — no duerme — de sus ojos
el rayo intenso descansa
sobre otros ojos que anublan
los cristales de una lágrima!

III.

Ella, como la sombra de su amante,
vá siempre la infeliz tras su pisada,
buscando eternamente su semblante
con aquella fatídica mirada!

Mirada de recóndita amargura
que alumbra una sonrisa de contento,
como sarcasmo atroz de la locura
que turbó en aquella alma el pensamiento.

Ay! ella ignora que de amor vencido
sigue sin tregua á Lázaro su pié,
no sabe que es su Lázaro querido
y le pregunta sin cesar por él.

No conoce la voz que está escuchando
ni atina á las palabras de su amor,
y pregunta otra vez, y huye llorando
porque le dice á él que él le mató.

Y otra vez vuelve y á su pié se sienta
con la sonrisa sobre el labio ahora,
la historia triste de su amor le cuenta,
soñando aún que en su palacio mora.

Y acaso á él como á su padre llama,
y le aparta los rizos del semblante;
y acaso le repite que le ama
por ser con su querido semejante.

Y de nuevo por Lázaro pregunta
cayendo en la más íntima ansiedad,
y alza los ojos y las manos junta
y rompe, de rodillas, á llorar.

O teniendo de súbito su llanto,
corre y arranca la silvestre flor,
y torna á él con infantil encanto
y la anuda en los rizos que apartó.

Ella así, vagorosa y delirante,
entre la espuma de su tul vestida,
parece al caminar, estrella errante
que no apagó su lumbre en su caída.

Eterno girasol de su mirada,
no se aparta de Lázaro un momento;
siempre con él siguiendo su pisada
vá como su inmortal remordimiento

Ah! todo así — pero aterrada cuida
que ni á sus ropas él la toque allí,
porque entónces se aleja estremecida
sin quitarle sus ojos la infeliz.

Ojos que le reflejaban hondamente
de su espíritu el pánico terror;
pero él solo una vez besó su frente,
que aquel estrago de sus labios vió.

Más desde entónces ay! su ojos bellos
están con la vigilia empedernidos,
porque no duermen ni se inquietan ellos
en las violadas órbitas hundidos.

Insomnio eterno que á postrar su vida
ayuda con la fiebre á la locura,
por la plaga de sobra consumida
de aquella irremiable desventura.

No duerme ya, pero las noches vela
sentada de su Lázaro á los piés,
cuando más fuerte en fin que su cautela
el sueño bienhechor le vence á él.

No se sonríe entónces y no llora
ni le acaricia, ni habla de su amor;
solo con la mirada le devora
de aquellos ojos que el pesar hundió.

Así, como la rosa del camino
donde el fuego del sol mata sus flores,
el azote cruél de su destino
vá marchitando la infeliz Dolores.

Ay! vanos son razones y consuelos
cuando es vano el amor que al amor calma:
nada puede arrancar los dos flagelos
que comen de su cuerpo y de su alma.

Lázaro la contemplaba día á día,
ay! para siempre ya morir la vé,
disputando su fuerza la agonía
que no puede arrancar sus ojos de él.

La vé morir, y desmayado él mismo
con el último golpe del pesar
siente que encaminada al idiotismo
su alma á paso de gigante vá.

Ella no siente al fin vigor bastante
para seguir de Lázaro la huella
oh! pero sin cesar llama á su amante
porque es ahora él la sombra de ella.

Y busca conmovido y diligente
la más lozana selva florida,
donde la brisa de mejor ambiente
pueda alentar á la infeliz la vida.

Y todo en vano en fin; que bajo el cielo
consuelo no hay que calme su pesar,
ay! aunque ese tesoro de consuelo
entre sus almas palpitando está.

Bajo la selva fiel que les abriga
corre el tiempo mortal para los dos,
carcomiendo sus almas que fatiga
la desesperación de igual dolor.

IV.

Una tarde en fin, sentía
que ya la muerte la ahogaba,
cual la noche que apagaba
la luz última del día.

Él inmóvil y abismado
en su salvage dolor
á aquel ángel de su amor
velaba, insomne á su lado.

Le vió ella y sonriendo
con tristísima dulzura,
á él la mano insegura
tendió su mano pidiendo.

La llevó en su ardiente palma
hasta el seno comprimida,
y le habló con voz traída
de lo más hondo del alma.

— « No sé qué fuerza íntima
de incombatible empeño,
viene á cerrar mis párpados
con misterioso sueño;
y el alma se me parte,
que no podré mirarte
cuando dormida esté!
« Siento una flébil música
que el corazón me encanta,
como la voz de Lázaro
cuando sus trovas canta:
en su honda estremecida
mi alma suspendida
quiere volar también!

« Ay! si me tienes lástima
no duermas vida mía,
porque este sueño insólito
no acabará en el día;
no sé qué voz me advierte
que acaso no despierte
por una eternidad!
« No duermas! — quieres? — vélame

sentado aquí, mi amigo,
como en la noche lóbrega
velaba yo contigo:
me ves? — estoy llorando
en el horror pensando
de tanta soledad!

« Enjúgame esta lágrima
por que mi vista ofusca;
no sé — su rayo trémulo
en vano ya te busca
perdido entre la densa
fúnebre sombra inmensa
que cae á mi alredor!
» No estás? ... ah! si! — buscábate
y aquí tu mano estrecho!
oprime! — que mi espíritu
se arranca de mi pecho:
no siento en mí ya el alma:
que oscuridad! qué calma!
Lázaro! ... ay! ... adios!! » —

Nada más! — estremecida.
la mano en el seno hundió
y un suspiro la arrancó
su último soplo de vida.

Aquel lamento profundo
llevó su espíritu al cielo·
alma que en tan hondo duelo
había abismado el mundo!

El miraba allí! — miraba
aquel semblante ya inerte
donde el dolor de la muerte
tan honda ansiedad dejaba.

Miraba petrificado
en la pena que le embota,
miraba como un idiota
allí inmóvil á su lado;

sin arrancar en su duelo
de aquella mano tan fría
la mano que le oprimía
como un grillete de hielo.

Oh! qué espera entónces ya
en esa mansión de muerte,
si allí para siempre inerte
su sola esperanza está?

Qué espera? — nada — y qué espera
tampoco fuera de allí?
— nada también! — porqué así
no ha de estar de esa manera?

Para él, ya iguales son
la muerte como la vida,
despues que la última herida
le ha rasgado el corazón.

Cualquier pedazo de tierra
le es igual á su pisada;
si allí no hay nada — ya nada
toda la restante encierra.

Y si no hay razón á fé
que lo que ha sido deshaga,
tampoco hay fuerza que haga
arrancar de allí su pié.

Un sol y otro sol pasaron
desde la noche fatal,
y allí inmóvil y allí igual
siempre á Lázaro encontraron.

Pero al fin su banda fiel
con la ausencia sorprendida,
pisó la selva tupida
resuelta á llegar á él.

Oh! le amaban!—su pesar
conmovió sus corazones,
y con amigas razones
le lograron apartar.

Y haciendo brazo piadoso
del brazo que dá la muerte,
á aquel bello cuerpo inerte
dieron en tierra reposo.

V.

Ay! para siempre la infelíz Dolores
duerme bajo la tierra funeraria:
allí marca su tumba entre las flores
la cruz que se levanta solitaria.

Flores que nadie de la rama inerme
corta jamás con mano inadvertida,
porque los restos ay! de la que duerme
son los que alientan su inocente vida.

Y en bóveda caídos, la ribera
con su ramage lánguido decoran
sauces de destrenzada cabellera
que en el sepulcro reclinados lloran.

Oh! muchas veces á la sombra de ellos
Lázaro se refugia tristemente,
cuando con sus más débiles destellos
vá declinando el sol al occidente.

Allí, sentado allí sin movimiento,
fija sobre el sepulcro la mirada,
como abismado al hondo pensamiento
de su lóbrega frente atormentada.

No habla, no se mueve, no se azora,
él mira, nada más — mira sombrío;
la salvage ansiedad que le devora
parece que anonada su albedrío.

Luego, cuando el crepúsculo ya espira,
se aleja de la fúnebre espesura
y por las huellas solitarias gira
como un fantasma de la noche oscura.

Oh! siempre así — que en su dolor alienta —
y al fin si al menos su ansiedad no calma,
su desesperación ya no se aumenta ...
porque no cabe más dentro del alma!

VI.

En tanto allí la banda foragida
por mar y tierra asola
con su terrible estrago la comarca;
no hay una nave sola
que no pague tributo á la partida;
el paso del canal es su guarida
y desde el Plata al Paraguay abarca.

Ellos viven dichosos
en su insensata libertad salvage,
ricos y poderosos
sin ley ni pesadumbre;

la vida del saqueo
pueden abandonar y el vandalage,
no es fuerza, no es deseo,
pero roban y matan — por costumbre.

Ah! pero la alegría ó la riqueza
que compra el miserable
con sangre agena y con ageno llanto,
suele no ser durable,
y antes á veces de gustar su encanto
en llanto y sangre á convertirse empieza:
ellos gozan, y en tanto
escatima el verdugo su cabeza.

El virrey orgulloso
sabe de su guarida y sus horrores
cuando sopla el espanto en sus oídos;
ya los buques mejores
y el jefe más famoso
están á su palabra prevenidos;
la formidable flota
desprende ya sus anclas de la arena
y en la noche serena
á la guarida en fin sus cascos bota.

El juró por Santiago
volar aquel peñón de bandoleros,
y á sus bravos guerreros
habla de horrendo y de implacable estrago.
Nada quede con vida!
él mismo así lo manda —
oh! sobre todo, la primer herida
al formidable jefe de la banda.

VII.

Una vela! otra más! — Los bandoleros
las ven y el grito de su alerta lanzan;
ya desprenden los botes más remeros
y en ellos juntos de tropel se avanzan.

Bogan sin reposar — « es presa, es presa! » —
con agitada voz claman en coro;
« rumbo y al abordage: á priesa, á priesa!
« son naves del Virrey cargadas de oro! »

Y les ofusca tanto la codicia,
que ni un presentimiento les advierte;
pero carga de oro su avaricia
las naves que el virrey cargó de muerte!

Muy cerca están — qué súbita tormenta
mancha con nubes el cristal sereno?
es esa luz el rayo que revienta?
ese fragor es el fragor del trueno?

Ah! son cañones del virrey! — bramando,
fuego y metralla al abordar bomitan
y las audaces lanchas enfilando
barren sin compasión y precipitan.

Una sola libró, la más pesada,
que aunque velóz y poderosa era,
para llevar los últimos dejada
esperó mayor tiempo en la ribera.

Ah! cómo en toda su verdad pesaron
aquel revés terrible de fortuna
y rotos y perdidos se encontraron
sin esperanza de vencer, ninguna!

Y aunque allí cada uno era un valiente
y de tentar morir hacía alarde,
allí rumbo volvió, volvió la frente
como hace en las batallas el cobarde.

Volvieron ay! — pero al volver, jurando
dar muralla de pecho á su guarida,
y en los tupidos bosques batallando
con estrago mayor vender la vida.

Y bajo el humo del cañón que impera,
burlando la metralla de la flota
tocan por fin, saltando á su ribera
en esa confusión de la derrota!

VIII.

Y Lázaro? — cosa estraña!
solo en la isla quedando
no quiso tomar el mando
en aquella última hazaña.

Al marchar les habló así:
— « id, lo que es yo, yo me quedo!
« quien piense que abrigo miedo
« venga á decírmelo á mí.

« que si alguno á trance tal
« osa arrojar su demencia,
« le hará mudar de creencia
« la punta de mi puñal.

« Sobra con vuestro corage
« para el triunfo — ved, que quiero
« que mande aquel que primero
« pise un puente al abordaje.

« Si mala seña se advierte,
« que vuele un aviso aquí:
« muy cerca están, yo iré allí
« para hacer cambiar la suerte! »

Y queda en su desconsuelo
como siempre, al caer el día
bajo la rama sombría
del sauce que toca al suelo;

la barba en el arcabuz
sobre la mano apoyada,
y aquella honda mirada
en la solitaria cruz.

Allí para él el mundo
sintió del alma borrado,
en el dolor abismado
de su martirio profundo.

Ni el rugido del cañón
llegó á despestar su oído,
tan hondamente absorbido
estaba su corazón.

Oh! no piensa en ellos mas!
al que lanzado á un abismo
no le importa de sí mismo,
qué le importan los demás!

IX.

Ay! como vivos despojos
del estrago de la flota,
los que huyeron en derrota
miró de pronto á sus ojos.

El primero se avanzó
con paso postrado y lento
y en su conmovido acento
estas palabras habló:

—« Lázaro, tu lo has mandado,
« traemos parte, ya ves;
« ah! pero somos los tres
« los únicos que han salvado!

« Que importa la descripción!
« los demás han perecido;
« lanchas y todo ha barrido
« la metralla del cañón!

« Las naves que tan apriesa
« entrar al canal miramos
« y que en mala hora soñamos
« la más magnífica presa,

« son una flota atrevida
« de invencible intrepidez
« que avanza en fin de esta vez
« á volar nuestra guarida.

« Hemos huído al enemigo,
« porque luchando mejor
« y entre un estrago mayor
« queremos morir contigo.

« Basta! —la tarde es oscura,
« la lucha al valor dá creces
« y vale un hombre diez veces
« batallando en la espesura »

Y en verdad tiempo ya era,
que en torno á la isla salvage
las lanchas del abordage
tocaban á la ribera.

Tiempo ya, que reventaban
algunos tiros certeros
que al grupo de bandoleros
por las voces asestaban.

Y una bala de arcabuz
por medio de ellos silbando
atravesó, derribando
sobre el sepulcro la cruz.

X.

Cuando el angustia que el alma llena
ni alivio busca ni encuentra ya,
sin que el exceso de tanta pena
halle un imbécil al despertar;

oh! cómo vuelve cansado y frío
para su ódio para su amor,
la mano lánguida conque el hastío
oprime entónces el corazón!

En desmayada quietud sombría
la carne postra y en languidez,
y acaso el alma la fuerza ansía
que en los instintos pese también.

Venga la vida, venga la muerte,
que igual fortuna promete allí,
con tal que aquella quietud inerte
tras de su ráfaga no agite al fin.

Es que la tierra llama á la tierra
cuando este barro del corazón
carcome el lazo con que la aferra
fuera del centro su ódio ó su amor.

Así ya Lázaro, que le aniquila
siente una estraña fuerza tenaz,
y en esa inmóvil quietud tranquila
tan fija muerte soñó esperar.

Oh! pero y ellos? — jamás, no puede
sinó entre bravos morir tambien!
y aunque á su peso su alma cede
se alza y les guía con firme pié.

Mas no es ya entonces aquel salvage
Lázaro intrépido, vivo y feroz,
que en los horrores del abordage
llevaba el triunfo donde pisó.

Es del hastío la sombra ahóra;
como una máquina siguiendo vá,
porque en la angustia que le devora
le es á la vida la muerte igual!

XI.

Ay! la lumbre del dia
antes sobre la isla tremolaba,
su cielo embellecia
y en ella despertaba
el inquieto rumor de la alegria.

Hoy, su horizonte dora
con el primer color que el alba vierte,
ah! pero solo ahora
la quietud de la muerte
bajo los sauces agoviados mora.

La noche y la batalla
disipa el sol, y en el mortal sosiego
no silba la metralla
ni rompe el aire el fuego:
cuando el soldado cae, el arma calla.

Y ellos, todos cayeron
vencidos por el número de esclavos
que cual niebla crecieron;
pero libres y bravos
muertos y no rendidos sucumbieron.

Ruda fué la pelea;
la isla de cadáveres poblada
con roja sangre humea
y á balazos rasgada
la costra de los árboles blanquea.

XII.

Más él, donde ha caído
que nadie en torno su cadáver halla?
Es estraño! — no ha huído,
pues su voz se ha sentido
hasta el último instante en la batalla.

Pero ya cuando en ella
las armas con el triunfo enmudecían,
del fondo de una huella
tras de la selva aquella
las balas más mortíferas partían.

Tal vez el bandolero
era, que en retirada descargando
disparo tan certero,

por oculto sendero
iba refugio ó salvación buscando.

De ribera á ribera
rastrearon palmo á palmo la guarida;
oh! todo inútil era
sin que Lázaro fuera
presentado al virrey, muerto ó con vida.

Y en vano su pisada
escatimó á su rumbo el más ladino;
ni en la yerba marcada
ni con sangre regada
pudo ser descubierta en el camino.

En vano?—no, de cierto,
no ignoran que buscarle inútil sea
entre su hogar desierto:
no; ni herido ni muerto;
Lázaro no ha caído en la pelea.

Allá en lo más distante,
donde se alza una cruz en la colina,
como seña bastante
caliente y humeante
hallaron su terrible carabina.

y esa cruz que arrancada
fué por el plomo que silvó primero,
allí de nuevo alzada
dejó en la tumba helada
como última caricia el bandolero.

Era él—un soldado
de guarda en el más próximo navío
vió un hombre que arrojado
iba salvando á nado
sobre las ondas el canal del río.

Al través del ramaje
le vió saltar despues en campo abierto
con pasmoso corage
sobre un potro salvage
que se perdió, bramando, en el desierto.

XIII.

Las espantosas plagas de la tierra
el hombre todas á burlar alcanza;
un paso más sobre la tierra avanza
y un paso lejos de la muerte vá:
ay! pero aquel pesar de los pesares
que se esconde en el alma estremecida!
quién puede sacudirle de la vida,
si en cada soplo de la vida está!

Nadie logra arrancarse de su alma
sino con el poder de la demencia;
la memoria, el sentido y la conciencia,
Lázaro, todo eso es tu dolor!
Dónde irás, infeliz, que no te siga
el salvage pesar que te enloquece?
la sombra de los piés se desvanece
ay! pero ella, la del alma, no!

La Magdalena

(Fragmento de un Poema)

. . . . . .

X.

Tentación

Ella leyó aquel libro desolado
donde el alma afligida
del poeta inspirado
lloraba las tristezas de la vida.
Ella siguió con íntima congoja
aquel Calvario de dolor tremendo,
le siguió hasta la Cruz y fué vertiendo
una gota de llanto en cada hoja.

Allí aprendió su espíritu inocente
todo el dolor que en la existencia prueba
la miserable juventud que lleva
la sombra del pesar sobre la frente.
Ella leyó aquel libro que agitaba
su corazón que al escuchar gemía;
en el pesar ageno penetraba
y su amargura sin querer partía.

Qué triste es! — esclamaba —
y otra vez sollozando la leía.

Así su alma inquieta,
vagando en el dolor y el idealismo,
templó sus fibras al acorde mismo
del alma del poeta.
Ah! su mirada bella
no alumbró más su labio sonriente
no buscó ya en la franja del oriente
la más hermosa estrella
que iluminaba el cielo
cuando su vida de esperanza llena
no escuchaba la voz del desconsuelo
con que canta su duelo
el galeote amarrado á su cadena!

Su sueño era agitado
por estrañas y lúgubres visiones
que turbaban su calma,
y un éco doloroso y desolado
que arrullaba su alma
con cantos de perdidas ilusiones!

Su espíritu caía
á su pesar en fúnebre quimera,
sin que la luz de su razón supiera
porqué aquella ansiedad le oscurecía.
Así á su corazón entró el veneno
que la sed inocente
bebe en esta corriente,
la onda amarga del dolor ageno!
Así aquel bello corazón amante, —
en la horfandad de la ilusión dormido,
recorrió en un instante
en la onda de un gemido,
la compasión profunda

por la desgracia agena
y la estraña y secreta simpatía
con que el amor inunda
el alma angelical que sonreía,
y de ensueños tristísimos la llena.

Su alma soñadora
buscó la soledad y el aislamiento,
el silencio profundo,
el rayar de la aurora
el tachonado azul del firmamento,
el espacio sin valla,
el desierto del mundo,
estas cosas de Dios con que la vida
cicatriza la herida
que postra el corazón en la batalla.

Todo está allí. Todo lo concentró ella.
Su mirada elocuente
en el rayo doliente
con que nos mira sin cesar la estrella.
Su acento varonil y melodioso
que en la palabra su caricia encierra,
en el éco del viento quejumbroso,
en el lamento de la mar distante
que con su voz gigante
gime sobre las playas de la tierra.

Todo lo encontró allí: — la imágen vaga
del ideal divino
a quién la luz crepuscular dá aliento
cuando el eterno sol su rayo apaga
y el astro vespertino
abre como una flor del firmamento

Y con dulce sonrisa
seguía aquel fantasma de oraciones

que el alma sola sin mirar divisa
y lumbran las primeras ilusiones.
Oh! cuántas veces al cruzar la brisa
que dejaba en su oído
un rumor entre cántico y lamento,
comprimió el corazón estremecido
y dijo: — este es su acento!

Todo era él! La vaga perspectiva
del lejano paisage:
la música del ála fugitiva;
la ondulación del lánguido follaje;
la espina de la rama
que á las ropas se adhiere
y que parece que algo decir quiere
y que nos toca y al pasar nos llama!
Todo era él! El rayo del lucero
que entre los ojos que le ven se esconde;
el éco lastimero
que al suspiro responde;
la confusa silueta
del árbol que se asoma y que se inclina;
todo aquello de Dios era el poeta;
todo era él en su ilusión divina.
Todo era él! El alma saturada
de su ideal alagueño,
mecía su memoria acariciada
bajo las mismas álas de su sueño.

Así el amor sublime
nacía en la soledad y en el misterio;
— nota del arpa eólica que gime
suspendida del ciprés del cementerio.
Creció al calor de la piedad secreta,
se nutrió con la lágrima del verso,
libó en las ilusiones del poeta
y llenó el universo.

XI.

Sola

—Rayo de luz celeste y misteriosa.
¿por qué iluminas sin cesar mi alma?
Ah! de qué foco de la tierra subes
ó de qué estrella de los cielos bajas?
Cierro los ojos
y no te apagas!
Rayo de luz celeste y misterioso,
¿eres el resplandor de su mirada?

Eco de melancólica ternura,
¿por qué al oído sin cesar me llamas
y los pesares de la vida lloras
y la ilusión de la existencia cantas?
Cierro mi oído
y no te callas
Eco de melancólica ternura
¿eres la dulce voz de su palabra?

Sombra inmortal de mi imposible sueño
¿por qué á mi sombra sin cesar te amarras
y en todos los instantes de la vida
en derredor de mi existencia vagas?
Cierro mis brazos
y no te apartas!
Sombra inmortal de un imposible sueño,
¿eres su imágen que el recuerdo graba?

Dulce canto de amor del labio ageno
que en la caricia de mi labio pasas

¿de qué mundo ideal la nota llevas
que así las voces de la tierra acallas?
Subes del mundo?
del cielo bajas?
Dulce canto de amor del labio ageno
canta á mi oído, sin reposo canta!

Libro que lloras la ilusión perdida
y el alma entre tus hojas arrebatas,
ah! porqué siembras en la vida agena
las ilusiones que perdió su alma
como las nubes
que el viento arrastra?
Libro que lloras la ilusión perdida,
ah! me pareces su primera carta

(Lée.)

« No siente el corazón ni el alma crea
lo que no hay en la existencia humana;
la realidad de la ilusión existe
existe la verdad de la esperanza!
Sombra que habitas
entre mi alma,
Tú eres la imágen del ideal sublime
donde tiende el espíritu sus álas! »

Eco divino de su voz celeste,
¿por qué al oirte el corazón me embargas?
Te escucho, y el espíritu cautivo
bajo tu inmensa fé pliega sus álas!
A quién respondes?
para quién cantas?
Eco divino de su voz celeste,
tengo horror de tu fuerza soberana!

XII.

Solo

Trepamos sobre las montañas?
bajamos hasta la pendiente?
seguimos al veloz torrente?
rodamos hasta sus entrañas?
Cruzamos sobre el mar profundo?
subimos en su ola al cielo?
corremos polo á polo el suelo?
rompemos la atracción del mundo?

Dónde me lleva el ideal divino
que en su insensato vértigo me lanza
á buscar en su loco remolino
la eterna realidadad de la esperanza!

Y qué es la vida sin su lumbre bella?
Lóbrega y tempestuosa noche fría.
Marchemos sin cesar; — sigo tu huella,
espléndida visión del alma mía!

Crucemos la senda ignorada,
que pisa la planta del hombre;
busquemos el rumbo sin nombre
que lleva á la dicha soñada.

Salvemos el lóbrego océano,
la cresta elevada del monte,
la línea del turbio horizonte
la sábana inmensa del llano.

Ah! no me dejes en la noche triste
caído á la mitad de mi jornada!
¿No ves rayar su luz en la alborada?
La realidad de la ilusión existe!

XIII.

Conjunción

Quién desviará la brújula cautiva
de su perpétua aspiración al polo?
Hay un poder tan solo,—
aquel que está allá arriba!
y él no aparta la brújula cautiva!

Quién desviará de su órbita la estrella
que vá siguiendo al astro eternamente?
El Dios omnipotente
que la marcó su huella;
y él no aparta de su órbita á la estrella!

Quién cambiará la línea de la llama
que sube sin descanso al firmamento
En las álas del viento?
El Señor que la inflama;
y él no cambia la línea de la llama!

Quién volcará las aguas del océano
que en su lecho cautivan las arenas
sin muros ni cadenas?
El Padre soberano;
y él no vuelca las aguas del océano!

Quién romperá los lazos del destino
que ligan en la vida y en la muerte
de dos almas la suerte?
Solo el poder Divino;
y él no rompe los lazos del destino!

El amor es la ley que rige el Orbe;
el átomo se atrae, la mente ama;
todo en amor se inflama;
todo en amor se absorbe;
el amor es la ley que rige al Orbe!

Así, bajo la fuerza del destino
aquellos dos espíritus se amaron,
sin buscarse se hallaron
y rompieron su valla
sin lucha ni batalla
al resplandor de su ideal divino!
Una tarde de Enero
se acercaron él y ella,—
la celeste mirada del lucero,
la fúlgida mirada de la estrella.

Ella bajó sus ojos,
latiendo el corazón estremecido,
y alboró su semblante conmovido
con el suave carmín de sus sonrojos.
El sintió el suyo redoblarle al seno
como el tambor que bate
la señal del combate,
de duda y gloria y esperanza lleno.

Su mirada elocuente
en la intensa mirada
guardó otra vez de la muger querida,
y al oprimir su mano á la partida

los dos se vieron pálida la frente.
Madre Naturaleza!
como inunda el amor, de nueva vida,
el esplendor de tu inmortal belleza!
Alma de amor nutrida,
como tiendes las álas
por la región azul del firmamento
y de tu esencia misteriosa exhalas
el aroma que nutre el sentimiento!

Oh! gestación sublime
que el alma humana en lo infinito absorve
y la vida redime
de la materia vil que la ata al orbe!

Amor! Tú el alma de ellos
bajo el aliento del Creador templaste,
y en sus propios destellos
como se unen dos gotas
y se acordan dos notas,
las uniste por siempre y las ligaste.

Oh tarde de verano!
cómo á tus dulces rayos aspirantes
sus dos sombras amantes
se contemplaban del hogar lejano!
Cómo al través de la fatal distancia
los ojos su caricia se mandaron
y sus almas se enviaron
del éter perfumado la fragancia,
la luz trémula y bella
de la primer estrella,
el arrullo del ave,
el rumor de las hojas conmovidas,
la luz de las luciérnagas perdidas
y el gemido del céfiro suave!

Cómo sus corazones embargados
á la vida del suelo
se enviaban sus latidos agitados
en las ondulaciones de un pañuelo!

Que estrecho abrazo era
su ademan inocente
que levanta las palmas á la frente
para alisar la blonda cabellera!
Así su amor crecía
nutrido en el misterio que libaba;
la duda sobre el labio le oprimía
y en la luz de los ojos rebosaba!

XIV.

El Pecado

—Por qué siempre su canto
es un gemido que la angustia lanza?
—Porque cuando se pierde la esperanza,
todo lo vemos á través del llanto!

—La esperanza perdida!
y en la más noble juventud lozana,
cuando se abren las puertas de la vida
con el primer fulgor de la mañana?...

—La esperanza perdida!
No ha visto usted en su jardín acaso
el escorzo doliente
del girasol del suelo?

Es que contempla el sol en el oriente
y le vá contemplando hasta el ocaso!
Y en la infinita bóveda del cielo
hay millones de estrellas,
sin que la flor amante
dé vuelta su semblante
para mirar allí ninguna de ellas!

Esa es la imágen muda y dolorosa
de la ilusión perdida!
Quién no lleva escondida
una sombra ideal entre su seno?
Y dónde entónces la esperanza posa
cuando encontró su realidad hermosa
en el sagrado del hogar ageno!

Y quiere usted que la esperanza aliente
y que salte la valla
el corazón demente
para despedazarse en la batalla!

—Y ese dolor supremo, ese gemido
que ignora acaso la esperanza agena,
¿ha llegado acaso á su oído? ...
—Ha llegado á *tu* oído Magdalena!

—Calla! mi pobre corazón oprime.
No sé que horrible maldición me alcanza!
—Y quién sembró en el pecho la esperanza
sino la mano del Creador sublime!

Así se unieron en su amor ardiente
sin lucha ni defensa.
Todo fué natural en su corriente,
como el alma que piensa
y el corazón que siente;
como el ojo que mira,
como la onda que pasa,
como el fuego que abrasa

y como el astro que en los cielos gira.
Nacieron, se atrajeron,
se acercaron, se amaron,
sus almas en un beso se fundieron
y á la sublime eternidad se ataron.

Y allá van en la ráfaga del mundo,
como dos álas escalando el cielo,
hoy compartiendo su dolor profundo,
mañana sus delicias y su anhelo.
Unidos y estrechados,
para el amor del alma, que redime,
vá entre sus dos espíritus ligados
la realidad de la ilusión sublime.

Quién romperá los lazos del destino
que ligan en la vida y en la muerte
de dos almas la suerte?
Solo el poder divino,
y él no rompe los lazos del destino!

Florencia — 1874.

RICARDO GUTIÉRREZ

RAQUEL

El día doloroso de la ausencia
pasé bajo el umbral de su ventana,
y ni siquiera volvió á mi su rostro
ni conoció el rumor de mi pisada!

*

Ay! así cruza el náufrago perdido
en las olas del mar que le arrebatan,
mirando indiferente á su agonía
la blanca vela que á lo lejos pasa!

*

Así en la eterna noche de los tiempos
se hunde el recuerdo que el olvido apaga:
así rueda al abismo para siempre
la estrella muerta que del cielo baja.

*

Así delante de su umbral querido
cruzará mi ataud en la mañana,
sin que vuelva hácia él sus bellos ojos
para decirme ¡adios! con su mirada!

CARLOTA

Déjame, doloroso pensamiento!
Por qué me hieres sin descanso el alma,
... hoy que el astro celeste de la dicha
me inunda en el fulgor de su mirada!...

*

Jamás el timbre de su voz amante
guardó tanta pasión en su palabra;
nunca su beso se estrelló en mi boca
con el calor de tan ardiente llama!

*

« Jamás la fuerza de su tierno abrazo
me estrechó así con su caricia blanda »
para unir en la tierra y en el cielo
el lazo indisoluble que nos ata!...

*

Oh! cómo se parecen en la vida
los dos besos que juntan y separan!.
Los dos, como la luz y la tiniebla,
desde la cumbre de los cielos bajan!

*

Déjame, pensamiento doloroso,
que eclipsas el fulgor de mi esperanza
con el espectro de la muerte triste
ay! que á mí puerta llamará mañana!

Perdón

Andando en los caminos del recuerdo
sobre el rastro celeste de su planta,
crucé todas las huellas del pasado
« para arrullar con su memoria el alma. »

*

Aquí fué dónde se abrasó mi vida
en el fulgor de su primer mirada;
allí dió su combate doloroso
el tiempo de la duda y la esperanza.

*

Bajo aquel cielo se estrelló en mi labio
el beso de su boca enamorada;
allá subimos juntos la pendiente
que á la suprema dicha se levanta.

*

Aquí cayó de sus divinos ojos
el primer llanto que el pesar arranca,
y allí la tempestad de la existencia
nubló su cielo con sus propias álas!

*

Y bajando el camino del recuerdo
con los remordimientos en el alma,
me arrojé sollozando de rodillas
sobre el desierto umbral de su morada.

Ojos Bellos

Por qué me dices que tus ojos bellos
nunca me volverían á mirar,
si un día pierde su ilusión divina
mi espíritu inmortal!

*

No, no es preciso que tus ojos bellos
su rayo escondan para mi jamás,
ni que bajes tu frente luminosa
al sentirme pasar.

*

Si la caricia de tus ojos bellos
se aparta de los míos sin piedad,
no temas encontrarme ni en la tierra,
ni en los rumbos del mar

*

Cuando la lumbre de tus ojos bellos
no sea el sol de mi existencia ya,
es que estaré durmiendo ... bajo el polvo
que tus piés pisarán !

Nocturno

Este tierno secreto
habita en lo más íntimo de mi alma,
solitario y oculto para siempre
del mundo á las miradas.
Tan solo se despierta
cuando tu amante corazón me llama,
y trémulo despues en su silencio
se refugia y se calla
este tierno secreto
que habita en lo más íntimo de mi alma !

—

Como un astro del cielo
alumbra mi existencia solitaria:
como aquel astro que mostró á mis ojos
tu mano enamorada.

Cuando en tu noche triste
mi espíritu invisible te acompaña,
abre como una flor entre mi seno
y su perfume exhala
este tierno secreto
que habita en lo más íntimo de mi alma!

—

El colora mi vida
con el risueño albor de la mañana
y alienta entre mi pecho estremecido
la luz de la esperanza.
Cuando tu rostro bello
me sonríe en la noche á la distancia,
yo solo sé sobre la tierra entera
cual recuerdo me manda.
Este tierno secreto
que habita en lo más intimo de mi alma!

—

Cuál es ese recuerdo
que tu existencia á mi existencia enlaza
y que á compás del tuyo en su latido
mi corazón levanta?
No! nadie sobre el mundo
nadie en la vida á penetrarlo alcanza
porque mi labio que selló tu beso
se sonríe y se calla!
este tierno secreto
habita en lo más íntimo de mi alma!

—

Ah! nunca ya le olvides,
guárdalo en tu memoria enamorada,
porque es el lazo que en el cielo mismo
liga nuestra esperanza!

Cuando en el día eterno
los muertos de las tumbas se levatan
ay! ven á recordarme en mi sepulcro
con la dulce palabra
de este tierno secreto
que habita en lo más íntimo de mi alma!

Nocturno

En la noche desierta
negaste mi ilusión enamorada
cuando tenía ante el recuerdo tuyo
de rodillas el alma!
Entónces de mis ojos
se desprendió una lágrima,
y se estrelló rodando en mi mejilla,
á los piés de tú imágen adorada!

***

En la noche desierta
negaste la verdad de mi palabra,
cuando en el soplo de mi aliento mismo
tu nombre suspiraba!
Entónces de mi labio
brotó una queja amarga
que llevó sollozando tristemente
la brisa de la noche entre sus álas!

***

En la noche desierta
negaste el corazón que te adoraba,
mientas que sus latidos en mi pecho
temblando te llamaban!

Entónces en sus venas
pasó una onda helada
como las piedras que en la tierra cubren
á aquellos ay! que para siempre callan!

***

En la noche desierta
negaste tu recuerdo de mi alma,
cuando entre las estrellas de los cielos
tu lucero buscaba!
Entónces mi semblante
escondí entre mis palmas
y miré sepultarse en la tiniebla
el último fulgor de mi esperanza!

***

Y en la noche desierta
no oiste mi sollozo en mi palabra,
no sentiste temblar aquel latido,
no hallaste esa mirada!
No escuchaste mi queja,
no enjugaste mi lágrima! ...
y dejaste perdída para siempre
en las tinieblas del dolor mi alma!

Nocturno

¿Qué tengo que decirte? ... Lo que dice
con su eterna mirada
esa divina estrella de los cielos
que me mostraste, mi alma!

Lo que dice la ola de los mares
que suspira en la playa;
lo que dice la brisa del desierto
lo que sollozando pasa!

Lo que dice la tórtola en su arrullo;
lo que en su bronce canta
en la oración tristísima y sublime
la voz de la campana!

Lo que dice el murmullo de las hojas
y el rumor de las álas;
lo que dice en el pálido horizonte
la última luz que baja!

Lo que dice la flor en su perfume
cuando abre en la mañana;
lo que dice la cuerda estremecida
que se queja en el arpa!

Lo que dicen los ojos que se cierran
en su última mirada;
lo que dice el adios de la partida,
lo que dice una lágrima!

Lo que dice en su trémulo sollozo
la vida que se arranca;
lo que dice en la tierra los muertos
la noche desolada!

Lo que dice en el cielo el alma libre
al encontrar el alma
de cuyo lado la apartó la suerte
sobre la tierra ingrata!

¿Qué tengo que decirte? Todo eso
que rebosa en mi alma
y que los labios traducir no pueden
con la palabra humana!

Nocturno

En un día cercano
me buscará en la tierra tu mirada,
y no hallará sobre la fáz del mundo
ni el rastro de mi planta!
Tus dos bellos luceros
nublarán su fulgor entre tus lágrimas
llorando aquellas horas de la vida
que perdió tu esperanza
cuando mi frente triste
no reflejó la luz de tu mirada!

En un día cercano
tenderás el oído á mis palabras,
y escucharás tan solo... los gemidos
de los vientos que pasan!
Entónces tu sollozo
hará temblar del céfiro las álas
y oprimirá tu corazón amante
la perdida esperanza
de aquellos días tristes
en que tú no buscaste mis palabras!

En un día cercano
tus brazos me abrirás á la distancia,
y ni la sombra de mi cuerpo ausente
encontrarán tus palmas!
Entónces sobre el pecho
te torcerás las manos, desolada,

y doblará tu corazón sus golpes
por la muerta esperanza
de aquellos días tristes
en que no me abrazaste á la distancia!

Y en un día cercano
me llamarás al cielo de tu falda
y sólo ay! respondera á tu acento
el éco de mi tumba solitaria!
Entónces para siempre
estremecida de dolor tu alma,
llorará en la horfandad de tu existencia
la imposible esperanza
de aquellos días tristes
que me cerraste el cielo de tu falda

Fueron no más que los instantes breves
que separan la noche y la mañana:
y en ese tiempo descendió del cielo
á las tiniebles del dolor el alma!
Tu mano misma
rompió sus álas,
como el tiro cruel que al ave postra
cuando su canto matinal alzaba!

Estás segura que es tu propia mano
la que rompe en mi vida la esperanza?
Es tuyo el pié que reventó mi frente?
Es ese mismo pié que yo besaba?
Es de tus ojos
esa mirada
que me sigue, sonriendo, en el naufragio
donde las olas sin cesar me asaltan?

Pués bien; cómo ha de ser! Mi alma ciega
rodará á la tiniebla desolada!
Rodará eternamente y sin reposo,
sin una sola queja ni una lágrima!
Ni angustia existe
donde tu faltas!
Allá voy! Pero al borde del abismo
oh! dame al menos á besar tu planta!

En vano escondes en la sombra triste
tu rostro humedecido con tus lágrimas,
en vano llevas á la mar distante
para huir de la mía tu mirada!
tras de los ojos tuyos,
no ves? — vuela mi alma
y lée en la tiniebla de la noche
el secreto pesar que en ella guardas!

En vano alumbras tu semblante bello
con tu dulce sonrisa enamorada,
y ocultas en el fondo de tu vida
el inmenso dolor que la desgarra!
Tras de los lábios tuyos,
no ves? — vuela mi alma!
y vé en tu corazón caer el llanto
como el fuego del mundo en sus entrañas!

En vano en el silencio y la tiniebla
el sueño buscas que el recuerdo aparta;
en vano ahogas tu sollozo triste
en la presión de tu desierta almohada!
Tras del suspiro tuyo,
no vés? — vuela mi alma

y descifras el secreto de tu angustia
en el gemido de dolor que exhalas!

En vano escondes ante mi tu pena,
en vano oyes mi súplica y te callas;
en vano quieres para tí tan solo
la copa llena de la onda amarga?
¿No ves que el alma mía
llora como tu alma?
Dame á beber! — que nuestras vidas cubre
la misma noche con sus mismas álas!

Nocturno

Lucero de la noche
que con tu rayo al infinito alcanzas,
ay! ¿á qué rumbo de la vida triste
el ángel de mi amor tendió sus álas?
En vano de mis ojos
le busca la mirada,
lucero de la noche
que me viste de hinojos á su planta!

Céfiro de la noche
que cruzas la tiniebla desolada,
ay! ¿en qué brisas de la tierra triste
su perfumado aliento se derrama?

Busco en vano y no escucho
su voz enamorada,
céfiro de la noche
que trajiste á mi oído su palabra!

Lámpara de la noche
que alumbras el cristal de su ventana,
ay! ¿por qué está tu rayo agonizante
espirando en su alcoba solitaria?
Miro en vano y espero,
y ya la aurora avanza,
lámpara de la noche
que su rostro celeste me alumbraba!

Ah! y en la noche triste
se hundió el lucero que me vió á sus plantas,
y pasó sollozando al infinito
la brisa que me trajo sus palabras!
Y al despuntar la aurora
una perdida lágrima
como en el alma mía,
corrió por el cristal de su ventana!

El Hijo del Sol

(Imitación del estilo de Ossian)

I.

Grandes son las hazañas
del altivo guerrero
de la pasada edad! Cual las montañas
que al cielo alzan la frente encanecida
en el desierto campo en que altanero
cayó el héroe sin vida,
como en la niebla el sol, su eterna fama
el torbellino vence de los siglos!
Su nombre esclarecido,
como el astro inmortal recorre el mundo
en los cantos del bardo:
con respeto profundo
le escucha el jóven, y en su pecho siente
de valor y esperanza estremecido
el corazón ardiente,
porque el éco lejano
finge con él de su futura gloria;
y al recordar del héroe la memoria,
una lágrima suelta
de sus enjutos ojos el anciano!...
La raza de tus hijos
ya no existe! oh Capac! El tiempo alado,

una edad y otra edad llevó en su vuelo,
y enmudecido el suelo
el golpe de su planta espera en vano!
Lánguida brisa errante
las llanuras del Cuzco,
de Ambato y Tambo y de Puna corriendo,
ya no lleva en sus álas, sollozante,
como en días de lágrimas ó gloria,
el prolongado estruendo
del aureo escudo herido,
ni el guerrero alarido
ni el canto abrasador de la victoria.
El padre Sol, la enrogecida frente
mil de veces hundió tras de la cima
del monte Chimborazo;
mil de veces después; silencio mudo!
Corrió el tiempo inclemente;
ya no vió levantarse un solo día
la lanza reluciente
que de su hijo en el robusto brazo
su eterno rayo engendrador partía!..
Grandes son las hazañas,
del valiente guerrero,
rayo de las edades que pasaron;
los siglos que vinieron
el rumor de sus nombres escucharon:
solo el rumor! los hijos de la guerra
duermen en las entrañas de la tierra.

II.

¿Por qué la sombra del dolor, anubla
del poderoso la soberbia frente?
por qué sus ojos enrojece el llanto?

Oh! ¡gastará el valiente
la fuerza de su brazo
con la lágrima vil del inocente
que llora de la madre en el regazo?
Miró á su pié tendida
la lanza que empuñaron sus mayores,
como soberbio pino corpulento
abatió en sus furores
de las montañas el nocturno viento:
al verde musgo inclina
la orgullosa cabeza
que plateó la nieve de los años
sin helar el valor y la altiveza
que entre su seno ahogaron
la tromba del dolor y la tristeza.
Muchos son los guerreros
que en la falda del monte,
se alzan á su alrededor; fuerte es su brazo;
formidable es su porte;
pero todos enclavan
los inmóviles ojos en sus ojos;
reina el silencio frío.
Oid! del arpa en tanto
gime la voz; sombrío
alza el bardo su canto.
Su éco melancólico y tremendo,
el ronco son figura
del torrente sonoro,
cuando ya el ála de la noche oscura
la cima de los Andes envolviendo.
se cierne en la llanura
inmensa de Atacama
y el pavoroso estruendo
como un mar por los aires se derrama.
Oíd! este es su canto.

« El rayo de la muerte
« arde, como el volcán de sus montañas,
« en la torva mirada del guerrero ;
« pero su brazo fuerte
« que grabó en mil escudos sus hazañas
« con rudo golpe fiero,
« débil hoy como el junco de los mares
« puede en su palma sostener apenas
« la frente que agoviaron los pesares !
« Plácele el dolorido
« viento suave que en redor suspira,
« triste como su alma·
« el salvaje alarido
« y el confuso rumor de la batalla
« ya no alhagan su seno
« que alza el suspiro de su angustia lleno.
« ¿La noche tenebrosa
« ha cubierto del sol los resplandores? . . .
« Capac! ahoga el valiente
« la voz de sus dolores,
« de la enemiga sangre en el torrente!
« Capac, hijo del sol! ruja tu acento
« como una tempestad, álzate, oh! Inca!
« fuerte como el sombrío Chimborazo:
« el cóndor altanero
« no es más veloz que tú; pero tu brazo
« que grabó en mil escudos tus hazañas
« con rudo golpe fiero,
« débil hoy como el junco de los mares
« puede en su palma sostener apenas
« la frente que agobiaron los pesares! — »

. . . . . .

Dijo: á su voz se estremeció el anciano,
y con todo el furor de la venganza,
en la trémula mano
se alzó vibrando la irritada lanza.

Como el rayo del cielo
su mirada brilló; bajo su planta
tembló agitado el suelo.
« — Gozas ay! en herir mi alma triste,
oh! rey del suave canto?
Caer de mis ojos viste
una gota de llanto;
pero la ronca tempestad que brama
y el monte y valle atruena,
lágrimas de furor también derrama:
oye ! oh bardo ! mi pena.
Extranjero en la tierra de sus padres
es ya el hijo del sol! El musgo crece,
como en roca desierta,
en el palacio de su Dios, sombrío;
sobre el cielo se mece
la muerte macilenta,
y cual la nieve del invierno frío,
los restos insepultos del peruano
platean monte y llano.
¿ Por qué la vírgen de elevado seno,
de los hijos del mar cautiva llora?
¿ No vés? El extranjero
en nuestra tierra mísera ha caído
cual torrente de lava abrasadora.
El sol ha abandonado
á su pueblo escogido,
y su raza maldita,
huyendo como el llama de los montes
vá de su hogar proscrita!...
¿ Dónde estás? ¡ oh Sahira ?
Como rayo nocturno
es de tu voz suave la dulzura;
son dos astros del cielo
tus ojos tristes, y tu alma pura
como la luz del sol. pero tu acento,

oh lejana cautiva!
ya no puede calmar la ruda pena
de tu padre abatido!
El alma tengo de tu imágen llena,
¿no volaré hasta tí?... Oh bardo! siento
el furor renacer de la venganza:
mi poderosa lanza
que siembra en los combates negra muerte,
jamás tembló; y el arco
en vuestro brazo fuerte
es, oh héroes ¡un rayo de la nube!
¿Cuál de vosotros seguirá mi planta? — »
Todos están á su rededor. El Inca
rápido y magestuoso se adelanta,
como la inmensa tromba que antecede
á la ruda tormenta;
su pisada en el hórrido silencio
de los campos resuena:
sigue el rey de los montes
semejante... ¡oh Capac! á qué tu orgullo,
tu valor y arrogancia
podría comparar? ah! ¿por ventura
¡oh hijo de la guerra!
tienes acaso igual sobre la tierra?

III.

La roja luz del día
llega con la pisada del guerrero
á la llanura de Yucay; en torno
calla el silencio de la noche umbría,
¿Duerme acaso en el musgo el extranjero?
Como un bosque sin fin se alza doquiera;
desde la frente al pié, siniestro brillo
su bruñida armadura reverbera.

El soberbio caudillo
de en medio de sus héroes se levanta
como el pilar del Cuzco
cuando sobre él, con toda
la fuerza de su rayo el sol descansa
Capac le vé; sus ojos
con dos centellas de furor brillaron;
tembló en su diestra la flexible lanza,
y su tostada frente los enojos
con ruda tempestad encapotaron.
—¿Me arrojaré, se dijo,
á detener en su veloz carrera
al torrente sonoro?
Sí; sea para el hijo
de la nave extrangera,
la tierra en que buscaba su tesoro
tumba de su altivez; te sigue el fuerte,
¡oh rayo de la muerte!...
Pero por ti, en el seno
me tiembla el corazón dulce Sahira.
¿Vives aún, luciente astro sereno
en la noche de calma,
ó del palacio de tu padre en torno
triste como el suspira
vagorosa tu alma?
¿Vive el recuerdo acaso en tu memoria
de tu padre proscrito?
En sus días de gloria
regalaba á mi oído, placentera,
mil de veces tu voz, palabras dulces
como un rayo furtivo
del jóven de la rubia cabellera. (1)
¿Podré llevar sobre mi aguda lanza
al enemigo suelo

(1) Daban este nombre los peruanos al planeta Venus.

toda la destrucción de la venganza,
cuando moras en él, luz de consuelo!
No, porque el bardo de la edad futura
dirá: manchó el valiente
de sus armas el brillo,
con la sangre inocente
de la triste hermosura!
Levanta ¡oh Nubo! de la paz el canto;
acércate al caudillo;
si desoye la voz de mi ternura,
caeré sobre él con todos mis guerreros,
como la tempestad de noche oscura! »
Nubo llegó; y el arco
arrojando á su planta,
alzó el himno de paz. — « Rey de las olas,
« ¿Ves la nube sombría
« que mancha el sol al suspirar el día?
« Así la sombra triste
« de la callada soledad, la frente
« del poderoso viste.
« Su estrella de consuelo,
« te baña con su luz rey de los mares,
« Vuelve á Sahira á su perdido cielo:
« ah! de su padre anciano
« cuantos son los pesares!...
« ¿Sonará el himno de la paz en vano?
« El oro en nuestras grutas resplandece
« como el rayo de noche tenebrosa;
« mucho es el oro que Capac te ofrece;
« ¿quieres volver al triste su alegría?
« no ves la opaca nube borrascosa
« que oculta el Sol al suspirar el día! »
— Llega y escucha, (respondió el guerrero
con la voz de su orgullo;)
gime aún en mi alma el lastimero
suspiro del valiente

que á los golpes cayó de vuestra lanza,
cuando con fé inocente
la palabra de paz llevó al caudillo
y su crueldad en él artó el peruano.
Más no me agita de tu oro el brillo,
ni me mueve la voz de la venganza:
toma, lleva la hija al padre anciano.
Dijo así el extranjero,
y alzando el brazo fuerte
le hundió en el pecho el formidable acero.
Como el llama salvage
que de la frente al pié del pardo monte
el flamígero rayo precipita,
Nubo murió y cayó; pero su muerte
fué el pavoroso grito de la guerra.
El escudo sonante
batió Capac, sus héroes se arrojaron
rápidos como el cóndor de los Andes;
alzóse el hijo de lejana tierra:
las huestes se inclinaron,
y como dos opuestos torbellinos
con espantoso empuje se chocaron.
Crujió la herida malla,
silbó la alada flecha;
y el confuso rumor de la batalla
tronó en el llano y ocupó la esfera.
Mil soldados cayeron
como niebla en el mar: cedió el caudillo:
los golpes de Capac prevalecieron.
Más ¿qué triste jemido
penetrando el horror lánguido suena
y oprime el pecho que de angustia llena?
Al rudo tronco asidas
las manos temblorosas
bella en la muerte el pálido semblante,
desnudo y palpitante

el seno que rompieron las heridas
de la extranjera flecha que colgaba,
y en sus ojos dos lágrimas hermosas,
triste como el silencio de la noche
al espirar Sahira
honda queja lanzaba
cuando Capac el grito de victoria,
con el escudo de su padre alzaba.
Oyó, miró y cayó; cayó el anciano
con el dolor inmenso,
cual rota nube: el extranjero insano
le rodeó; mil espadas
rompieron ay! su encanecida frente;
enrogeció su sangre el verde suelo:
Cayó, cayó el valiente
como en la tempestad el sol del cielo!
Vino la noche y ocultó la huída
del herido peruano:
reinó el silencio: solo
en el distante albergue de la roca,
con lúgubre y oscura melodía,
turbando la quietud y calma inerte
sonó el imno de muerte.
« — La noche tenebrosa
« ha cubierto del sol los respalndores!
« ¡donde ¡oh! Capac! tu sombra silenciosa
« aplaca tus furores?
« Tu diestra poderosa
« sembró con golpe fuerte
« en las batallas el estrago y muerte
« pero también caiste
« sobre el campo sangriento
« como un astro sin luz, pálido y triste,
« Hijo del sol! tu fama

« es sempiterna ya! Si en los palacios (2)
« de tu padre redoblas la alegría,
« ¿llegará acaso el día
« que golpées con planta vigorosa
« la tierra que pisaron tus mayores? ...
« La noche tenebrosa
« ha cubierto del sol los resplandores! »

A LA FRATERNIDAD HISPANO-ARGENTINA

Pueblos, alzad, la poderosa frente,
clamando eterna paz, eterna unión.

I.

Recuerdos del pasado! Ecos lejanos
de adarmecida y olvidada historia,
venido á mi como la brisa errante
á refrescar mi sien abrasadora, —
y al compás apacible
de mi lira armoniosa,
quiero cantar la unión entre dos pueblos —
la nación argentina y la española. —

—

Hay una ley universal que rige
la humanidad, bajo variadas formas,

---

(2) Creían los peruanos que cuando algún Inca moría era porque el sol le llamaba á regocijarse en su esfera, para volver despues de un tiempo indeterminado con más explendor á la tierra de sus padres.

y es esa ley constante del progreso
que ha puesto Dios en las conciencias todas —
el hombre con el hombre
doquiera se eslabona,
y de un extremo á otro de la tierra
fraternidad proclama á todas horas.

—

Santa palabra! que brotó á raudales
del Redentor del mundo de la boca,
y hasta bebiendo el cáliz de amargura
la repitió desde el sublime Gólgota —
fraternidad los pueblos
repiten y pregonan,
porque es también la ley de la conciencia
que tiene el hombre por estricto dogma.

—

Bajo las álas rápidas del tiempo
huyó el pasado envuelto en su carcoma,
arrastrando también en su caída
hombres, ideas, creencias religiosas:
dejando solamente
de época tan remota
en el vacío del espacio, apenas
una sombra fugaz en la memoria.

—

Si en días ya lejanos tiernos lazos
á nuestra madre nos unió amorosa:
si semsibles y amargos sinsabores
la fraternal unión dejaron rota:
¿Por qué cuando de nuevo
fraternidad blasonan
no hemos de dar el ósculo al hermano,
si es nuestra sangre, sangre de española?

—

¿Por qué no abrir el pecho á los transportes
del alma noble inspiración fogosa,

sepultando por siempre en el olvido
viejas querellas de olvidada historia?
¿Por qué cuando nos tienden
su mano cariñosa
y nos ofrecen fraternal torneo,
hemos de huir la nuestra bienhechora?

—

Pueblos que amáis la paz y la armonía!
La libertad se anida en cualquier zona,
y los santos principios del derecho
proclaman la igualdad y la enarbolan.—
Los tronos de los reyes
ruedan y se desploman,
y un grito universal de hosanna! hosanna!
fraternidad y amor todos pregonan.

—

Fraternidad! fraternidad! repiten
los hombres pensadores de la Europa,
y en la brisa que cruza por los mares
sus fervientes palabras nos transportan.—
Abramos nuestras almas
al amor y concordia,
y el español que á nuestras playas llega
no estrañe ya la patria que abandona.

—

Que encuentre aquí, sino sus afecciones,
al menos sus creencias y su idioma,
y hasta la sangre generosa y noble
reflejo de la suya—es española.
Y en medio á los vaivenes
que la exsitencia agobian,
vea la suya deslizar serena
como en un lago las tranquilas ondas.

—

Aquí al calor de sentimientos puros
la patria se levanta y se elavora,

buscando en el ideal de otras naciones
el verdadero ideal de sus reformas
y grande, porque grande
su orígen fué, valora
la inmensidad de un porvenir sonriente,
que en el espacio y tiempo se eslabona.

—

Riberas de mi patria! cordilleras
del Andes gigantesco donde mora
el cóndor silencioso en las alturas,
en la región del viento borrascosa:
desde un estremo al otro
de mi lira armoniosa
lleve á los pueblos el sónoro canto,
envuelto en el amor y la concordia.

—

No haya jamás en la argentina tierra
rencores, enojos ni discordias,
y solo hermanos la palabra sea
que repitan del Plata hasta la Rioja.
En nuestros nuevos códigos
borremos de la historia
hasta el odioso nombre de extranjero,
porque es la patria universal un dogma.

—

Paz á los pueblos! Fraternal abrazo
estreche ya la unión que la acrisola,
porque es el lazo invisible y santo
con que Dios liga las criaturas todas.
Olvidando rencores
qué idalguía blasona,
y comprendiendo su destino vivan
la nación argentina y la española.

———

La Vejez

Pálida estrella vacilante y sola
que bajas con tus últimos destellos
al infinito rumbo de occidente.
¡Oh tranquila vejez! ven á mi frente
con la noble aureola
de tus blancos cabellos!

Meteoro

Fué la celeste imágen de la dicha
que rozó la existencia con sus álas,
el corazón se resignó á perderla
y levantó una cruz en su esperanza!
Fué como un astro
que errante pasa:
dejó un surco de luz en la memoria
y se perdió en la noche desolada!

Ricardo Gutiérrez

A Jnés

Ah! no sonrías á mi frente triste;
yo no puedo volverte tu sonrisa,
porque la sombra de un fatal recuerdo
oscurece mi alma combatida!

Quieres saber este dolor secreto
que envenena la fuente de mi vida?...
Y porqué buscas penetrar la pena
ay! que no puedes consolar tu misma!...

No es el amor, no es la ambición ni el ódio,
no es el dolor de una ilusión perdida
lo que hace que aborrezca mi pasado
y mi presente sin cesar maldiga!

Es la tristeza fúnebre incesante,
que arrastraba el hebreo fraticida.
Es el dolor que con igual desprecio
la muerte espera y la existencia mira!

Es este hastío fúnebre que anubla
las miserables horas de mi vida,
y en cada paso de la tierra surge,
bajo la luz de tu mirada misma!

A través de las zonas más distantes
sigue sin trégua la mirada mía
este azote de mi alma, este demonio
que en mi desierto corazón habita!

Oh! cuantos otros al placer se entregan
y buscan delirantes á porfía
los miserables goces de la tierra
que desprecia mi alma combatida!

Oh! puedan ellos disfrutar al menos
el seductor encanto de esa dicha
sin despertarse nunca de su sueño...
á este hastío infernal de mi vigilia.

Mi suerte es caminar sobre la tierra
á través ay! de diferentes climas,
por el fatal recuerdo perseguido
que envenena las horas de mi vida!

Y el único consuelo de mi angustia
es saber ya que en la existencia mía
sufrió mi corazón lo más terrible
de todos los pesares de la vida!

Lo más terrible!... Qué es lo más terrible?...
Ah! no me lo preguntes, alma mía!
No lo sabrás jamás! calla, no llores,
muestra otra vez tu angélica sonrisa.

Sí, sonríe otra vez, sonríe siempre
como en la noche cuando así me miras,
y no pretendas penetrar un alma
donde solo el infierno encontrarías!

JMÁGEN

No sé que luz suavísima y serena
iluminó la senda que pisaba;
no sé qué brisa de celeste aroma
me inundó con su onda perfumada.

No sé qué impulso de invencible fuerza
me llamó deteniéndome en mi marcha,
y alcé la frente que en ausencia suya
anubla la tristeza con sus álas.

Oh Dios! Era ella misma, que á mi lado
entre el gentío mundanal cruzaba!
Nos miramos los dos, y una sonrisa
acarició en los lábios nuestras almas.

Parecía el lucero vespertino
que en la oración del mundo se levanta;
parecía la estela de las olas,
parecía el crepúsculo del alba!

Pasó, cruzó; mis ojos la siguieron,
hasta perderla al fin en la distancia,
hasta hundir en el último horizonte
el reguero de luz que derramaba!

Entónces ay! mi frente oscurecida
cayó como un cadáver en mi palma;
pero al cerrar mis párpados dolientes
tembló mi corazón que desmayaba.

Era el espectro que en los ojos queda
del que alza al sol del cielo la mirada;
la imágen de su espléndida belleza
que deslumbró los ojos de mi alma!

Así ya para verla sin descanso
cierro los ojos y su imágen se alza.
Ah! no los dejen, por piedad abiertos
los que recojan mi última mirada!

LIGA

Has llorado por mí! Tu alma noble
quiera darme la dicha en tu desgracia,
y alzando al cielo los hermosos ojos
me has dado tu promesa y tu palabra!

Has llorado por mí, cuando tu vida
es una triste noche desolada
cuando diera mil veces mi existencia
por ahorrarte una solo de tus lágrimas.

Has llorado por mí! pués borra el llanto
que tu angélico rostro ayer bañaba!
Ah! solo quiero el sentimiento eterno
que ha ligado en la vida nuestras almas.

No quiero más *allá!* Dios desde el cielo
hará acaso feliz nuestra esperanza,
del solo modo que en la tierra puede
realizarse la dicha que nos llama.

Tengo horror del abismo á cuyo borde
mi corazón demente te arrastraba!
No llores más, yo compro con mi dicha
la paz y la alegría de tu alma!

No llores más! Confía en Dios y espera;
mientras vive el amor hay la esperanza;
y sabe solo que el que en mi se encierra
ni con la muerte morirá en mi alma!

Guarda el misterio que en la tierra triste
une ya nuestro amor como dos álas.
Espera en Dios. No lloren más tus ojos;
espera! que la vida es la esperanza!

ESTRELLA

Hoy en tierra extranjera
vengo ha dejar una ilusión querida;
una ilusión dulcísima que era
la mitad de la patria y de la vida.

¡Oh! yo no hallaba sobre el mundo entero,
ni ví jamás brillar en mi camino
más sublime y espléndido lucero
que el del cielo argentino!...

Pero las dos constelaciones bellas
que derraman el alma en tu semblante,
son más divinas que mi sol brillante
en su infinita bóveda de estrellas.

Porque el sol de los cielos, que en la vida
la creación toda á fecundar alcanza
no hace brillar la lumbre bendecida
que refleja en tus ojos la esperanza:

Feliz de aquel viajero entre viajeros
que fije afortunado en su camino
tus dos bellos luceros
como constelación de su destino.

Yo mientras tanto allá en mi noche bella
no alzaré más mis ojos de mi suelo
porque no están ya allí sino en Marsella
los dos astros más fúlgidos del cielo.

Marsella, 1871.

RICARDO GUTIERREZ

A LA ESTATUA DE MAZZINI

(EN LAS RIBERAS DEL PLATA)

Sobre la tierra de Colón te trajo
el alma generosa de la Italia,
que regó con la sangre de sus hijos
el laurel de la gloria americana.

Cubre tu sien el argentino cielo
donde la libertad bate sus álas
y sustenta tu pié tierra que anima
el alma de la eterna democracia!

La ola libre del gigante Río
con fraternal amor besa tu planta,
y el rayo eterno de su sol de gloria
brilla sobre tu frente iluminada.

Más alto que las cruces de sus templos
tu espléndida cabeza se levanta
para mostrar al mundo, como un faro
la tierra libre que fecunda el Plata!

Písala por los siglos de los siglos,
libertador de la conciencia humana,
y sella con tu mole de granito
del Mundo Americano las entrañas!

RICALO GUTIÉRREZ

Lamentación á la Patria

EL 25 DE MAYO DE 1877

Sobre la inmensa ruina del pasado
me siento á contemplar tu porvenir,
y pulso el arpa que el Señor me ha dado . .
para llorarte, tierra en que nací!

Para llorarte con cobarde llanto,
como llora el esclavo envilecido,
como llora tu pueblo, en el espanto
y en la miseria y la verguenza hundido!

Para que el Sol de tu pasada gloria
el fango alumbre en tu divina frente
y la cobarde pluma del presente
escriba con más lágrimas su historia!

Para que el negro del Brasil, ufano
te muestre á su Señor como un trofeo,
patria de San Martin y de Belgrano,
hundida bajo el taco de un pigmeo!

Para que el grito de dolor profundo
que rompe tus entrañas, Madre mía,
estalle en mi sollozo y mi elegia
y alce por tí la indignación del mundo!

Para que el pueblo mudo que sujeta
ante la fuerza armada sus dolores,
oiga que azota el verso del poeta
el rostro de sus viles opresores!

Los que en sistema de gobierno alzaron
la corrupción, la estafa y el pillage
y todas tus provincias amarraron
al infame baldón del caudillage!

Los que á tu pueblo que segó á montones
desde el Plata á los Andes tus laureles,
remacharon el grillo en los pontones
y rompieron el cráneo en los cuarteles!

Los que tu pensamiento amordazaron
escupiendo tu aureola en tu cabeza;
los que en treinta dineros empeñaron
por las calles de Lóndres tu grandeza!

Los que en un siglo de gloria y batalla
que iluminó ante el mundo tu figura,
arrojaron de pasto á la canalla
que se partió tu régia vestidura!

Los que para guardar sus vientres llenos
arrastran en tus plazas tus cañones,
mientras que allá en tus Andes, á girones
te arrancan las entrañas los chilenos!

Los que olvidan que el pueblo americano
que el grito dió de Libertad primero,
ya en Southampton ha escrito este letrero:
¡aquí ya se pudre mi último tirano!

Ah! por eso ante el mundo tus cadenas
hago crugir llorando en mi elegía,
para que salte sangre de tus venas
al rostro de tus hijos, Madre mía!

Para que el grito de mi voz, que alcanza
á los confines de mis pátrios llanos,
guarde en los pueblos de mi pueblo hermanos
el fuego de la gloria y la esperanza!

Para mostrar que el sol de tu grandeza
jamás ha de eclipsarse en tus destinos,
mientras que los poetas argentinos
lleven sobre sus hombros la cabeza!

Rugió el abismo del volcán tremendo,
la tierra se rasgó bajo la planta,
templos, cabañas, montes y llanuras
todo en ceniza sepultó su lava.

Las dos Patrias

Campo de soledad tu hogar paterno,
siembra de escombros tu caída patria;
no vieron más tus espantados ojos
cuando buscó á Mendoza tu mirada.

—

Sola como la estrella que aparece
tras de la horible tempestad que pasa,
bajo la inmensa bóveda del cielo
te hallaste sobre el mundo abandonada.

—

Ay! cual la hoja que arrebata el viento
te arrastró el huracán de la desgracia
rodando en la tormenta de la vida
hasta el pálido hogar de tierra extraña.

—

Como sepulcro el corazón desierto
domo sollozo, estremecida el alma,

llévate bajo el soplo de la muerte
en tu inmenso dolor desamparada

—

Angel de Dios! yo te encontré llorando
y partí bajo el cielo tu desgracia;
con mis cantares se arrulló tu pena
y amaneciste sonriendo al alba.

—

Más que el reposo del hogar parterno,
más que el triste recuerdo de la patria,
más que la madre que besó tu frente
mi amor inmenso á consolarte alcanza

—

No importa ya que huérfana y errante
cruces sobre la tierra solitaria;
si has perdido una patria sobre el mundo,
has encontrado un mundo entre mi alma!

Fragmento

. . . . . .

Llevas el corazón entristecido,
vírgen del Paraguay, desventurada,
marchando hácia la tierra de tus padres
con el primer fulgor de la esperanza:—

hácia la tierra donde el monstruo impío
su trono de cadáveres levanta;
donde jamás el aterrado pueblo
su oprobio infame y su vergüenza lava:—

ay! donde es solo la mujer sublime
regalo y patrimonio de una espada,
y la robusta frente de los hombres
miserable cervíz que el yugo arrastra!

Dios te guíe á la tierra de tus padres,
vírgen del Paraguay, desamparada,
para besar en su postrer momento
el herizado copo de sus canas!

Dios te guíe felíz! Sobre la tierra
ah! no es tan sólo tu salvaje patria
la que su día de vergüenza llora
con la frente en el polvo degradada!

Adios, adios! Mi corazón se oprime
con la ansiedad secreta de tu alma,
y abrir quisiera con su sangre toda,
senda de flores donde vá tu planta!

Mi corazón, mi corazón sombrío
que entre la cárcel de su seno estalla
y solo debe para tí ser mudo
como tumba infelíz de tierra extraña!

Adios! En cambio mi perdida huella
entre los rastros de la hueste marcha
que abrirá con su pecho y con su vida
puerta de libertad para tu patria!

Ay! sólo pido que tus ojos bellos
humedezcan la tierra ensangrentada
sobre el camino polvoroso y triste
que hasta la puerta de tu hogar alcanza!

....

— El alma bella y grande
el foco brusco de la eterna lumbre

y en la región inmortal se espande,
cernida como el águila, en la cumbre!

—El alma grande y bella
prueba el dolor con que la vida azota
al humano destino,
y cruza su huracán, como la estrella
que vá asomando á trechos del camino
por los girones de la nube rota!

Las dos Tormentas

En el viaje de la vida
bajo un huracán tamaño,
con el alma estremecida,
llamé á una puerta escondida
la noche del desengaño.

Oh! jamás sobre mi frente
tanto horror hallé á mi paso,
ni ví romper juntamente
una tormenta en oriente
y otra tormenta en ocaso!

Qué intenso frío arrastraba
el huracán al correr!
qué horrible sombra reinaba!
ah! la noche semejaba
el alma de una mujer!

Llamé... y abrió ¡santo cielo!
la última esperanza mía;

y sin escuchar mi duelo
dijo, remontando el vuelo
entre la niebla sombría:

—« Anda! anda, desdichado!
nunca ya pueden huir
las tormentas que han bajado,
porque una es la del pasado
y otra es la del porvenir! »

Ay! desde entónces llevé
la vida que se durrumba
entre el huracán que hallé;
y donde toca mi pié
creo que pisa una tumba!

Salmo

(Por Moore)

Es vana sombra fugitiva el mundo
para engañar el corazón creada:
mentidas son sus risas de alegría,
su fausto, su dolor y su confianza:
Sólo es verdad el cielo,—
última patria.

Falsa cual tinte muerto de la tarde
es la luz de la gloria; la esperanza,

el amor, la belleza, los delirios,
son flores de la tumba solitaria:
Solo es brillante el cielo, —
última patria.

El Amor de los Amores

Errantes peregrinos, que las olas
sumergen en el día de borrasca;
y en quienes la razón, la fantasía,
pueden apenas alumbrar su marcha:
Solo hay paz en el cielo, —
última patria.

—Porqué lloras, madre mía?
ay! dónde está tu aflicción
que un beso disiparía?...
—Sobre tu frente sombría,
hijo de mi corazón!

—Madre!.. te engaña mi frente;
ya te arrullo duerme en calma!—
—Hijo, tu labio es quien miente:
la madre ¡pobre inocente!
vé con los ojos del alma!

Y en tu mirada marchita
y en tu helada frente mustia
llevas la aflicción escrita:
—madre, la fiebre te agita!...
—hijo, me escondes tu angustia?...

—Si has leído mi pesar
ya te lo voy á decir;
—vé que no me has de engañar,

—ah! pero no has de llorar,
—no, pero has de sonreir!

—El amor, madre querida,
el alma de una mujer,
hizo tan bella mi vida
como esa flor que escondida
pusiste en mi libro ayer.

Hoy mis ojos la buscaron
y mi labio la llamó:
mis ojos no la encontraron
y mis palabras llegaron ...
pero la respuesta no!

Por eso triste y oscura
como esa flor sin verdura,
hoy, madre, mi alma está:
—pobre flor de mi ternura!
—pobre flor de resedá!

—Hijo, como aquellas flores
los seres del mundo son,
y hallan muerte entre dolores
ay! al dejar los amores
del materno corazón!

Oh! madre, calla te pido;
mi alma á buscarla vá!
—me dejas? Hijo querido!...
amor que lleva el olvido
ay! no vuelve al alma ya!

—Adios! que á mañana espero;...
no lo crée aún mi dolor!
—*Mañana?* y hoy ya me muero!...
El único amor sincero
es el maternal amor!

RICARDO GUTIÉRREZ

Febrero, 14.

ÍNDICE

	Página
Prólogo	3
POEMA	
La Fibra Salvage	8
Poesías Líricas	
EL LIBRO DE LAS LÁGRIMAS	
La sombra de los muertos	81
El último adiós	82
Las dos almas	83
La vida y la muerte	84
La batalla	86
La última cita	87
El juramento	88
El Campo Santo	90
El cuerpo y el alma	91
Las dos plegarias	92
Ecce homo!	94
El remordimiento	97
Caín	98
La patria del alma	100
La sombra de la ilusión	102
Girón de bandera	104
El talión	105
La mujer ideal	106
El último asilo	108
La victoria	110
Los expósitos	»
Plegaria del alba	112
La pena de muerte	113
Los huérfanos	114
La patria universal	115
El cadáver	116
La propiedad	117

PÁGINA

EL LIBRO DE LOS CANTOS

El poeta y el soldado 121
La hermana de caridad 126
Montevideo 129
La oración 130
Preludio 134
La Redención del Paraguay 135
Carmen 137
El misionero 138
Varela 142
Cristo 143

POEMAS

LÁZARO 149

LA MAGDALENA

Tentación 247
Sola 251
Solo 253
Conjunción 154
El Pecado 257
Raquel 258
Carlota 260
Perdón 261
Ojos Bellos 262
Nocturno 263

El Hijo del Sol 273
A la Fraternidad Hispano Argentina 233
La Vejez 287
Meteoro ..... »
A Inás ..... »
Imágen 289
Liga 290
Estrella 292
A la estátua de Mazzini 293
Lamentación á la Patria 294
Las dos Patrias 296
Fragmento 297
Las dos Tormentas 299
Salmo 300
El amor de los amores 301

17.10.77

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 7797 G9A17 1901
Gutiérrez, Ricardo
Poesias escogidas de Ricardo Gutierrez

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 15 02 008 0